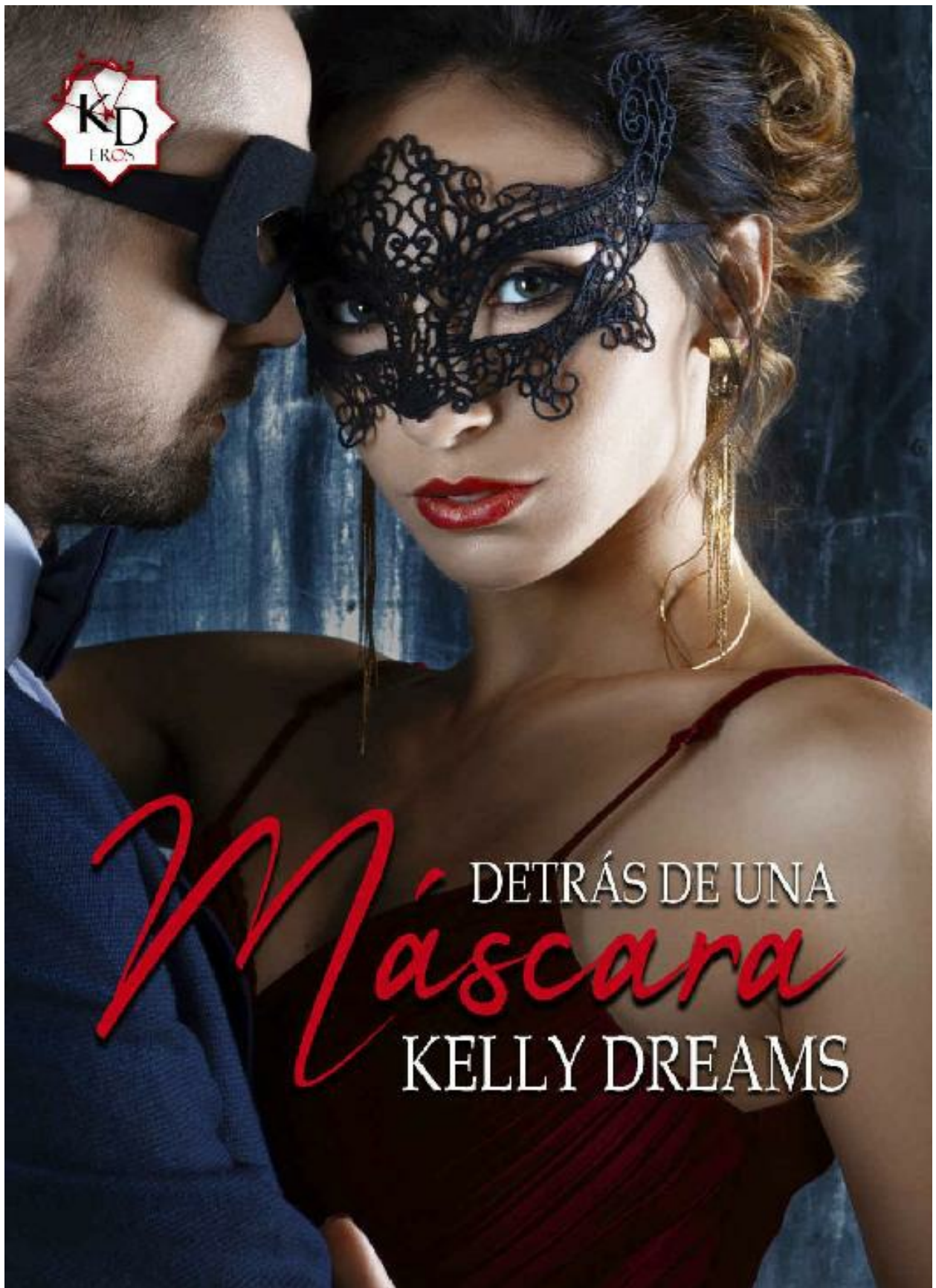




DETRÁS DE UNA
Máscara
KELLY DREAMS

D.J.57



DETRÁS DE UNA
Máscara
KELLY DREAMS

Detrás de una Máscara
Kelly Dreams

COPYRIGHT

Detrás de una máscara

© 1ª edición septiembre 2019

© Kelly Dreams

Portada: © adobestockphoto.com

Diseño Portada: Kelly Dreams

Maquetación: Kelly Dreams

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

A todas esas personas que se ocultan detrás de una máscara y que temen salir a la luz, recordad que ahí fuera os espera el mundo, uno hecho a vuestra justa medida.

Kelly Dreams

SINOPSIS

Victoria Queen estaba acostumbrada a los tropiezos, a caer y volver a levantarse. La vida la había enseñado desde una edad temprana que solo podría alcanzar lo que quería peleando y se había tomado ese mantra al pie de la letra. Carismática mujer de negocios y exitosa empresaria, mostraba al mundo la cara que querían ver, una máscara bajo la que se encontraba otra mujer, una que solo emergía en los momentos más oscuros de la noche.

Tras pasarse los últimos trece meses peleando para obtener el divorcio, sufrir el interminable acoso de su ex mujer y ver su puesto de cirujano veterinario peligrar, **Lachlan Burns** solo quería meterse en el agujero más profundo y pasar allí las vacaciones. Pero el caprichoso destino le tenía reservado un nuevo revés, uno que lo llevaría a pelear por una inesperada herencia y conocer durante el proceso a la mujer destinada a traerlo de vuelta a la luz.

Se conocieron en las profundidades del río Estigia, pero solo nadando hacia la superficie podrían permanecer juntos.

ÍNDICE

| |
|------------------------------------|
| <u>COPYRIGHT</u> |
| <u>DEDICATORIA</u> |
| <u>SINOPSIS</u> |
| <u>ÍNDICE</u> |
| <u>PRÓLOGO</u> |
| <u>CAPÍTULO 1</u> |
| <u>CAPÍTULO 2</u> |
| <u>CAPÍTULO 3</u> |
| <u>CAPÍTULO 4</u> |
| <u>CAPÍTULO 5</u> |
| <u>CAPÍTULO 6</u> |
| <u>CAPÍTULO 7</u> |
| <u>CAPÍTULO 8</u> |
| <u>CAPÍTULO 9</u> |
| <u>CAPÍTULO 10</u> |
| <u>CAPÍTULO 11</u> |
| <u>CAPÍTULO 12</u> |
| <u>CAPÍTULO 13</u> |
| <u>CAPÍTULO 14</u> |
| <u>CAPÍTULO 15</u> |
| <u>CAPÍTULO 16</u> |
| <u>CAPÍTULO 17</u> |
| <u>CAPÍTULO 18</u> |
| <u>CAPÍTULO 19</u> |
| <u>CAPÍTULO 20</u> |
| <u>CAPÍTULO 21</u> |
| <u>CAPÍTULO 22</u> |
| <u>CAPÍTULO 23</u> |
| <u>CAPÍTULO 24</u> |
| <u>CAPÍTULO 25</u> |
| <u>CAPÍTULO 26</u> |
| <u>CAPÍTULO 27</u> |
| <u>CAPÍTULO 28</u> |
| <u>CAPÍTULO 29</u> |
| <u>CAPÍTULO 30</u> |
| <u>CAPÍTULO 31</u> |
| <u>CAPÍTULO 32</u> |
| <u>CAPÍTULO 33</u> |

CAPÍTULO 34

PRÓLOGO

El viejo reloj del pasillo de la primera planta empezó a marcar la llegada de la media noche, la hora bruja, el momento en que los espíritus solían rondar por lugares solitarios como aquel. Victoria se quedó allí de pie, escuchando, casi esperando verla doblar la esquina y preguntarle con gesto seco qué hacía despierta a esas horas. Pero eso era algo que no sucedería, ya no, pues la mujer que había hecho de ese lugar su hogar ya no moraba entre los vivos.

Josefine Queen había sido una auténtica extraña cuando llamó a su puerta once años atrás, nada sabía de la mujer que decía ser su abuela y de quien llevaban años distanciados. El suyo no era un nombre que se mencionase en casa, no estaba muy segura del verdadero motivo del enfado que había mantenido separados a su padre de su abuela y nunca lo hubiese sabido si no se hubiese dado aquel faltar desenlace; el fallecimiento de su progenitor.

Seria y reservada, una mujer que decía más con una sola mirada que con palabras, hizo suya la tarea de rescatarla de una vida que habría terminado por destruirla a la larga. Josie había tomado su mano y la había puesto en la de su administrador, Alexander Cross, quién había hecho suya la tarea de instruirla y ayudarla a alcanzar la meta que ambicionaban para ella.

Contraria a la opinión de la mayoría, no era una consentida heredera a la que se le había puesto todo en bandeja. Ninguno de sus logros habían sido gratuitos, nadie le había facilitado las cosas, más bien todo lo contrario, pues el apellido Queen resultó ser una pesada carga para la que nadie la había preparado.

Y tampoco estaba preparada para esto, pensó ahora que todo había pasado. Nunca habría podido estarlo, no para recibir la llamada de Xander pidiéndole que dejase todo lo que estaba haciendo y se preparara para que la recogiese en diez minutos; su abuela había fallecido.

Nadie se acostumbra jamás a la muerte, pero cuando esta entra como un ladrón en tu vida y se lleva de golpe algo importante, te cuesta asimilarlo y a

ella le estaba costando demasiado aceptar algo que ya era un hecho.

Los días posteriores al sobrio funeral pasaron en medio de una neblina de irrealidad. Como meticulosa mujer de negocios que era había dejado todo arreglado para tal eventualidad, solo tuvo que seguir sus instrucciones, algo que llevaba haciendo media vida, y llevar sus cenizas para ser esparcidas en las aguas del Winona Lake.

Y ahora que todo había terminado, no conseguía acostumbrarse a estar de nuevo en esa casa, ni al silencio interrumpido por el tic tac del reloj de pared, no veía la hora de cerrar la puerta con llave y marcharse, pero eso tendría que esperar hasta después de la lectura del testamento.

—Siempre te las has arreglado para tener la última palabra, Josefina, solo espero que lo que quiera que sea que nos tienes preparado no cause un terremoto.

CAPÍTULO 1

—No creo que ahogarse en un vaso de whisky sea un método infalible para deshacerse de alguien.

—Si lo fuese, lo habrían patentado ya y se habrían hecho millonarios, pero dado que no es así y que el estrangulamiento, ahorcamiento o ahogamiento está penado por la ley, tendré que conformarme con hacerle todo eso a la zorra en mis pensamientos —declaró con un espeso acento escocés—. Trece meses desde que firmamos el divorcio y sigue dándome por culo.

Lachlan no apartó la mirada del vaso que tenía entre las manos, el líquido ambarino del que solía disfrutar había bajado ya dos tercios y prometía extinguirse con el próximo sorbo. Sentado a su lado, acompañándole y suponía que haciendo suya la tarea de impedirle cometer alguna estupidez, estaba su hermanastro. Noel era hijo de Lincoln, el segundo marido de su madre, un tipo que trataba a su mujer como a una reina y a su hijastro como a su verdadero hijo.

En apariencia no podían ser más distintos, pero sus mentes eran lo bastante parecidas como para terminar especializándose ambos en medicina; uno humana y el otro veterinaria.

Harto de sus años como médico de urgencias, Noel decidió pasarse a la medicina privada y abrir su propia clínica, cosa que lo había traído a Fort Wayne doce años atrás.

El que él mismo hubiese terminado también en la misma ciudad obedecía a una necesidad muy distinta. Su traslado no se debía a sus aspiraciones por ascender en el trabajo o abrir su propia clínica veterinaria, sino a la urgencia por dejar atrás un matrimonio fallido, una vida cada vez más asfixiante al lado de una mujer cuya única aspiración en la vida era «controlarlo» todo.

Lo que había creído amor pronto pasó a convertirse en un asfixiante acoso, aparecieron los celos, las acusaciones de infidelidad y la invasión a su

lugar de trabajo, aquello no podía considerarse vida y antes de que la cosa fuera a más pidió el divorcio.

Entrar en una pequeña clínica veterinaria como cirujano había sido el principio de su nueva vida aquí, una que no había estado exenta de tropiezos y visitas no deseadas, pero también de encuentros que lo habían marcado de forma indeleble como había sido el caso de Josefina Queen, una acaudalada empresaria que dedicaba un buena parte de sus ingresos a apoyar y soportar los refugios de animales de la zona.

Seria, con un sentido del humor bastante mordaz y único, capaz de hacer que un adulto se sintiese como un niño con una sola mirada de reprimenda, se elevaba como un látigo de justicia en un mundo cada vez más corrupto. No era de las que le gustaba andarse con rodeos y tampoco participaba en las cosas por el mero hecho de hacerlo, le gustaba implicarse y si ello significaba tener que quitarse la chaqueta y remangarse, lo hacía.

Al pensar en el sorpresivo fallecimiento de la mujer, hizo una mueca, echaría de menos sus disputas verbales.

—Voy a echarte de menos, Josie —murmuró más para sí que para su acompañante. Cogió el vaso y lo levantó en un silencioso brindis—. Te has ido demasiado pronto y sin previo aviso.

Así había sido, el viernes de la semana pasada habían mantenido una animada discusión sobre el reciente cambio de propietarios de la clínica en la que trabajaba y la posibilidad de que prescindiesen de él o dejasen de colaborar con algunos de los refugios y el lunes siguiente se enteraba de la noticia de su fallecimiento.

Noel, quién había sido el mensajero de tan aciaga noticia, se unió a su inesperado brindis.

—Era una gran mujer, muchos van a sentir su pérdida. —Su hermano la había conocido muy bien, tanto o más que él mismo, ya que había atendido a la mujer en los últimos años—. En especial su nieta.

Sí, su nieta, alguien a quien Josefina siempre tenía presente y de quién solía hablar ensalzando sus virtudes como su sucesora al frente de su empresa. Una mujer trabajadora, inteligente, toda una dama de los negocios, solía llamarla, *una buena chica* con un futuro prometedor.

Era curioso, pero en ocasiones parecía decirlo con cierta tristeza, como si hubiese algo más y no quisiese ponerlo en palabras.

—¿Conoces a su nieta?

No la conocía en persona, de hecho, ni siquiera había podido darle sus condolencias por la pérdida de la mujer en el funeral, pues el administrador y mano derecha de la mujer, Alexander Cross, se la había llevado casi de inmediato.

Si el conocer a la anciana mujer había sido todo un regalo, el encontrarse de nuevo con Cross fue como remover el pasado con un atizador al rojo vivo. La sola presencia de ese hombre era un recordatorio de lo que había tenido y había perdido.

—He intercambiado alguna palabra con ella con respecto a la salud de su abuela —respondió pensativo—. Es una mujer de negocios, en toda la extensión de la palabra. Tiene un trato seco, educado, pero frío y puede llegar a ser muy diplomática —evaluó, entonces sacudió la cabeza—. Pero la chica que se presentó en el hospital con Alexander parecía una persona muy distinta, incluso más joven. Fue como si durante unos segundos se hubiese despojado de toda esa frialdad y se mostrase tal cual es.

Deslizó el vaso vacío hacia el camarero que se acercaba a dejar unas consumiciones a la pareja que los precedía y pidió:

—Ponme otro.

—¿Vas a beber hasta la inconsciencia para homenajearla o para olvidarte de toda la mierda que te ha estado lloviendo?

Su pregunta no pudo ser más acertada, después de todo, era el motivo principal por el que estaban allí un viernes por la noche.

—Lo segundo —aceptó esperando que el camarero le sirviese—. Josie era de la opinión de que los escoceses dejábamos de apreciar el sabor de un buen whisky cuando bebíamos como si quisiésemos ahogarnos dentro de una barrica.

—Tendría que ser escocesa o irlandesa para poder asegurar algo como eso —chasqueó su hermanastro. No había nada como un verdadero escocés para desmentir tal afrenta a su forma de beber—. O vernos beber.

Asintió, cogió su vaso una vez más lleno y lo levantó contra el de su hermano.

—Por una dama que nunca le tuvo miedo a la vida.

—*Sláinte mhaith!*

Chocaron los vasos y bebieron a la salud de la mujer que ya se había ido.

—Vaya mierda de semana que llevo y ni siquiera ha terminado.

El fallecimiento de la mujer había sido tan solo el primer sobresalto de la

semana, a ese le había seguido la llamada de su ex esposa, a quién no parecía entrarle en la cabeza que después de tres años separados y trece meses desde que había decidido por fin firmar los papeles del divorcio, seguía sin querer tener nada que ver con ella.

«Lachlan, no puedes ignorarme de esta manera. Tenemos que hablar sobre la pensión y...».

«No vas a recibir un centavo más, Cora, da gracias a que has obtenido lo que has obtenido».

«¡No puedes hacerme esto! ¡He sido tu esposa durante tres años! Me debes consideración y...».

«Habla con mi abogado y borra mi número de tu teléfono».

Esa mujer no comprendía la palabra «no», era incapaz de asimilarla, al igual que era incapaz de comprender que él no solo ya no la quería — empezaba a tener serias dudas de que la hubiese querido alguna vez—, sino que había vivido una verdadera pesadilla a su lado, una que le había dejado cicatrices.

Y por si eso no fuera suficiente, la clínica en la que llevaba casi cuatro años trabajando estaba a punto de cambiar de propietarios.

—¿Has sabido algo más sobre el traspaso de la clínica?

Dejó el vaso sobre la barra y se concentró en una gota de humedad que resbalaba por el exterior del cristal.

—Hay rumores sobre el estado financiero de la clínica y un posible rescate por parte de inversores privados. —Se encogió de hombros—. El próximo lunes hay convocada una reunión de personal, todo el mundo está de uñas ante la perspectiva de que hagan recortes y terminemos muchos en la calle. Me incluyo en ese lote.

—Estarían locos si despiden a un cirujano veterinario de tu experiencia.

—Peores cosas se han visto.

—¿Tienes idea de quiénes son?

—Ni la más mínima, supongo que me enteraré al mismo tiempo que los demás —resopló y deslizó un dedo marcando la circunferencia del vaso—. Las noticias esta semana llegan a cuenta gotas, la última fue la lectura del testamento de Josefina Queen a la que al parecer estoy citado.

Y esa era otra incógnita. No tenía la menor idea de porqué la mujer habría querido que estuviese presente en la lectura que se efectuaría mañana por la tarde, pero había recibido el aviso del despacho de abogados dónde se

llevaría a cabo.

—¿Te han llamado a la lectura del testamento de la señora Queen?

—Sí. Mañana a las cuatro de la tarde. Tiene que ser el primer abogado con ganas de trabajar un sábado.

—¿Quieres que te acompañe?

Negó con la cabeza y vació una vez más el contenido de su vaso.

—No hace falta —replicó, extrajo un par de billetes del bolsillo del pantalón y los depositó encima de la barra—. Probablemente habrá dejado algún estipendio para los refugios y quiere que me encargue de que lo reciban, cómo ya ha hecho antes. —Le palmeó el brazo a modo de despedida—. Es lo único que se me ocurre que sea coherente.

Sacudió la cabeza y se palpó en busca de las llaves del coche, las sacó y las dejó sobre la barra.

—Llévate el coche, puedes devolvérmelo mañana, yo voy a dar una vuelta para despejarme y luego cogeré un taxi —le informó—. Creo que me daré una vuelta por el Estigia, necesito resetearme el cerebro.

—Te sugeriría que te fueses directo a casa, pero dado que sé la respuesta que me vas a dar... Disfruta de la noche y mañana llámame para saber que sigues de una sola pieza.

—Si ya lo sabes, ¿para que te molestas en formularlo siquiera? —se burló—. Llámame tú, así me levantas de la cama.

—Que vas a coger el teléfono...

—Pues ven a despertarme y así de paso me traes el coche.

—Sí, eso será lo mejor.

Lachlan asintió y se despidió con un gesto de la mano, cruzó el local y salió por la puerta para dejar que el aire frío de la noche lo despejara.

Una visita al Estigia prometía ser una buena forma de borrar todos los desastres de esa semana.

CAPÍTULO 2

Victoria dejó escapar un profundo suspiro mientras dejaba otro de los documentos que acababa de revisar encima del montón de su derecha, había cosas para las que no estaba preparada y la gestión de ese lugar era una de ellas.

—¿Por qué ha tenido que dejarme a mí el manejo de ese lugar? —musitó y dejó escapar un cansado suspiro—. Esto es de locos, no puedo hacerme cargo de ese lugar.

—Es demasiado temprano para que empieces a quejarte...

Levantó la cabeza, entrecerró los ojos y clavó la mirada en el panel de monitores que mostraban las puertas abiertas del mueble de color negro que había al otro lado de la habitación. El despacho tenía ese aire del viejo mundo, los muebles eran bastos y pesados, la alfombra y las dos plantas colocadas en las esquinas ponían el toque de color que rompía la gama monocromática que dominaba la estancia.

Buscó a su interlocutor en las pantallas y lo encontró en las inmediaciones de la sala del casino. Vestido de forma elegante a la par que informal, Xander se mezclaba con el resto de los asistentes del club mientras ejercía de vigilante del área de juego. No tardó ni dos segundos en llevarse el dedo índice al oído derecho para recolocarse el auricular con el que se comunicaba con ella. Aquello había sido idea de Sebastian, una forma rápida de ponerse en contacto con quien quiera que estuviese en la oficina y poder gestionar así cualquier solución rápida que necesitase darse en algún momento.

—¿Vas a decirme que resoplar es un delito? —rezgongó sin apartar la mirada del monitor que lo encuadraba.

Su respuesta fue girarse, sus ojos marrones se clavaron a través del antifaz que cubría su identidad en los de ella a través de la pantalla y no pudo

evitar sentir una punzada en el bajo vientre, ese hombre conseguía ponerla nerviosa y excitarla con tan solo un gesto.

Se obligó a respirar, agradeciendo que él no estuviese allí para ver su reacción y sacar provecho de ello.

—No, el delito es que te enfurruñases como una cría cuando te dije a quién pertenecía el local —replicó en tono irónico—. No es como si fuese una enorme sorpresa dada su ubicación.

Apretó los dientes para no mandarlo a la mierda, últimamente no hacía más que sacarla de sus casillas y no de una forma placentera. Si tuviese un arma a mano, le dispararía en los huevos.

—Estoy aquí, ¿no? —le recordó con voz seria—. Me he puesto al día con las facturas y los pedidos, tengo que revisar un par de documentos y te habré adelantado trabajo, así que deja de lloriquear por todo.

Lo escuchó reír a través del auricular.

—¿Soy yo el que lloriquea?

—Por supuesto que sí, siempre que no te sales con la tuya.

—¿Y por qué me parece que estás retratando a otra persona?

—Porque la has educado tú —le soltó.

—De acuerdo, querida, cuando termines baja y te explicaré cómo funcionan las salas... desde el punto de vista laboral, ya que el otro... lo conoces de primera mano.

—Qué tierno, siempre pensando en mí.

—Te he dejado el nuevo uniforme de trabajo en el baño.

Frunció el ceño ante su comentario, se impulsó en la silla giratoria y miró la puerta cerrada que ocultaba el cuarto de baño.

—Si lo has sacado de un sex-shop, bajaré desnuda.

—El día que eso suceda, por favor, avísame para que pueda ponerme en primera fila —replicó con un resoplido que a duras penas ocultó su risa—. Ahora cámbiate y ven, tienes que empezar a familiarizarte con el funcionamiento del local como la nueva dueña.

Volvió a mirar los monitores y suspiró, una cosa era vagar por aquel lugar como invitada y otra muy distinta hacerlo como la propietaria. Nunca se había parado a pensar en el complejo sistema de seguridad que tenía el local, como huésped nunca había reparado en ella, pero ahora que sabía dónde estaban no podía evitar preguntarse qué alcance tenían y si era ética la presencia de cámaras en según qué zonas. Suponía que existirían zonas

oscuras, puntos que quedaban fuera del alcance de la video vigilancia, tendría que informarse sobre ello y matar a Bass si llegaba a creerlo necesario.

El Estigia era uno de esos locales privados al que solo se podía acceder con invitación, tenían un rígido código de etiqueta y un sistema de seguridad que obligaba a desprenderse de cualquier elemento electrónico antes de traspasar las puertas. Ubicado a las afueras de la ciudad, en una antigua mansión victoriana dentro de una amplia finca, River House a menudo pasaba como el hogar de algún tipo rico y excéntrico al que no le importaba pagar un caro sistema de seguridad para mantener su privacidad.

Entre sus paredes los invitados podían disfrutar de un completo casino con distintas mesas y juegos de azar, salas para partidas privadas, un gran salón de baile que hacía de punto de recepción y separaba la parte lúdica de la más privada, dedicada a explorar la sensualidad.

Se lamió los labios al recordar cada una de las experiencias vividas dentro de esas paredes. Había traspasado el umbral por primera vez hacía ya algunos años de la mano de su mentor, una visita que le había abierto las puertas a un nuevo modo de vida y le dio la libertad para encontrarse de nuevo a sí misma.

El atractivo principal de ese lugar era que una vez traspasabas el umbral dejabas de ser quién eras y te convertías en una persona distinta. Uno de los requisitos principales era llevar una máscara, no había excepciones, si se quería entrar, debía llevarse el rostro cubierto y adoptar una identidad ficticia, un nombre con el que sería conocido a partir de ese momento en el círculo del club.

Lo que ocurre en Estigia, se queda en Estigia, ese era el lema de ese lugar y todos sin excepción lo cumplían a raja tabla.

—¿Quién está a cargo del área del salón?

—Lord Ares —respondió ofreciéndole el nombre en clave de uno de los huéspedes de Rivers House—. Le tocaba a Lord Hermes, pero ha llamado avisando que llegaría un poco más tarde.

Lord Ares y Hermes, identidades bajo las que se escondían Rohan Muse y Sebastian Conely, dos hombres con los que Josefina había tenido una relación de amistad y, ahora sabía que también laboral.

Detective de policía uno y agente inmobiliario el otro, ejercían de vigilantes durante las noches en las que el local abría sus puertas. Xander se los había presentado esa misma tarde durante la reunión que organizó para ponerles a todos al tanto de las nuevas circunstancias del club.

Enterarse de que el local pertenecía a Josefina la sorprendió más que el hecho de que el edificio también fuera suyo. De hecho, era una propiedad heredada, pasada de generación en generación en la familia Queen y con ese legado iba incluido también el Estigia, lo que remontaba el club a unas épocas en las que ni siquiera podía imaginarse a una dama prestándose a tales... juegucitos.

—Cuando llegue se hará cargo de las salas privadas, esta noche hay una función especial a petición de Lord Baco—le informó como si estuviese hablando de algo tan inofensivo como una fiesta y no una orgía o algo por el estilo.

Cuando se hablaba de «función especial» quería decir que alguno o varios de los asiduos habían «alquilado» ciertas habitaciones o salones para hacer una fiesta privada en la que solía sobrar la ropa.

—A partir de las doce se cerrará el salón de baile, Lord Baco quiere celebrar una bacanal.

—¿Una bacanal?

—¿Quieres una invitación, Lady Nichte?

Se pasó la punta de la lengua sobre el labio inferior, recordaba la dinámica de esas fiestas y cómo solían conducirse en ellas, no había privacidad y el morbo hacía que todo fuese más excitante. Piel con piel, cuerpos desnudos entrelazados, gemidos húmedos de sexo, someter a alguien a tus caprichos o ser sometida. Un baile lento de sensuales caricias y besos, de gemidos y el aroma del sexo perfumándolo todo con los gritos y gruñidos de las distintas parejas, tríos e incluso cuartetos entregándose al desenfreno.

Cerró los ojos y apretó los muslos cuando sintió la humedad instalándose entre ellos, sus pechos volviéndose pesados mientras los pezones empujaban contra su sujetador.

—No. —Se obligó a responder—. Al parecer tengo otras obligaciones.

—Tienes quince minutos para cambiarte, arreglarte y bajar —le dijo viendo como se alejaba de la cámara—. Procura no llegar tarde, no me apetece subir a buscarte.

Y ese era Xander Cross, pensó poniendo los ojos en blanco, siempre dispuesto a sacarla de quicio y obligarla a hacer lo que le correspondía le gustase o no.

Se quitó el auricular, lo dejó sobre la mesa y levantó la cabeza para mirar hacia el techo.

—Espero que te lo estés pasando bien allí donde estés, Josefine, porque aquí nos has dejado a todos con un palmo de narices.

Resopló y se dejó ir hacia atrás, recostándose en el asiento.

CAPÍTULO 3

El día en que decidió casarse con esa perra debió caerle un rayo encima, con toda probabilidad habría sido la única manera de evitar el desastre en el que se convertiría su matrimonio.

Si le preguntasen ahora qué había visto en Cora, Lachlan no sabría qué contestar. La realidad había superado la imagen ideal que tenía de ella, la cortina se había corrido dejando ver lo que había detrás de una cara bonita y unos labios embaucadores, presentándole a la celosa y obsesiva mujer que era en realidad.

Tres años eran demasiado tiempo para enmendar algo que estaba roto, sobre todo cuando todo lo que te unía a esa persona se desmoronaba bajo el peso del asedio, la obsesión y una incansable persecución de fantasías. El cansancio hacía mella y dejabas de luchar para solucionar algo que ya no tenía arreglo, para buscar una salida de aquel laberinto de sinsabores.

No era fácil recuperarse cuando todo lo que habías creído tener se te escurría entre las manos, cuando te dabas de bruces con la realidad y esta te mostraba la gran mentira en la que habías estado sumergido. No era sencillo seguir adelante cuando la persona que podía liberarte se empeñaba en amarrarte con cualquier pretexto, e incluso ahora, que por fin habías conseguido esa libertad, ella seguía acechándote como una fiera hambrienta a su presa.

Hubo momentos en los que pensó que nunca se quitaría las cadenas de encima, que seguiría atado a un recuerdo, pero el lugar que ahora veía a través de la ventanilla del taxi había cambiado esa condición.

El portal de oscura forja que daba la bienvenida a la propiedad ocultaba en su interior una antigua mansión victoriana en la que se emplazaba el club Estigia, un selecto y privado local.

—¿Quiere que le espere? —preguntó el taxista cuando abrió la puerta y

bajó del vehículo.

—No es necesario —declaró y le pagó la tarifa—. Quédese con el cambio.

Con un leve asentimiento, el conductor maniobró y volvió por dónde había venido.

Lachlan se quedó delante del portal, entre los barrotes y a lo lejos, entre el sendero de frondosos árboles, podía apreciarse la silueta de una de esas típicas mansiones victorianas a la que habían hecho algunos añadidos y reformas posteriores.

No perdió el tiempo en admirar la finca, sacó la tarjeta magnética y el antifaz que le eran entregados a cada invitado en su primera visita y la deslizó por la cerradura magnética de la entrada de servicio paralela al portal. Al momento la pequeña luz roja cambió a verde permitiéndole la entrada.

Por regla general venía con su coche, entraba y lo aparcaba en la zona acotada destinada a ello, al contrario que a algunos de los invitados a él no le importaba que se conociera el número de su matrícula, después de todo, cualquiera que viniese hasta ese lugar tenía mejores cosas en la que invertir su tiempo que en averiguar quién se escondía detrás de cada antifaz.

El paseo hasta la entrada principal resultó incluso agradable, el sistema de alumbrado se camuflaba en los troncos de los árboles, lo que le daba un aspecto tan misterioso como mágico y, sobre todo, permitía recorrer sin riesgo el camino principal hasta la entrada de la casa.

—...esta noche promete ser interesante —escuchó segundos antes de ver aparecer por la puerta a un hombre enmascarado y vestido de smoking al que conocía bien—. Y si antes lo digo... Dichos los ojos que te ven.

Esbozó una irónica sonrisa ante el recibimiento de esos ojos que azules bailaban con diversión a través de los huecos del antifaz.

—Ares.

El aludido le dedicó un guiño al escuchar la identidad que empleaba en el club. Lord Ares, cómo así se le conocía en el interior de esas cuatro paredes, era uno de los tres vigilantes del lugar, encargado de velar por la seguridad, el buen funcionamiento y la protección de los invitados.

—Empezaba a pensar que te habías jubilado e ibas a abandonarnos.

Dejó escapar un bufido.

—He tenido unos meses bastante movidos.

—Qué me vas a decir —asintió el aludido y sacó un cigarrillo del bolsillo

interno que no dudó en encender y darle una calada—. Cuando parece que solucionas una cosa, se jode otra.

Sí, conocía esa sensación muy bien.

—¿Tan aburridas están las cosas ahí dentro que sales a fumar?

—En absoluto, esta noche creo que van a ponerse muy interesantes, por eso salí, para aprovechar y dar un par de caladas antes de volver a presenciar el espectáculo.

—¿Alguna fiesta privada?

—Lord Baco ha decidido hacer una bacanal —repuso poniendo los ojos en blanco—. Será sin duda una velada de lo más interesante.

Para algunos sí, pensó en algunos de los invitados a los que le gustaba exhibirse y montárselo en cualquier lado, él, por otro lado, prefería las cosas un poco más privadas.

—Date una vuelta por el casino, está más tranquilo que el resto de las estancias y es probable que encuentres algo de tu gusto —le sugirió fumándose el cigarrillo.

—Ya lo veremos.

Le palmeó el brazo a modo de despedida y traspasó el umbral del patio de juegos para esa noche.

La suave iluminación y los aromas espaciados que solían perfumar la mansión asaltaron su nariz nada más traspasar las puertas, a lo lejos podía escucharse el sonido de la música y la algarabía típica de las mesas de juegos del casino, así como también la incesante lluvia de palabrotas que emergían con voz femenina de uno de los corredores que, si su memoria no le fallaba, llevaba a una pequeña biblioteca.

—...joder... no puedes romperte justo ahora, ¿de dónde mierda voy a sacar otros? Joder, joder, joder...

Una tenue luz irrumpía en las sombras del final del pasillo, la puerta de la biblioteca permanecía abierta y no tardó en oír un par de inesperados golpes acompañados por más exabruptos.

—Putas sandalias, putos tacones, putos todos...

Envuelta en un vestido rojo de finos tirantes que dejaba muy poco a la imaginación, con el pelo oscuro coronado por mechones dorados, típicos en las mechas californianas y un antifaz negro cubriéndole el rostro, la cabreada mujer descargaba su frustración en unas sandalias a las que parecía querer estrangular.

—Si sigue estrujando de esa manera el pobre zapato, no le sorprenda escuchar una queja.

Con un sobresalto que la llevó a dar un saltito y parapetarse al momento detrás del enorme escritorio de caoba, la desconocida levantó la cabeza y clavó unos intensos ojos verdes en él. La luz de la lámpara de pie encendida al lado de la mesa vertía su luz sobre ella, dotando esa mirada de un magnetismo muy particular.

—¿Se ha perdido, milord?

Contuvo una sonrisa, la forma en la que se había enderezado y levantado obstinadamente la barbilla hablaba de una pose ensayada.

—Mentiría si dijese que sí —declaró y señaló el zapato que todavía sujetaba como una posible arma en la mano—. Lo cierto es que esperaba rescatar a una dama en peligro, pero ahora veo que la dama en cuestión parece tenerlo todo bajo control.

Sus mejillas se arrebolaron, hizo una mueca y levantó el zapato.

—Sí, le he ganado la batalla a mis sandalias.

—Me alegra saberlo —admitió. Esbozó una sonrisa sin poder contenerse y avanzó hacia ella—. Soy... Eros.

Ella enarcó una ceja ante su «apodo».

—Interesante nombre, milord.

—Fue el primero que se me vino a la cabeza —declaró y le tendió la mano—. ¿Me permites?

Ella acusó su tuteo, sobre todo porque no le había dado su nombre y miró su mano.

—Quizá no pueda hacer nada, pero no me perdonaría el no intentarlo.

Ahora fue su turno de sonreír, sacudió la cabeza y le tendió la sandalia.

—Tu sinceridad resulta refrescante, Eros —admitió y añadió—. Soy Nichte.

—La diosa de la noche, muy acertado —admitió, examinó el zapato, una excusa tan buena como cualquier otra para acercarse a ella y sacudió la cabeza—. Me temo que tu sandalia ha pasado a mejor vida.

—¿Ese es tu veredicto?

Sacudió el zapato y asintió.

—Quizá la idea de andar descalza no sea tan mala después de todo, tienes unos pies bonitos.

Ella estalló en una inesperada y genuina carcajada.

—Dios... gracias por eso, había olvidado lo que era reír.

—Oh, espero que no, te favorece la risa y el sonido es agradable, no pareces un perro ladrando o una vaca mugiendo desesperada.

Sus palabras hicieron que se riese una vez más y abandonase su parapeto, dejando la otra sandalia sobre la mesa.

—De acuerdo, ni en un millón de años esperarí­a escuchar algo así y mucho menos en este lugar —admitió risueña—. Eres un hombre extraño, Lord Eros.

—Dejémoslo en Eros, después de todo ya me has enseñado algo más que los tobillos.

Su sonrisa era genuina e incluso con el antifaz puesto, hacía que sus rasgos rejuveneciesen.

—De acuerdo, Eros, ¿y qué te ha traído hoy hasta el Estigia?

—A la vista de los acontecimientos, una mujer sin zapatos.

—Qué oportuno...

—¿Quieres la verdad?

—¿Me la dirías?

La miró de nuevo a los ojos, sopesando su respuesta.

—He tenido una semana infernal y necesitaba olvidarme de todo durante unas horas.

—Entonces tus motivos son iguales a los míos —lo sorprendió con una sincera respuesta. El tono coqueto había desaparecido de su voz y sus ojos perdieron un poco de ese brillo de alegría—. El olvido parece ser una buena medicina.

—No siempre, mi dama de la noche, no siempre, pero en ocasiones es a lo único que podemos optar.

Guardaron silencio, compartiendo un momento de extraña comunión, entonces ella acortó la distancia entre ambos y posando con suavidad, casi como pidiendo permiso, la mano sobre su pecho, preguntó.

—¿Me ayudarías a olvidar?

—¿Me ayudarías tú a mí?

Su respuesta llegó con la suavidad de sus labios sobre los de él, un suave y tierno beso que lo removi­ó por dentro.

CAPÍTULO 4

Esto era el Estigia, un caudaloso río en el que poder bañarte en aguas llenas de seducción y erotismo, una corriente que te mecía, te succionaba en su interior y te dejaba emerger para coger aire y seguir disfrutando de la cadencia de las olas.

Aquí cualquiera podía ser otra persona, podía dissociarse de la realidad, adoptar un nombre, una máscara y mostrarse a sí misma de una manera muy distinta a lo que requería la sociedad. Nadie exigía, nadie hacía preguntas, el anonimato era la consigna principal y cuando las aguas se calmaban podías emerger y alejarte cómo si esa cortesana en la que te habías convertido se hubiese quedado en ellas.

Victoria se deleitó con los suaves y medidos movimientos de esas manos masculinas, con la humedad de sus labios batallando con los de ella y la oscura sexualidad que exudaba cada una de las palabras que pronunciaba Eros.

Deseó que hubiese más luz y apreciar mejor su rostro y las facciones que dejaba entrever el antifaz, pero al mismo tiempo agradecía que siguiesen en penumbra. No estaba segura de tener valor suficiente para afrontar los deseos que despertaba en su cuerpo si se enfrentaba con la realidad, por eso acudía a ese lugar, por eso se permitía la libertad de disfrutar de esos pequeños y anónimos momentos de placer.

Un placentero escalofrío le recorrió la columna cuando la habilidosa lengua masculina le acarició el punto exacto detrás de la oreja, su aliento le calentó la piel y le provocó todo tipo de respuestas.

—¿Quieres que me detenga?

La pregunta fue tan inesperada como sorprendente.

—¿Por qué habría de querer tal cosa?

Sus ojos se encontraron, la sorpresa en los de él frente al cálido deseo de los de ella.

—Porque no estás aquí —respondió acariciándole la mejilla con el dorso de los dedos, un gesto que encerraba una ternura que no solía darse entre los muros de ese edificio—. Tu piel se calienta, se sonroja, tu cuerpo se excita como una respuesta natural al deseo, pero tu mente está muy lejos, ¿no es así, Nichte?

Dio un paso atrás privándola de su calor y haciendo que se sintiese expuesta a pesar de conservar todavía toda la ropa.

—Sea lo que sea lo que quieres olvidar, no estás lista para hacerlo.

Sus palabras actuaron sobre ella como un dardo, sintió como se le encendían las mejillas y por un estúpido instante creyó que él era capaz de verla de verdad. Se llevó una mano al rostro para asegurarse de que el antifaz seguía en su lugar y sacudió la cabeza.

—¿Así que además de auxiliar a damas en apuros con sus sandalias también las psicoanalizas?

Los labios masculinos se curvaron, levantó la cabeza un poco más e incluso la ladeó en un gesto que no pudo interpretar.

—Entre estas paredes hay demasiados hombres pagados de sí mismos dispuestos a aprovechar la más mínima oportunidad para meterse debajo de las faldas de una atractiva mujer —declaró con voz gruesa, matizada por el deseo—. No niego que mi presencia aquí obedece a un deseo muy similar, pero prefiero que esa atractiva mujer esté en la misma habitación que yo y no en un lugar en el que no puedo alcanzarla.

Señaló con un gesto de la barbilla uno de los sillones de la biblioteca y acto seguido le tendió la mano.

—¿Quieres hablarme de eso que al parecer quieres olvidar?

—Pensé que para poder olvidar algo, lo mejor es no hablar ni pensar en ello —replicó, ignorando su mano—. De hecho, hacer cualquier otra cosa que no tenga que ver con lo sucedido es una de las mejores formas de dejarlo atrás.

—Y sin embargo tú no estás preparada para dejarlo atrás —replicó llevándose ahora ambas manos a la espalda—. Ni lo estás para pasar esta noche entre estas paredes...

—Yo decidiré dónde quiero pasar la noche —replicó levantando la barbilla con gesto desafiante. No permitiría que nadie decidiese por ella, no

en ese lugar—, y hasta hace escasos segundos, ese lugar era esta biblioteca y en su compañía, milord. Ahora, sin embargo, me estoy conteniendo para no llamarte gilipollas y hacer que te saquen de *mi* club.

Sabía que había sonado petulante, pero de algún modo el que la hubiese privado de su cercanía la había hecho enfadar.

Su respuesta fue cambiar de posición, cruzándose ahora de brazos mientras la examinaba de pies a cabeza.

—Así que la diosa de la noche tiene las garras afiladas y las saca cuando no le salen las cosas como desea.

—Eso no es verdad.

—¿Qué no es verdad? ¿Qué tengas afiladas las garras o que te enfurruñas cuando no consigues lo que quieres?

—No soy ninguna niña que se enfurruñe por tonterías.

—Sé que no lo eres, ese apetitoso cuerpo que he sentido contra el mío, que mis manos han tenido la gloriosa oportunidad de acariciar, no pertenecen al de una niña —respondió con gesto desenfadado, casi con una pizca de divertida ironía—. Pero la mujer que lo ostenta, diría que es un poquito consentida.

Apretó los labios, pero contuvo las ganas de devolverle sus palabras con un insulto.

—Sin duda mis defectos quedan opacados por tu obvia arrogancia —replicó con tranquilidad, se recogió la falda del vestido y emprendió la retirada, aunque no llegó demasiado lejos, pues él le cortó el paso, cogiéndola de la muñeca tirando hacia atrás y obligándola a girarse deslizándose en un inesperado baile contra él.

—Diría que estamos a la par —aseguró mirándola a los ojos y resbalando a continuación el rostro contra el suyo, rozando sus máscaras para terminar en su oído—. Quiero desnudarte, arrancarte la ropa y comprobar si estás tan húmeda como quiero que lo estés. No pienses que no te deseo, Nichte, no he deseado a una mujer con la intensidad que tú despiertas en mí, pero soy lo bastante egoísta cómo para exigir que me desees de la misma manera. Y para que eso ocurra, te necesito aquí, junto a mí. Así que dime, ¿qué es lo que te mantiene alejada de mí?

Se estremeció, una deliciosa sensación la recorrió de la cabeza a los pies dejándola temblorosa y caliente, sus palabras y la cadencia de su voz la encendían consiguiendo todo lo que él buscaba.

—¿Tú?

Se rió en su oído.

—Buen intento —murmuró de nuevo y esta vez acompañó sus palabras con eróticas caricias de su boca y sus manos—. Una cosa, dime solo una cosa y no preguntaré más.

Se estremeció con sus atenciones, pero lo más sorprendente fue sentir como su propio cuerpo sucumbía, como perdía las fuerzas y se apoyaba en él cuando las palabras abandonaron su boca.

—No he sido consciente de todo lo que soy, de todo lo que debo ser hasta esta misma noche —murmuró intentando retener las palabras—, y siendo sincera con un completo extraño, me da miedo no cumplir... las expectativas.

Él arrastró la boca sobre su cuello, mordisqueándola hasta encontrarse finalmente con sus labios y reclamarlos en un húmedo beso.

—Nadie sabe lo alto que puede volar hasta que lo intenta —le dijo separándose lo justo para mirarla a los ojos—. Solo tienes que desplegar las alas y dejar que te eleve el viento. Eres la única que puede manejar el timón, irás tan lejos cómo desees llegar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque yo lo hice hace tiempo y el resultado... no fue tan malo.

Se relajó ante sus palabras y suspiró, se permitió rodearle el cuello con los brazos y acomodarse contra su duro cuerpo.

—Y ahora que ya te lo he dicho...

—Ahora tú y yo seguiremos dónde lo dejamos y esta vez te quiero total e incondicionalmente atenta a mí y solo a mí —advirtió resbalando las manos sobre su piel, retirando la fina tela de los tirantes de sus hombros y besando los lugares en los que habían reposado sus dedos—. Eres pura seda y hueles de maravilla.

Tembló al sentir como el deseo se enroscaba en su interior como una sinuosa y sexy serpiente dispuesta a bailar al son de su voz, su boca le acarició la oreja, le mordisqueó la piel arrancándole un pequeño gemido de placer y se derritió contra él.

—Estoy ansioso por ver lo que ocultas debajo de esa tela escarlata.

Ladeó la cabeza y sonrió traviesa resbalando la mano hacia el costado del vestido.

—Eso puedo arreglarlo, todo lo que tengo que hacer es tirar de esta pestaña de aquí —cogió la lengüeta de la cremallera y empezó a tirar hacia

abajo separando la tela.

El vestido cedió y solo tuvo que dar un pequeño tirón para dejar que resbalase por su cuerpo hasta formar un charco a sus pies. Dio un paso atrás, saliendo del círculo de seda carmesí y se presentó ante él con un diminuto juego de sujetador y tanga.

—Listo.

Se rió y no pudo evitar sonreír en respuesta, le gustaba ese juego de seducción, se sentía a gusto en su compañía y sus caricias la excitaban.

—Un bocado de lo más prometedor y excitante —murmuró acunándole los pechos a través del sujetador, rozándole los pezones con los pulgares provocándole un suave maullido—, el cual me muero de ganas por saborear.

Volvió a capturar sus labios, una habilidosa maniobra de distracción destinada a mantenerla ocupada y concentrada en él mientras le desabrochaba el cierre y liberaba sus hinchados senos.

—Te quiero desnuda. —Le sopló al oído y se estremeció, resbalo una mano entre sus cuerpos y presionó la palma sobre su sexo—, totalmente desnuda.

—Yo podría exigir lo mismo, ¿no te parece? —Dejó que sus palabras se leyesen en sus ojos y en la forma en la que deslizó la mirada sobre su cuerpo.

—Podrías —admitió él acariciándola por encima de la delgada barrera de tela—, y estoy seguro de que obtendrías lo que deseas.

Se levantó sobre las puntas de los pies un segundo antes de dar un paso atrás y salir de su alcance, sus ojos seguían cada uno de sus movimientos, el tono oscuro del antifaz no hacía otra cosa que resaltar su color azul oscurecido por el evidente deseo. Se lamió los labios, humedeciéndolos y se pavoneó mostrándose osada, excitada por la manera en la que él no perdía detalle de sus movimientos y por fin enganchó los pulgares en la tira elástica del tanga y lo arrastró sobre sus caderas hasta quedarse desnuda.

El frescor de la habitación le acarició la piel, se sintió hinchada y húmeda, cada vez más excitada bajo la atenta mirada. El que él todavía siguiese vestido frente a tu total desnudez debería haberla afectado en algún grado, potenciado su descaro y con toda probabilidad su sarcasmo, pero todo lo que sentía era una ardiente necesidad de caminar hacia él y volver a tener esas manos sobre su piel, sus dedos hundidos en su sexo y su lengua en la boca.

—Si la noche hubiese adquirido forma humana, sin duda se habría encarnado en ti, Nichte.

—Eres bueno con las palabras, Eros, pero, ¿lo eres en algo más?

Se carcajeó, sus ojos bajaron una vez más sobre ella, se relamió como un gato que tenía ante sí un delicioso plato de crema y declaró.

—Veamos si puedo responder a eso de forma que no te quede ninguna duda al respecto.

El precavido lobo decidió convertirse en cazador, fue el primer pensamiento que le pasó por la cabeza al ver ese brillo en los ojos azules, su boca cayó sobre la suya en un hambriento beso que le arrebató el aliento y antes de ser consciente de ello, se encontró de espaldas a su pecho, con sus manos cubriendo las suyas aplanadas sobre el macizo escritorio.

—Separa las piernas y dame lo que tienes para mí.

Aquella posición hacía que sintiese su sexo expuesto, el aire acariciando la tierna y húmeda carne, mientras el calor que traspasaba su ropa le acariciaba la espalda.

—¿Quién dice que tengo algo para ti?

Una de las manos resbaló ahora por su piel desnuda, los dedos dejaron tras de sí un sendero de eléctrico calor que se iniciaba en su cuello y descendía por su espalda hasta sus nalgas.

—Lo dice lo húmeda y caliente que estás justo aquí.

Inspiró con fuerza al notar sus dedos acariciándola entre las piernas, una delicada y superficial caricia que prometía aquello que deseaba rabiosamente.

—De acuerdo, tienes un mini punto.

Volvió a reír, esta vez sintió la vibración cuando su boca se pegó de nuevo a su cuello con la misma traviesa intención que ejercía su palma contra su anhelante carne. Arrastró los dedos sobre la suave y pulida madera, meneó la cadera incapaz de quedarse quieta buscando más de ese placer, de esa locura que la empujaba hacia ese irrefrenable deseo.

—Eres divertida, muy ocurrente, me gusta la combinación.

—Y a mí lo que estás haciendo ahí abajo con la mano.

Volvió a reírse y sintió el calor de su aliento acariciándole el pabellón de la oreja.

—Y también me gusta esta inesperada y refrescante sinceridad.

Sus caricias se hicieron más íntimas, un dedo intruso la penetró mientras otras falanges se cernían alrededor del pezón y le dedicaban un tratamiento digno de un sádico en potencia. La folló suavemente, como si tuviese todo el tiempo del mundo. Podía sentir como la humedad resbalaba por sus muslos

acicateada por sus caricias, todo su cuerpo se encendía más y más hasta el punto de resultar casi insoportable.

—Hueles a sexo —jadeó él en su oído—, a lujuria y deliciosa perversión...

Le besó el hombro, una delicada caricia que siguió prodigando ahora por su espalda, pequeños besos alternados con mordisquitos que descendieron directos a sus nalgas y entre ellas.

—Y me encanta...

Le mordisqueó la parte inferior de una de las nalgas, sus manos habían cambiado de dirección y ahora la sujetaban y obligaban a separar más los muslos atrayéndola hacia él. No se lo pensó dos veces, bajó sobre su sexo y la besó allí.

Arqueó la espalda, echó la cabeza hacia atrás y gimió de placer. Su lengua recorría el sendero marcado por su dedo, la lamió a placer, succionándola, mordisqueándola y obligándola a repartir el oxígeno entre sus pulmones y los gemidos que emergían de su garganta. Cada nueva pasada sobre su caliente carne la volvía loca, la dejaba jadeante y al borde de la súplica. Era una deliciosa tortura, poco a poco su cordura se diluía para dejar en su lugar una necesidad primitiva y absoluta en la que solo tenía cabida la ansia de la cópula. Sus manos, ahora convertidas en puños, hacían de soporte para su cabeza; habían cedido el peso de la parte superior de su cuerpo al apoyo de los brazos. En aquella postura estaba todavía más expuesta a él y a lo que esa maldita boca le hacía.

—No pares, por favor, no pares...

Se mordió los labios en un intento por retener los quejidos y gemidos que brotaban imparable, la ansiedad era tal que se encontró a sí misma moviéndose contra esa hambrienta boca buscando un alivio del que parecía dispuesto a privarla de momento.

—No sé, solo me has dado un *mini punto*.

—Te daré todo lo que guardo en la caja, prometido, pero no se te ocurra dejar de hacer lo que estás haciendo.

Se rió de nuevo y, para su desesperación, se echó hacia atrás, abandonándola momentáneamente.

—Tan deliciosa como sabes, deseo explorar otros beneficios de este inesperado encuentro —replicó y no tardó en sentir el duro y grueso pene resbalando entre sus muslos, lubricándose en su humedad mientras le dejaba

hacerse una idea de su longitud—. Unos de los que estoy seguro disfrutaremos los dos.

—Oh sí, me gusta como piensas, me gusta mucho...

No pudo seguir hablando, no cuando notó la punta del duro miembro abriéndose paso en el estrecho canal de su sexo.

—Oh, señor... —jadeó. Arqueó la espalda hasta quedar pegada a él. La necesidad crecía, el deseo aumentaba y su sexo pulsaba alrededor de las pulgadas que albergaba de su miembro. Quería más, deseaba mucho más—. Sí... esto es... perfecto...

—Tú sí que eres perfecta —creyó escucharlo decir un segundo antes de notarlo hundiéndose profundamente en ella. Con las manos cerradas en sus caderas, se meció en su interior, profundizando y retirándose casi hasta salir por completo con una cadencia que la enloquecía.

Las grandes manos abandonaron sus caderas para cernirse sobre sus pechos, jugó con sus pezones aumentando la sensación que recorría su cuerpo. Su duro pene la enloquecía, podía sentirle en su interior, abriéndose paso, ensanchándola con cada nueva embestida. La obligaba a acogerle por completo, a que su cuerpo se acostumbrase a golpe de cincel al grueso miembro que la llenaba. Se sentía arder, la fricción de sus cuerpos era deliciosa, su posesión tan carnal que era incapaz de pensar en nada más que en la forma en que la marcaba. No le quedaba duda de que aquello era lo que estaba haciendo, lo que pretendía; marcarla como suya.

—Sí, perfecta y deliciosa... —jadeó en su oído—. Malditamente perfecta. Así, sigue apretándome de esa manera.

—Deja cualquier tipo de tonta declaración para después... y sigue moviéndote —siseó ella. En otro momento se daría de bofetadas por lo que acababa de decir, el rostro se le encendería como una amapola, pero su cordura se había volatilizado. Ni siquiera pudo encontrar eso a lo que antes llamaba vergüenza.

Lo escuchó reírse en voz alta, una risa profunda, sensual que reverberó en todo su cuerpo, pero hizo lo que le pidió, dejó sus pechos con un pellizco y la sujetó atrayéndola más cerca de él, profundizando sus embestidas hasta dejarla sin aliento.

Cerró los ojos y obligó a su mente a apagarse por completo. No quería pensar, la idea de entregarse a él, de dejar que se hiciese cargo de todo era una idea maravillosa. Se dejó ir, se abandonó por completo a la lujuria y a la

necesidad olvidándose de todo lo demás, incluso de sí misma. El orgasmo que la sobrevino fue intenso, el latido del corazón se instaló en sus oídos y durante un momento fue incapaz de escuchar otra cosa, solo cuando el peso de su amante venció sobre ella y escuchó el sonido ronco de su propia liberación al oído, fue muy consciente del paso que había dado esa noche.

CAPÍTULO 5

—Necesito un par de sandalias nuevas.

Lachlan la vio hacer una nueva mueca al mirar por enésima vez el tacón roto de una de sus sandalias. Sentada ahora encima del escritorio dónde habían dado rienda suelta a la lujuriosa pasión, balanceaba las piernas que asomaban entre los pliegues de su vestido.

Tras recuperar su ropa y adecentarse un poco, había vuelto a centrarse en su problema principal.

—Mucho me temo que ni la mejor tienda on-line podría entregarte un par de zapatos nuevos a estas horas y en este lugar —replicó con un toque de ironía.

Sus ojos verdes lo miraron a través del antifaz, con el pelo desordenado, el vestido arrugado y ese bonito sonrojo sobre la piel, parecía una pícara cortesana.

—Un desafío interesante, pero poco útil —replicó ella, sacudió la cabeza y miró la puerta cerrada de la biblioteca—. Mucho me temo que la noche para esta Cenicienta se ha terminado ya, debería retirarme antes de que mi vestido se convierta en harapos y mis lacayos corran por ahí como los ratones que son.

Se bajó de la mesa con un saltito y bailoteó sobre sus pies hasta llegar a la puerta.

—¿Me guardarás el secreto, milord? —dijo volviéndose hacia él con las sandalias en las manos.

—Solo si me prometes que me concederás el próximo baile.

Una sutil manera de decirle que quería volver a verla, que deseaba tenerla una vez más. Hubiese insistido para que se quedase, para que repitiesen el escarceo que acaban de protagonizar, pero esta no era la noche.

Nicte le sonrió como una picaruela, le dedicó una reverencia con la que le permitió ver de nuevo sus pechos apenas cubiertos y cerró los dedos

alrededor del pomo.

—Esperaré a ver que me trae la próxima marea, milord —replicó con un guiño antes de escurrirse por la puerta entreabierta y dejarle con el recuerdo de su pasión.

Sacudió la cabeza, comprobó que estaba más o menos decente y salió de la pequeña sala privada para internarse, ahora sí, en las entrañas del club que albergaba aquella mansión.

—Eros, querido, cuánto tiempo sin verte por aquí.

Saludó con un gesto a la pareja que caminaba hacia él, había coincidido otras noches con ellos en el club, eran *swinger* y no les importaba interactuar con cualquier *partener* que atrajese su atención.

—El trabajo me ha mantenido ocupado —respondió sonriendo a la mujer que cubría su rostro con una máscara de pájaro y estrechó la mano al hombre que, como él, llevaba un simple antifaz negro.

—El trabajo puede llegar a ser tan absorbente... —admitió ella—. ¿Has venido a jugar o a navegar en el Estigia?

Sonrió ante su elección de palabras.

—No lo tuve claro hasta que traspasé el umbral y me encontré ayudando a una diosa en apuros.

—Siempre tan caballeroso —se burló divertido su acompañante, guiñándole un ojo en complicidad—. Espero que ella haya recompensado tu ayuda de una forma agradable.

—Sumamente agradable.

El hombre asintió conoedor y señaló a su compañera.

—Esta noche Lord Baco ha decidido organizar una bacanal.

—Sí, eso he oído, pero he declinado la invitación.

El tipo asintió y rodeó la cintura de la mujer con el brazo.

—En ese caso, que disfrutes de las aguas del río del inframundo.

Sin duda la fiesta de esa noche había atraído la atención de muchos de los moradores del club, pero cualquier apetencia que hubiese tenido él al traspasar las puertas, se había esfumado tras su inesperado encuentro con Nichte.

Deslizó la mirada por el área del casino, inconscientemente buscaba su vestido rojo y esa cabellera oscura con mechas californianas en las que había hundido sus dedos, aún si era vana, tenía la esperanza de verla todavía allí.

Correspondió a varios saludos más, descartó la posibilidad de perder algo

de dinero en las mesas de juego y enfiló hacia la sala principal solo para detenerse en seco al ver a uno de los vigilantes del local atravesando el umbral con un mantel alrededor de la cintura.

—¿Has perdido la ropa por el camino?

El aludido esbozó una perezosa sonrisa al escuchar su voz, se volvió hacia él y lo saludó con su habitual afabilidad.

—Vaya, el hijo pródigo vuelve a casa —lo saludó—. Es bueno verte, Eros.

Puso los ojos en blanco ante su comentario.

—¿Intentas imponer una nueva moda o algo parecido, Hermes?

—Sería más sencillo de explicar que lo que me ha pasado en realidad —admitió con un resoplido—. He tenido una noche de esas que quieres olvidar con rapidez, Cronos va a querer mis huevos en una bandeja, debí haber llegado hace casi una hora.

Cronos era el gerente del club, un tarea que había compaginado con suma eficiencia con su otra vida, una que conocía tan bien cómo podía conocerla alguien ajena a ella. Debía de ser una de las pocas personas que conocía la identidad del gerente del Estigia, no en vano había sido el encargado de entregarle una invitación a petición de Josefina Queen, el nombre que figuraba en las escrituras de la mansión en la que se encontraba.

Tenía que admitir que ni en un millón de años habría sospechado que la propiedad no solo pertenecía a esa formidable mujer, sino que ella había sido la encargada de tomar el relevo del centenario club.

—Hace una hora ya quería tus huevos en bandeja, ahora es que no quiero ni imaginarme el motivo que te haya llevado a coger un feo mantel y ponértelo a modo de pareo.

Ambos se volvieron al escuchar la ronca voz del recién llegado. Hablando del rey de Roma...

—Bien, eso me evitará el tener que dar explicaciones al respecto —aseguró el aludido y se señaló a sí mismo—. Voy a ponerme algo decente y ya me dices si quieres que me haga cargo de la fiesta de Baco o del casino.

—De la fiesta, Ares se hará cargo del casino y yo tengo que encargarme de la voluble dama que ha decidido que hoy no es una buena noche y quiere largarse en vez de asumir su rol.

—Te dije que era demasiado pronto —chasqueó él y negó con la cabeza—. No está preparada para hacer de anfitriona.

—¿El club va a cambiar de manos?

Ambos se giraron hacia él, Hermes miró a su jefe y este a él.

—No, seguirá en las manos en las que siempre ha estado —replicó el gerente volviéndose hacia él y añadió—. ¿Has recibido la notificación para asistir a la lectura del testamento?

Asintió, no le sorprendía que estuviese al tanto de ello.

—¿Sabes de qué va todo esto?

Le sostuvo la mirada y negó con la cabeza.

—Solo sé lo que tuvo a bien comunicarme, pero intuyo que habrá algunas sorpresas de cosecha propia —aseguró con un bajo resoplido que evidenciaba lo poco que le gustaba eso.

—A Tori le va a dar un ataque si siguen las sorpresas, Cronos.

Tori, el diminutivo de Victoria, la nieta de Josefina, la única persona, se atrevería a decir, que la anciana Queen había querido realmente en toda su vida. La manera en que le había hablado de ella, el orgullo en su voz cuando hablaba de sus logros, eran las palabras de una abuela orgullosa de su sangre.

—¿La nieta de Josie será quién administre también esta propiedad?

El intercambio que advirtió entre los dos hombres le dijo que había mucho más de lo que parecía a simple vista.

—Ahora mismo todo está en el aire. La señorita Queen tiene ciertos... derechos como heredera universal de su abuela, pero no sabremos el alcance de todos ellos hasta la lectura del testamento.

—O lo que es lo mismo, hasta que se lean las últimas voluntades de Josefina, nadie estará a salvo —añadió Hermes palmeando a ambos en la espalda—. Voy a ponerme algo encima. Suerte domesticando a la fiera, si te rompe los huevos, no me hago responsable.

—Si tan siquiera lo intenta, obtendré un enorme placer recordándole quién manda.

—Por favor, grábalo en vídeo, es algo que no me perdería por nada del mundo.

Con eso dio media vuelta y se marchó por dónde había venido.

—Una mujer interesante.

El administrador de Josefina se volvió hacia él y dejó escapar un resoplido.

—Interesante no es la palabra que yo emplearía para describir a ese barril de pólvora con tacones —comentó con un resoplido—. Cuando conozcas a la

señorita Queen, te darás cuenta de que ella es muy capaz de luchar sus propias batallas sin despeinarse y dejarte como un gilipollas en el proceso.

—¿Lo dices por experiencia?

Su respuesta fue recorrerlo de los pies a la cabeza y señalar luego la sala con un gesto de la barbilla.

—Si vas a quedarte, disfruta de la velada, yo tengo que trabajar.

Una sutil manera de decirle que se metiese en sus propios asuntos y dejase de tocarle las narices. Era un milagro que se hubiese detenido el tiempo suficiente para mantener una breve conversación, más aún que en esa conversación no se hubiesen terminado insultando el uno al otro cómo venía a ser usual.

Miró una última vez a su alrededor para comprender que su noche había terminado, la diosa nocturna que lo había embelesado se había esfumado y no había nada más excitante que retuviese su interés.

CAPÍTULO 6

—¿Tan mala ha sido la velada que no dejas de fruncir el ceño?

—No fue mala, pero sí más breve de lo que me hubiese gustado.

Pues después de que esa mujer se le hubiese escapado de entre los dedos había perdido todo interés en cualquier otra cosa. Esta mañana, nada más despertase en su cama, le vinieron esos ojos verdes a la mente, la sonrisa traviesa y la mirada cuando admitió haber perdido a alguien.

Se parecía a él, sabía que era estúpido y precipitado sacar una conclusión semejante tras haber echado un único polvo con una completa desconocida, pero algo había en ella que le recordaba a sí mismo.

—Cualquier que haya sido el motivo, será mejor que lo dejes a un lado hasta que termines con todo lo relacionado con la lectura del testamento.

Noel no estaba al tanto de todo lo ocurrido la noche anterior. Cuando lo llamó esa mañana para recordarle la cita en el despacho de abogados en el que se daría lectura al testamento de Josefina y que le llevaría el coche, omitió cualquier comentario acerca de su destino después de abandonar el pub.

—Espero terminar con esto lo antes posible —admitió y dejó vagar la vista por la ventana del tercer piso del edificio en el que se encontraba el despacho.

Habían llegado temprano o eso les había dicho el hombre bajito y entrado en la sesentera que los recibió e invitó a un café tras instalarles en la sala de espera. Se esperaba a dos personas más, entre ellas a la nieta de la difunta señora Queen, Victoria.

—Me gustaría saber qué narices hago aquí —repitió dejando escapar un resoplido.

—Eso lo sabrás cuando se haga la lectura —le contestó echando un vistazo al reloj de la pared—, para lo cual no falta mucho.

No solo no faltaba mucho, sino que ya pasaban cinco minutos de la hora

fijada.

—Está claro que algunas personas estás acostumbradas a que se las espere y han borrado de su diccionario la palabra puntualidad.

—Échale la culpa a la política urbanística de la ciudad y la falta de aparcamientos de esta zona.

Una inesperada y conocida voz masculina atrajo la atención de ambos hacia el umbral de la sala de espera dónde se encontró con el asistente y apoderado de Josefina, Alexander Cross, el cual tras entrar en la sala dejó a la vista una menuda y curvilínea mujer sobriamente vestida cuyas primeras palabras le provocaron una profunda impresión.

—La puntualidad siempre ha estado en mi diccionario, pero gracias por tan arrogante afirmación, señor...

Levantó el rostro y esos ojos verdes se posaron sobre él desvelando cualquier posible duda o equivocación que pudiese haber albergado al reconocer ese tono de voz. Sus pupilas se dilataron con idéntica propia sorpresa, los labios pintados de rojo carmín se separaron un poco y juraría que incluso la vio temblar al ser también consciente de su identidad.

—Victoria Queen, ellos son Lachlan Burns y su hermanastro, el doctor Noel Burns, a quién ya conoces —los presentó Xander, poniendo nombre y rostro a la mujer con la que había tenido un interesante y tórrido encuentro en la biblioteca del club la noche anterior—. El señor Burns ha sido citado también para la lectura del testamento.

—Permítame expresarle de nuevo mis condolencias por la partida de su abuela, señorita Queen.

Ella pareció reaccionar entonces, recomponiéndose a la velocidad de la luz, imprimió una sonrisa afectada en sus labios y asintió en agradecimiento a las palabras de Noel.

—Gracias, doctor Burns.

—Mis condolencias por su pérdida —añadió a su vez con voz firme, quizá un poco fría a juzgar por la fugaz mirada que le prodigó su hermanastro.

Sus ojos se deslizaron entonces sobre él, ni siquiera parpadeó, actuaba como si fuese un completo desconocido para ella.

—Gracias, señor Burns.

Un denso silencio cayó entonces sobre la sala solo interrumpido por el pulso del segundero del reloj de la pared, cada uno de sus acompañantes

alternó la mirada entre el uno y el otro como si quisieran discernir qué demonios estaba pasando allí.

Lachlan se dio el lujo de observar con detenimiento a la mujer que tenía ante él, una versión que a primera vista se alejaba bastante de la hembra que había tenido anoche entre sus brazos.

Victoria Queen era una mujer de negocios, la seguridad con la que se movía, con la que era capaz de permanecer inmóvil a pesar de su obvia incomodidad hablaba de alguien acostumbrado a estar en medio de una ejecución y terminar con el hacha del verdugo en su mano. No había en ella ni una pizca de la calidez de Nichte, ni de la travesura en su mirada o la risa en sus palabras, esta mujer que tenía delante de él no era una diosa nocturna, sino alguien muy diferente.

—¿Ya os conocíais?

La pregunta de Xander rompió el silencio, sus ojos se habían clavado directamente en él cómo si pudiese ver a través de su piel y meterse en su cerebro. Sonrió con pretendida afectación, apenas una curvatura de labios que dejaba a su libre interpretación y se volvió hacia ella.

—Esta es la primera vez que la señorita Queen y yo coincidimos — declaró con fingido desinterés—. Aunque debo admitir que he oído mucho sobre usted, Josefina tendía a mentarla con frecuencia.

—Me cuesta creerlo viniendo de ella.

Sonrió ante su abierta ironía y terminó riéndose.

—Lo crea o no, siempre ha tenido buenas palabras para describirla, aunque es posible que se haya dejado una o dos cosas por el camino.

Ella acusó la pulla con estoicidad.

—Dígame, señor Burns, ¿de dónde conocía a Josefina? Nunca mencionó su nombre en mi presencia.

No pudo evitar sonreír para sí mismo al notar el tono condescendiente de su voz, si bien mantenía una postura erguida y digna y una expresión de absoluto aburrimiento, había detectado una pizca de curiosidad en su condescendencia.

—*Josie* era una gran mujer, alguien a quién le profesaba respeto y a quién sin duda echaré de menos —le dijo sin responder cómo sabía que esperaba a su pregunta. Se permitió ser lo suficiente vago en su respuesta cómo para dejarle pensar lo que quisiera.

—El señor Burns trabaja como cirujano en el hospital veterinario de

Willmarbee —añadió Xander, cuyos ojos se habían encontrado de nuevo con los suyos y lucían una abierta pregunta—. Se ha estado haciendo cargo de la gestión del refugio de animales que patrocinaba tu abuela.

—Una gestión que pronto llegará a su fin, a juzgar por el actual estado del lugar y la imposibilidad de obtener nuevos fondos —replicó sosteniéndole la mirada antes de girarse de nuevo a la recién llegada—. A menos que esté interesada en seguir los pasos de su abuela y hacer una pequeña inversión para rehabilitar el lugar, señorita Queen.

—Lachlan. —Un toque de atención de parte de su hermanastro—. Este no es el momento ni el lugar.

—Nunca pierdes la oportunidad de obtener lo que quieres, ¿eh, escocés?
Sonrió de soslayo, aunque no había ni pizca de humor en su voz.

—Ella es la que tiene el dinero, ¿no? —soltó con gesto despectivo. Sabía que estaba siendo cruel, pero no podía evitar sentirse engañado de una forma estúpida y fantasiosa por esa mujer frente a él, así como molesto por la irritante presencia de ese hombre.

—Si esta es su forma de buscar recaudaciones, no quiero saber cómo tratará a los animales —replicó ella con absoluta frialdad.

—Mejor que a muchas personas —apuntilló con tono acusatorio.
Su respuesta fue cruzarse de brazos.

—Se está equivocando al dirigir su enfado contra mí, señor.

—¿Eso es lo que hago, señorita Queen?

Ella apretó los labios, levantó la barbilla e incluso juraría que vio un brillo de fastidio en su mirada.

—Las obras filantrópicas de Josefina siempre han sido algo privado y que ha gestionado ella misma, señor Burns, pero estoy dispuesta a cederle parte de mi tiempo y escuchar lo que tiene que decir con respecto a ello después de la lectura del testamento.

—Quédese con su tiempo, señorita, no es algo que me interese compartir.

—Lachlan, ya es suficiente —lo interrumpió Noel.

—No se preocupe, doctor Burns, entiendo que su hermano tiene un alto concepto de sí mismo y bajo de los demás —lo provocó ella, desafiándole con la mirada.

—Victoria, este no es el momento ni el lugar —la reprendió al mismo tiempo Xander, cuya mirada voló también sobre él en clara advertencia.

—Veo que ya han ido entrando en materia incluso antes de comenzar la

lectura.

La voz vino acompañada por la presencia de un hombre bajito y regordete con rostro agradable que irrumpió en la sala de espera. Los miró a todos y cada uno de ellos, saludándoles con un gesto de la cabeza para finalmente dirigirse a la chica, a quién le cogió la mano en gesto fraternal.

—Lamento mucho tu pérdida, querida Victoria —le dio sus condolencias—. Tu abuela era una mujer formidable, todos vamos a echarla de menos.

—Gracias, Elian. —Su respuesta fue educada, pero fría, no traslucía nada que evidenciase una pizca de calidez o simpatía y sin embargo, si se fijaba bien en su mirada, ahí había una luz que desmentía la frialdad de sus actos.

El hombre se volvió entonces al resto de los presentes y se fijó en él.

—Señor Burns, gracias por venir. —Le tendió la mano, la cual le estrechó—. Soy Elian Write, el notario de la señora Queen.

—Señor Write, espero que usted pueda arrojar algo de luz sobre mi presencia aquí.

—La señora Queen, en gloria esté, dejó especificado en su testamento la presencia de cualquier persona que hubiese sido mencionada en su testamento, ese es el motivo por el que se le ha citado hoy aquí a la lectura.

Y eso no respondía a lo que realmente quería saber.

—Lo entiendo, pero eso no explica...

—Lo entenderá tan pronto de comienzo la lectura de las últimas voluntades de Josefine, así que, si me acompañan...

Dicho eso, giró sobre sus pies y encabezó la marcha.

Victoria avanzó entonces hacia la puerta, deteniéndose solo para mirarle cuando se hizo a un lado y la invitó a pasar primero.

—Señora...

No dijo una sola palabra, pero tampoco es que hiciese falta.

—Espero tengas una buena explicación para esto —comentó Xander pasando a su lado y advirtiéndole sin más palabras que esperaba que fuese buena.

—Pídesela a ella.

Dejó que ambos se perdieran más allá del umbral y tomó aire, estaba perdiendo la calma y eso no era una buena señal viniendo de él.

—¿No te parece que va siendo hora de que enterréis el hacha de guerra? —sugirió Noel posando la mano sobre su hombro.

—Esto no es por Alexander, es por ella.

—¿Qué quieres decir?

Señaló con un gesto de cabeza a la pareja que acababa de entrar en la oficina.

—Anoche conocí a una mujer en el Estigia —murmuró en voz baja—, y acabo de descubrir quién se ocultaba debajo del antifaz.

La sorpresa que bailó en los ojos de su hermanastro era palpable.

—¿Ella?

—Que de sorpresas nos da la vida, ¿eh?

Le dio una palmadita y señaló la sala con un gesto de la barbilla.

—Espero que esta pantomima termine pronto —resopló—. Espérame, necesitaré un jodido whisky en cuanto termine esto.

CAPÍTULO 7

Tres veces. Tres veces había escuchado en voz alta las palabras que Josefina había dejado escritas, sus últimas voluntades, una mierda del tamaño de un castillo en la que se estaba hundiendo poco a poco.

No se atrevía a mirarle, ni siquiera se atrevía a admitir que él era el mismo hombre con el que había estado en el club, pero la manera en que la había mirado y sus acusatorias palabras, decían con total claridad que no solo era Eros, sino que también la había reconocido a ella como Nicte.

Intentó concentrarse de nuevo en el discurso que repetía el abogado. Le había pedido que volviese a leer el contenido del documento, en especial el apartado que amenazaba con dejarla en la calle a menos que cumpliera con ciertos requisitos en los que también estaba incluido Lachlan Burns.

Estaba claro que la lectura había tomado al señor Burns tan por sorpresa como a ella, aunque en su caso, más que enfurecerse y poner el grito en el cielo, se había echado a reír como un demente.

El notario avanzó en la lectura sin cambiar ni una sola de las palabras que había escuchado ya en las anteriores. A su lado, Xander parecía tallado en piedra, la primera lectura le había sacado un par de jadeos de sorpresa y un gesto de total incredulidad, pero una vez se inició la segunda, se había quedado en absoluto silencio, solo dios sabía que se le pasan por la cabeza.

Volvió a pasarse la mano por el pelo, sabía que se había destrozado el peinado y le importaba un pepino, si no estuviese luchando por guardar la compostura, se habría quitado ya la maldita chaqueta del traje y desabrochado los botones superiores de la blusa para poder respirar.

Se estaba ahogando, se estaba hundiendo en un pozo en el que no veía el fondo y del que no tenía posibilidad de salir. Aventuró un fugaz vistazo en dirección a ese hombre y se encontró con su mirada clavada en ella, ladeó la cabeza y gesticuló una palabra: respira.

Escapó del magnetismo de esos ojos y volvió a concentrarse en el notario,

bajó los párpados y buscó en su interior esa paz que necesitaba para afrontar este episodio y no perder los papeles al salir corriendo.

—...por ello, es mi deseo que al señor Lachlan Burns, con domicilio en el 2910 de Bellaire Dr. —Las palabras del notario resonaron en su mente—. Le sea entregado el cincuenta por ciento de la propiedad previamente citada como «*River House*», situada en el 3298 de Grandview Dr, en Brierwood Hills, Indiana, en condición de co-propietario, bajo las mismas condiciones y directrices aplicadas a mi nieta y heredera Victoria Edith Queen en el plazo de noventa días a partir de la fecha de hoy, diecisiete de agosto de 2019, en la que se dan lectura mis últimas voluntades.

Se obligó a tragar, a respirar, a seguir sentada en silencio a pesar de que se moría por gritar.

—Dicho porcentaje no podrá ser vendido, cedido o rechazado durante los noventa días posteriores a la lectura del testamento y ratificación del mismo —continuó sin detenerse—, quedando así mismo establecida la necesidad de pernoctación de los propietarios de dichos porcentajes en el inmueble antes citado durante el periodo de validez del mismo.

Iba a estallarle la cabeza, peor aún, iba a vomitar allí mismo.

—Así mismo, en igualdad de condiciones, la propiedad situada en el 1201 de Willmarbee en Fort Wayne, Indiana, un edificio de dos plantas a nombre de Josefina Isabel Queen, será puesto a disposición de los herederos bajo las siguientes condiciones —continuó sin detenerse e hizo que se encogiese una vez más—. De nuevo, queda establecida la necesidad de pernoctación de los herederos en inmueble citado con anterioridad, *River House*, durante un plazo inferior no menos a noventa días.

Iba a vomitar, se le estaba revolviendo el estómago de tal manera que iba a terminar vomitando allí mismo.

—En caso de vulneración o impugnación del testamento por parte de alguno de los beneficiarios de la citada herencia en el periodo comprendido dentro de los noventa días a partir de la lectura del testamento, la propiedad anteriormente citada, pasará a formar parte de Patrimonio por considerarse un edificio catalogado como bien patrimonial —remató—, así como el inmueble situado en el 1201 de Willmarbee pasará a concurso de acreedores, perdiendo los derechos sobre ambos cada uno de mis herederos.

El hombre cruzó las manos sobre el papel que acababa de leer y la miró a los ojos.

—¿Estás conforme por fin, Victoria?

Movió la cabeza en una efervescente negativa.

—No. Por supuesto que no estoy conforme —negó rotunda, se levantó y avanzó hacia el escritorio—. Tiene que tratarse de un error, una mala interpretación de las palabras de Josefina, ella no...

Casi hubiese jurado que el notario luchó por no poner los ojos en blanco ante su negativa.

—Tras haber efectuado una tercera lectura de las últimas voluntades de tu abuela, te aseguro que no hay ningún error de interpretación de la misma.

—Pero... pero no tiene sentido —se negó a aceptarlo—. Josefina no haría algo así, no con la mansión y...

Un audible bufido por parte de Xander atrajo su atención.

—Sí, lo haría —declaró con una firmeza y seriedad que sabía ocultaba un palpable enfado—. Aunque solo fuese para ver a todos bailar al son de sus acordes y quedar de nuevo como la infalible mujer de negocios que era. Sin duda se ha nominado a sí misma al Oscar a la *Putada más grande jamás orquestada*. Debe estar bailando break dance en la tumba al ver la que ha montado aquí abajo.

Se giró hacia él, fue incapaz de pronunciar una sola palabra; estaba demasiado pasmada. ¿Es que no se daba cuenta que la mujer que había firmado el testamento, para la que había trabajado todos esos años, acababa de dejarle a un completo extraño la mitad de la mansión victoriana que alojaba el club y la mitad de un edificio del que ni siquiera había tenido constancia?

—Parece que no te das cuenta de la magnitud de este problema, Xander.

—El único problema que veo es que tendrás que hacer las maletas y mudarte a *River House* durante al menos los próximos noventa días —resumió volviéndose casi al momento hacia el otro interesado en el tema—, es una suerte que la casa sea lo suficiente grande como para acomodar también a un nuevo inquilino.

El aludido se limitó a poner los ojos en blanco y dejó su asiento.

—No me interesa esa propiedad —declaró con gesto serio, diría que incluso casi aburrido—. No sé qué tendría en mente Josie al incluirme en esa absurda cláusula, pero no estoy interesado. No tengo inconveniente en renunciar a la parte que se me ha adjudicado, dígame que tengo que firmar, señor Write.

—Si ninguno de los dos ha entendido las condiciones de la sucesión después de tres lecturas, tenéis un grave problema.

Los interrumpió Xander, poniéndose también en pie, su mirada vagó de la mujer a él y señaló el documento.

—Las condiciones de la herencia son muy claras, hay dos propiedades que han sido divididas a partes iguales entre los dos herederos principales, las cuales están sometidas a ciertas cláusulas. Si por el motivo que sea, cualquiera de los dos decide renunciar a su parte, venderla o impugnar siquiera el testamento, ambos perderéis cualquier derecho sobre ellas.

—El señor Cross tiene razón —confirmó el notario—. Para que tú, Victoria, puedas acceder a la herencia y tomar posesión de lo que se te ha dejado, deberás cumplir con la cláusula que estipula que ambos beneficiarios, léase el señor Burns y tú, establezcáis vuestro domicilio y pernoctéis en ese inmueble de las afueras durante los próximos tres meses.

Volvió a negar con la cabeza, podía sentir el picor de las lágrimas en sus ojos, pero se negó a permitirles brotar.

¿Por qué le había hecho eso? ¿Cómo había podido dividir esa propiedad y ponerla en manos de un completo extraño? ¿Ponerla a ella en esa situación?

Xander le había dicho que esa casa era muy importante para Josefina, que era un legado, al igual que el club, así que, ¿cómo podía pretender que ella siguiese adelante con ese legado si le dejaba un porcentaje de la casa a ese hombre?

¿Quién era él realmente? ¿Por qué nadie le había hablado del señor Burns? ¿Qué clase de relación lo unía a su difunta abuela? Eran demasiadas incógnitas para las que no tenía respuesta.

Se obligó a mantener la compostura y respondió con una serenidad solo desmentida por la irritación en su voz.

—Así que si no establezco mi nuevo domicilio en *River House* durante los próximos tres meses, perderé la propiedad...

—Me temo que así es, Victoria.

Lachlan resopló.

—Coincido en que Josie tiene que estar pasándose de puta madre ahí arriba —comentó con tono despectivo—. Desde luego, sabía cómo meterse en la vida de las personas y dejar una huella imborrable a su paso.

—Si no tiene algo inteligente y respetuoso que decir sobre la mujer que le acaba de dejar la mitad de una importante propiedad a su nombre, debería

callarse la puñetera boca.

Él no solo no se inmutó, sino que se dio el lujo de recorrerla con la mirada de manera obvia y bastante insultante.

—Únicamente tengo buenas palabras para esa dama, señorita Queen, al contrario que otras mujeres, no necesitó recurrir a subterfugios.

—No me conoce lo suficiente para atribuirme algo parecido.

—Disculpe, pero no recuerdo haberle atribuido nada, Victoria, apenas acabo de conocerla, ¿no es así?

Apretó los labios, pero lo que en realidad quería era saltarle encima y arrancarle los ojos.

—¿Qué demonios es lo que quiere?

Enarcó una ceja y sonrió, una sonrisa genuina que contribuyó a ponerla de los nervios.

—Nada que pueda poner en peligro su futuro —admitió con sencillez y, durante un segundo pareció incluso sincero—. Si tanto significa ese lugar para ti, no tengo inconveniente en cumplir con mi parte y entregarte el cincuenta por ciento que al parecer me pertenece. Como he dicho, no me interesa la propiedad, pero sí estaría interesado en comprarte el cincuenta por ciento del inmueble de Willmarbee.

Lo miró, no esperaba escuchar esas palabras, en realidad, no estaba segura de qué esperaba escuchar.

—Renunciaría a un porcentaje tan importante y al mismo tiempo se ofrece a comprar la mitad de otra propiedad, ¿por qué?

—Porque ya me ofrecí con anterioridad a comprarlo, Cross puede dar fe de ello.

—Dice la verdad —admitió Xander volviéndose a ella—. Lachlan lleva tiempo interesado en dicha propiedad, habló con Josefina sobre la posibilidad de comprárselo...

—¿Y cuál fue su respuesta?

—No hubo tiempo de obtener una...

El notario carraspeó, interrumpiendo aquella pequeña contienda entre ambos.

—La sugerencia del señor Burns podría ser perfectamente viable una vez que se cumplan los requisitos del testamento —les informó—. Cuando las cláusulas se cumplan, cada uno de ustedes dispondrá de su porcentaje, si bien no podrán venderlas, alquilarlas o cederlas a terceros, si podrían acordar una

transacción entre ambos por ser las dos partes herederas. Si desea venderle o cederle su cincuenta por ciento de la mansión a Victoria y ella hace lo mismo con su parte del edificio de Willmarbee, no habría impedimento alguno.

Aquello podría ser una solución, no tan inmediata como a ella le hubiese gustado, pero una solución a fin de cuentas.

—¿No hay ninguna otra forma? ¿Alguna más inmediata?

—No, Tori, no la hay.

La respuesta vino de Xander, lo bastante tajante cómo para que desistiera de seguir insistiendo. Había escuchado cada una de las cláusulas y sabía que esta era la única salida.

—Bien. —Lachlan se volvió de nuevo a ella y le tendió la mano—. ¿Tenemos entonces un trato, señorita Queen?

Su voz fue como una suave y caliente caricia sobre su piel, algo que la tomó por sorpresa y la llevó a buscar en esa mirada, en ese rostro, al hombre al que se había entregado la noche anterior.

—Esto no se trata de un juego de naipes, señor Burns —declaró declinando su mano—. Se trata de mi vida y el legado de mi familia.

—Yo no tengo las cartas, señorita Queen, ni siquiera las reparto, no cuando está en juego mi propio futuro —replicó con firmeza—. Tal y como lo veo, no tenemos otra alternativa con la que negociar ahora mismo, te convendría decirme que sí.

Apartó la mirada y buscó al notario.

—¿Cuánto tiempo tengo para tomar una decisión?

—Unas horas, un día como mucho —admitió—. El lunes daré curso a todo.

Apretó los ojos con fuerza, cogió aire y lo dejó salir lentamente.

—De acuerdo —musitó más para sí misma que para cualquiera de los presentes, se giró de nuevo y lo buscó a él—. Considere su estancia en *River House* como unas vacaciones pagadas, señor Burns, pensaré en su oferta y... le diré algo al respecto.

Le dio la espalda, dispuesta a irse con la última palabra, pero él la detuvo, del mismo modo en que lo hizo la noche anterior.

—Quiero un sí o no ahora, Victoria, o no hay trato.

—No puede hablar en serio...

Sin decir una sola palabra, la cogió del brazo y la arrastró con él fuera de la oficina.

—Si nos disculpan un momento —dijo mientras la sacaba de la habitación y cerraba la puerta tras ellos—. Sí o no. Elige.

—No puede hacer esto, señor Burns...

—Sí o no, Nichte.

Escuchar su apodo en sus labios fue como una puñalada, una confirmación en toda regla.

—Eres despreciable...

—Ambos sabemos que no es cierto o no te habrías entregado a mí cómo lo hiciste.

No se midió, levantó la mano para darle una bofetada, pero él tenía excelentes reflejos y la detuvo.

—No jugarás a ese juego conmigo, pequeña diosa —le dijo bajando su mano y acercándose más a ella, obligándola a retroceder hasta que quedó atrapada entre la pared del pasillo y su cuerpo—. No si quieres seguir saliendo victoriosa.

—¿Por qué haces esto?

—Porque ese edificio es tan importante para mí como lo es *River House* y sus secretos para ti —confesó y no había ni pizca de burla en su voz—. No quiero tu dinero, no quiero riquezas, solo quiero... seguir siendo lo que he sido hasta ahora. Nos parecemos más de lo que crees, Nichte, mucho más...

—Lo que ocurrió anoche...

—...se queda en el Estigia —concluyó él por ella y se separó dejándola con una inesperada sensación de vacío—. Y bien, señorita Queen, ¿tenemos un trato?

Volvió a tenderle la mano y esta vez, no le quedó más remedio que claudicar.

—Lo tenemos, señor Burns, supongo que lo tenemos.

CAPÍTULO 8

— Te mudas.

No era una pregunta sino una afirmación, su hermanastro no se había molestado en añadir una interrogación al final, pues lo conocía muy bien.

—Sí —aceptó dándole vueltas al líquido ambarino que tenía en el vaso. Lo de tomarse un whisky después de la cita con el notario había ido más en serio que nunca—. A la bonita propiedad victoriana a las afueras de Brierwood Hills que ambos hemos visitado alguna que otra vez. Por supuesto, ahora estoy hablando de la parte pública, por decirlo de alguna manera.

La casa estaba dispuesta de tal manera que formaba dos viviendas independientes dentro de una misma estructura, una ocupada por el Estigia y la otra, lo descubriría en cuanto se mudase.

—No tendré tiempo de aburrirme, además, me queda mucho más cerca del trabajo, lo cual no será un mal cambio.

—¿Debería preocuparme el hecho de que parezcas divertido y encantado con todo el marrón que te ha caído encima?

Lachlan no sabía que responder a eso, todavía intentaba digerir lo que había ocurrido el día anterior, su asistencia a la lectura del testamento había traído consigo muchas más sorpresas de las que esperaba. Dejando a un lado la sorprendente revelación de la identidad de la mujer con la que había disfrutado de un agradable interludio, estaba la forma en la que Josefine se las había ingeniado para jugársela a todos a base de bien.

—Para serte sincero, todavía estoy intentando buscarle una explicación al hecho de que Josie me haya incluido en su testamento.

—Estaba al corriente de tu interés por ese inmueble, mencionaste que habías hablado con ella sobre la posibilidad de comprar el edificio.

—Sí, hablamos de ello, pero no hubo tiempo de concretar nada — admitió.

—Pues a juzgar por lo que ha pasado ahí dentro, no era una mujer que dejase las cosas al azar.

—No, no lo era, le gustaba tener todo bajo control y eso lo hace todo incluso más extraño —admitió y no pudo evitar pensar en Victoria, en lo descompuesta que se veía a medida que avanzaba la lectura, en cómo intentó mantener la calma y se escudó en su arrogancia. Por momentos se había visto perdida, cómo si cada palabra que se pronunciase fuese un dardo envenenado, fue entonces cuando reconoció en ella a Nicte y no a esa desconocida Victoria Queen—. *River House*, el club, todo parece formar parte también de este entramado y su nieta está justo en medio. Casi le da una apoplejía durante la lectura del testamento, obligó al notario a repetirla tres veces y con cada nueva pasada perdía un poco más de color. Llegué a pensar que se desmallaría allí mismo o se pondría a gritar como una banshee.

—¿Y ella es la misma mujer que conociste en el club?

—El mundo es un jodido pañuelo, uno muy retorcido —aceptó con un encogimiento de hombros—. No quiere perder la mansión del mismo modo que yo no quiero perder ese edificio, no cuando Josie me ha dejado ya la mitad. Estoy dispuesto a comprar su mitad y renunciar a la casa, no quiero nada más, no estoy interesado en su herencia.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? Ese lugar...

—¿Lo estabas tú cuando decidiste comprar esa casita y establecer la clínica?

Noel soltó un audible bufido.

—De acuerdo, a estas alturas ya debería de haber aprendido que es imposible hacerte cambiar de idea.

Sonrió y le pegó una palmadita en el hombro.

—No te preocupes, hermanito, si necesito un médico, te llamaré.

—Espero que no vuelvas a necesitarme de nuevo de esa forma, Lach —declaró muy serio, ambos sabían por qué lo decía—. Y bien, ¿cuándo te marchas?

—El lunes me instalaré en la mansión —le informó y tomó un sorbo de su consumición—. Y ya veremos a dónde me lleva esta locura.

CAPÍTULO 9

—¿Necesitas ayuda con el equipaje?

Lachlan no se molestó en levantar la cabeza del interior del maletero para mirar a su interlocutor, la presencia de Xander en *River House* era como una muerte anunciada, un hecho ineludible para el que se había preparado mentalmente.

—¿Estás practicando para hacer de mayordomo?

—No me quedaría bien la librea.

Soltó un bufido, sacó la bolsa de viaje y la sujetó con una mano mientras cerraba el maletero con la otra.

—Cuestión de perspectiva... —replicó al tiempo que lo ignoraba y dejaba que su mirada cayese sobre el enorme edificio de piedra que se alzaba ante ellos.

Acostumbrado a entrar en la propiedad al amparo de la noche, con la oscuridad tejiendo sombras sobre la mansión, la luz emergiendo tras las cortinas y el antifaz disfrazando su identidad, el verla por el día le producía una sensación extraña, tanto que no pudo evitar llevarse la mano al rostro.

—Es extraño, uno se siente...

—Desnudo sin el antifaz —terminó Xander por él—. Es una sensación común entre los que han visitado la mansión durante la noche, sin haberla visto a plena luz del día. Tendrás tiempo de sobra para acostumbrarte.

Le dio la espalda al edificio y clavó la mirada en el rostro masculino, aunque no quisiera aceptarlo, mirar a Xander era cómo ver una versión más joven de Elias Cross; un hombre del que apenas tenía recuerdos y que sin embargo había formado parte de los primeros cinco años de su vida.

—¿Estabas al corriente de todo lo que tenía planeado?

El resoplido que soltó fue una respuesta más que contundente.

—Josefine Queen era una mujer de muchos matices, no siempre comunicaba a los demás lo que tenía en mente, ni siquiera a mí —admitió

con firmeza—. De haber sospechado siquiera lo que se proponía, habría intentado disuadirla o al menos, sugerirle que hiciese las cosas de otra manera.

—¿Y ella? —preguntó señalando la mansión.

—Me sorprende que hagas esa pregunta cuando estabas presente el día de la lectura del testamento —replicó con su acostumbrada frialdad—. Te recuerdo que fue Victoria Queen la que pidió que se leyese el contenido del mismo tres veces.

—Lo cual puede significar varias cosas —replicó mordaz—. Que esperase llevarse toda la fortuna de Josie y ella se la haya jugado, que esperase poder ponerle las manos encima a la herencia al momento y que le haya salido el tiro por la culata...

—O que a ella le haya cogido por sorpresa tanto el contenido de la lectura como tu presencia en la misma...

Enarcó una ceja ante la abierta acusación.

—No debería, no lo segundo al menos...

A juzgar por la manera en la que tensó la mandíbula, no le había hecho ni pizca de gracia tal insinuación.

—Sigues siendo el mismo gilipollas de siempre...

—¿Qué puedo decir? Tu presencia saca lo mejor de mí, pero me contendré —prometió llevándose la bolsa de viaje al hombro—. No voy a insultar a la nieta de Josefina, si eso es lo que te preocupa.

—No me preocupa, Victoria siempre ha tomado sus propias decisiones, sus errores de juicio son cosa suya.

—He pisado terreno que no debería, según veo.

Negó con la cabeza.

—Lo que sucede en el Estigia, se queda en el Estigia —recitó el lema del club, dejando claro que o estaba al corriente o intuía que ambos se habían encontrado allí—. Lo que haga o deje de hacer entre esas paredes, no me compete... Es libre de elegir con quién desea estar, lo ha sido desde que la conozco y eso no cambiará ni siquiera ahora que es la nueva propietaria.

—¿La nueva propietaria?

—Josefina nunca ha sido una mujer que dejase las cosas al azar, el Estigia siempre fue primordial para ella, probablemente más que cualquiera de sus obras benéficas o incluso la empresa, así que se encargó de dejarlo todo muy bien atado en ese sentido —admitió con un ligero encogimiento de hombros.

—Ella no encaja en ese papel...

—Y sin embargo, es el que le ha tocado.

Pero ella no encajaba, la mujer que había conocido aquella noche no poseía la fuerza y el magnetismo de una anfitriona, su seducción no era un ardid, no conquistaba con la mirada, no buscaba súbditos que se postrasen a sus pies... Nichte era una diosa nocturna, alguien que disfrutaba de los juegos que ocultaban las sombras, que seducía con la luz de su presencia, pero quien bajaba a la tierra y se convertía en mortal con unas sandalias rotas en las manos.

—Una princesita en su torre de cristal —chasqueó, echó un nuevo vistazo a la casa y se volvió hacia él—, y su lacayo.

La pulla arrancó un brillo de advertencia a esos ojos marrones que se entrecerraron un poco.

—Al parecer la princesa se ha ganado también un limpiabotas.

Sonrió, no pudo evitarlo, no todos los días podía sacar a ese hombre de quicio.

—Qué puedo decir, no todo el mundo sabe lidiar con una hermosa diosa descalza —replicó con personal satisfacción.

—Ten cuidado, Lachlan, esa diosa tiene el don de reducir a los hombres a cenizas —le advirtió con una suavidad engañosa—, justo después de que yo le pase las cerillas.

Dicho eso, señaló la casa con un gesto a modo de invitación y empezó a caminar.

—Victoria ya se ha instalado —le advirtió mientras lo guiaba hacia un lateral de la casa—. Comprobarás que la primera planta es totalmente independiente, tiene su propia cocina, baños, salas de estar, habitaciones, etc. La distribución del espacio te resultará familiar, así como sus inquilinos. Rohan Muse, Sebastian Conely residen en *River House* desde hace un par de años, cortesía de la señora Queen.

Lord Ares y Lord Hermes, reconoció al momento los nombres de los dos hombres involucrados en la gestión del club, la continuidad de su hospedaje había sido también mencionada en el testamento. Josefina les daba libertad para continuar con su «alquiler», siempre y cuando se siguiese al pie de la letra con los requisitos ya expresados sobre la propiedad.

—No estaban convocados a la lectura, pero están al tanto de todo.

—Eso evitará el tener que dar explicaciones —aceptó echando un vistazo

a esa parte de la casa y al jardín que se extendía hacia atrás. La extensión de la finca que acogía el edificio victoriano era considerable, no había sido consciente de ello hasta ese momento.

—Es curioso cómo cambia todo bajo la luz del sol.

—No todo —respondió Xander sin girarse siquiera—. Los hay que son tan idiotas por el día que por la noche.

—Me halagas...

—Tú no eres idiota, escocés, tú eres un redomado gilipollas.

Se rió, no pudo evitarlo, con toda probabilidad aquella debía de ser la primera vez que estaban juntos en el mismo lugar y no se estaban destrozando a golpes.

—Empezaba a echar de menos tus insultos. —El hombre lo miró por encima del hombro y resopló—. El día en que se nos acaben estas muestras de cariño, no tendremos nada que decirnos.

—Ansío que llegue ese día —sentenció accediendo a una entrada lateral—. La puerta de madera maciza con cierre electrónico conduce a la planta baja, es un acceso solo para los administradores del club y las escaleras a la derecha suben directas a la primera planta. Como ya dije, comprobarás que la distribución te resulta conocida...

—¿Y dónde puedo encontrar a mi *co-propietaria*?

Enarcó una ceja ante su elección de palabras y se limitó a señalar las escaleras.

—Si Victoria no se ha encerrado todavía en su dormitorio, la encontrarás en el viejo despacho de Josefina... —le informó y se hizo a un lado—. Bienvenido a *River House*, tu hogar durante los tres próximos meses... si los aguantas.

Enarcó una ceja ante su respuesta, sin duda la idea le hacía tanta ilusión como a él.

Extraño. Esa era la palabra que acudía una y otra vez a su mente. La sensación de *déjà vu* que le evocaba cada parte de esa planta lo trasladaba de una forma un tanto fantasmal a otra localización. Los muebles modernos, pinturas allí dónde había otra clase de atrezzo, todo parecía confundirse creando una densa neblina de la que le costaba desprenderse.

Las reformas estructurales de esa zona del edificio eran mínimas si las comparaba con lo que conocía de la planta baja del mismo, la mayor diferencia radicaba en el mobiliario, la decoración y la pintura luminosa que dominaba esta zona de la casa, con todo la sensación de caminar por allí era cuando menos peculiar.

Encontró la puerta del despacho abierta, a primera vista la decoración que encontró era tan masculina que le costó identificarla con la mujer a la que había pertenecido. Aunque, por otra parte, Josefine Queen no era conocida precisamente por su extrema feminidad, incluso en su vestimenta y moderno corte de pelo, le gustaba marcar una tendencia masculina, como si quisiera reafirmar el poder de la mujer en un mundo de hombres.

Dejó la bolsa de viaje en el pasillo y traspasó el umbral en silencio, Victoria estaba de espaldas a él, el pelo suelto sobre los hombros mostraba esa dualidad de color realzando las mechas californianas en la mitad inferior. Vestida con una larga chaqueta de lana y unos ajustados vaqueros ojeaba un libro junto a una de las estanterías próximas a la ventana. La luz que atravesaba las cortinas la enmarcaba convirtiéndola en un extraño cuadro de moderna feminidad.

¿Cuántas caras tenía esa mujer? Cada vez que se encontraba con ella, cada vez que la miraba, era como si se encontrase a una persona distinta a la anterior.

—Buenos días.

La sobresaltó. El libro se le escapó de las manos y terminó en el suelo al mismo tiempo que ella se giraba como un resorte. Esos grandes ojos verdes lo miraron sobresaltados durante un brevísimo instante.

—Dios, me ha dado un susto de muerte —declaró agachándose para recoger el libro—. No le esperaba... tan pronto.

Se incorporó, su mirada se deslizó sobre él con recatado disimulo, cosa que lo hizo sonreír.

—¿Ya se ha instalado?

—Acabo de llegar, tengo la bolsa de viaje en el pasillo —le informó devolviéndole el gesto, solo que no se molestó en disimular su interés—. Me informaron que podía encontrarte aquí...

—Seguiré aquí después de que se haya instalado —le informó con absoluta frialdad—. Habrá tiempo más que suficiente para hablar de los pormenores de esta inusual situación, señor Burns...

—¿Vamos a jugar a ese juego? —La interrumpió con un resoplido—. Por qué no me llamas Lachlan, te llamaré Victoria y nos comportaremos como dos personas que se han conocido por casualidad y echaron un polvo.

Enarcó una ceja y lo miró sin parpadear.

—No se le puede decir que se ande con sutilezas.

Se encogió de hombros.

—Tres meses es mucho tiempo para andar de puntillas uno alrededor del otro, ¿no te parece? —admitió. Avanzó hacia ella y le quitó el libro que había recogido del suelo de las manos—. La Odisea de Homero, una elección interesante. ¿Lo has leído?

Su respuesta fue recuperar el libro, darle la espalda e insertarlo en el hueco de la estantería.

—El que tengamos que vivir los próximos tres meses bajo el mismo techo, no nos obliga a ser amigos —replicó ella adquiriendo ese tono sobrio que había exhibido el día de la lectura—. Estás aquí porque quieres algo, al igual que yo, así que limitémonos a nuestros propios asuntos sin meter las narices en los del otro.

—¿Siempre eres tan encantadora con tus invitados?

Lo miró de arriba abajo y soltó un pequeño bufido aburrido.

—No eres mi invitado, sino una imposición y la amabilidad no va impresa en esa etiqueta.

Lo dijo con tanta seguridad que no pudo evitar soltar una carcajada.

—Ya veo que nos vamos a llevar muy bien.

Soltó un pequeño y muy femenino bufido y lo esquivó, rodeando el escritorio para ponerse a rebuscar en uno de los cajones.

—Nos llevaremos bien siempre y cuando te mantengas en tu lado de la casa —le informó con la mirada puesta en lo que quiera que estaba buscando—. Y ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer...

Chasqueó la lengua al ver cómo abandonaba el escritorio y se alejaba con intención de abandonarle a su suerte. Extendió el brazo, interceptándola y la ciñó de la cintura, atrayéndola contra su costado, de modo que no pudiese escapar.

—Careces de los modales propios de una buena anfitriona —le susurró al oído. La cercanía de su cuerpo, su calor y ese delicioso aroma que emanaba de ella lo puso duro al instante.

—Suéltame.

—No hasta que arreglemos ese par de puntos que quedaron en el aire en el despacho del abogado...

Los ojos verdes se clavaron en los suyos.

—No me retractaré de lo que dije, tendrás el edificio que quieres, pero nada más.

—No estoy interesado en tus propiedades, ni en tu fortuna o dinero, hablaba muy en serio cuando dije que estoy dispuesto a comprarte tu parte.

—Sí, eso fue lo que dijiste entonces.

—Y lo mantengo. Ignoro que tenía Josefina en mente cuando orquesté todo esto, ella estaba al tanto de mi interés sobre la parcela del inmueble, me ofrecí a comprársela entonces completa y no he cambiado de idea.

—¿Por qué tienes tanto interés en esa propiedad? —preguntó con genuina curiosidad—. No es más que un antiguo edificio con problemas estructurales.

—Es el único techo que tienen aquellos que no pueden permitirse uno —respondió mirándola a los ojos—. ¿No te gustaría que alguien te diese cobijo si te abandonasen en plena calle?

—Hablas de animales, no de personas...

—Los animales suelen comportarse mejor que algunas personas.

La vio acusar el insulto, el hecho de que la atacase casi del mismo modo que lo hacía ella con su actitud, pareció sorprenderle.

Lo último que quería era iniciar una confrontación con esa mujer, pero el tema en cuestión era demasiado importante para él, no dejaría que jugasen con sus planes de futuro.

Ella acusó el insulto y sacudió la cabeza sorprendida por su inesperado ataque. Aquel era un tema delicado para él y solía tomarse algunas opiniones de manera tajante.

—Eso es algo que no te discutiré —replicó incidiendo con un gesto de la cabeza sobre él—. No tengo la menor intención de dejar a unos pobres animales indefensos sin su cobijo y sustento, señor Burns, contrario a lo que parece pensar de mí, no soy tan desalmada.

—No pienso que lo seas. —Y lo decía de verdad.

—Es bueno saberlo —replicó ella y bajó la mirada sobre la mano que todavía la sujetaba—. ¿Vas a soltarme o no?

Lo hizo a regañadientes pues se resistía a perder esa deliciosa cercanía.

—Gracias —añadió ella y se frotó el brazo allí donde la había sujetado—. Y por favor, no vuelvas a hacerlo, a menos claro está, que estés pensando en

quedarte eunuco.

Con eso le dio la espalda y se alejó balanceándose sobre unos altos tacones.

—Victoria —la llamó saliendo tras de ella al pasillo.

Ella se detuvo, girándose lo justo para mirar hacia atrás y verle recoger la bolsa que había dejado a un lado—. ¿Por qué no ejerces de buena anfitriona y le muestras su habitación a este pobre invitado?

—¿Pobre invitado? —bufó con evidente sarcasmo.

No pudo evitar que se le curvasen los labios al responder:

—¿Me dejarías en medio del pasillo con la maleta en las manos?

—Sí.

Se rió, lo había dicho con tal sinceridad que estaba convencido de que lo haría si seguía empujándola.

—De acuerdo, tú ganas esta partida, señorita Queen —admitió divertido—. Dime por dónde tengo que ir y ya me las apañaré.

Ella dejó escapar un hastiado suspiro, le dio la espalda y tuvo que admitir que pensó que lo iba a dejar allí plantado.

—Tu habitación está en el otro lado, te mostraré el camino.

Sin una palabra más volvió a ponerse en marcha, de él dependía el acompañarla o quedarse allí.

Sí, sin duda se había topado con una mujer de lo más interesante.

CAPÍTULO 10

Victoria se dejó caer contra la puerta de su dormitorio nada más cerrarla, estaba totalmente fuera de control, ese hombre la ponía nerviosa, la alteraba de una forma que no sabía ponerle freno. Había intentado mantenerse firme, dejar un considerable espacio entre ellos en todos los sentidos, pero, ¿cómo hacerlo cuando esos ojos azules parecían quemarla con cada mirada?

Tenerle aquí iba a ser una pesadilla, sobre todo si volvía a tocarla cómo lo había hecho en el despacho. Solo la había sujetado, pero su aroma y cercanía, así como el abierto desafío que vio en sus ojos y la imposibilidad de escapar la habían remontado a esa noche en el club.

Echó la cabeza hacia atrás y bajó los párpados cuando un ramalazo de dolor le atravesó la frente al golpearse contra la puerta; Lachlan Burns era un hombre peligroso, alguien con quién debía mantener las distancias, pero, ¿cómo hacerlo cuando ambos iban a compartir el mismo techo durante los próximos tres meses?

El camino hasta su habitación no había estado exento de conversación, ese hombre parecía decidido a sacarle las palabras así fuese con un sacacorchos.

—Resulta perturbadora la familiaridad que desprende esta parte de la casa aún sin haberla visitado antes —comentó caminando a su lado—. ¿Has vivido aquí con anterioridad?

—No —admitió echando un fugaz vistazo a su alrededor—. Ni siquiera sabía que la mansión pertenecía a Josefina, ella no vivía aquí, al menos, no era su residencia oficial...

—Y sin embargo, perteneces al Estigia...

El comentario hizo que lo mirase, sus ojos se encontraron con los de él en un silencioso instante.

—De hecho, eres la nueva propietaria.

—Estás pisando un terreno que no te compete.

—No sabría decirte, soy uno de los *lords* del club y tú la nueva propietaria, así que diría que sí es de mi competencia —aseguró con la misma seriedad con la que hablaba ella—. Por si no lo has comprendido bien, tras tres lecturas, la casa está dividida al cincuenta por ciento, lo que me hace también propietario de lo que se encuentre en el interior de *River House*.

Aquello era algo en lo que no había pensado, con toda probabilidad ninguno de ellos lo había hecho.

—Cambias muy rápido tus argumentos, hace apenas unos minutos no te interesaba esta casa y ahora te crees con derecho a decidir sobre algo que no te pertenece en absoluto —le recordó con suma tranquilidad—. ¿Qué es lo que debo creer entonces? ¿Qué no tienes interés en la herencia de mi abuela o que desees obtener más de lo que te ha dejado?

Se la quedó mirando unos segundos, entonces sonrió, una sonrisa muy particular que no supo cómo interpretar.

—Así que no eres ni tan fría ni tan condescendiente cómo quieres hacer ver al mundo, debajo de esa fachada de indiferencia escondes unas uñas afiladas y un carácter voluble —la sorprendió con su resumen—. No temes sacar las uñas cuando se ve afectado algo que te preocupa.

—¿Por qué habría de hacerlo? —respondió tajante—. No tengo miedo a ensuciarme las manos si con ello obtengo lo que deseo, no soy de las que se rinde sin haber presentado batalla.

—Vaya, parece que tenemos alguna que otra cosa en común —aceptó con un firme gesto de la cabeza—. Será interesante ver cómo se desarrolla esta... inesperada sociedad.

Prefirió no responder a eso, no deseaba tener ninguna clase de sociedad con él, de hecho, lo que deseaba era alejarse de él y ese magnetismo que parecía poseer.

Hizo a un lado cualquier posible pensamiento relacionado con Lachlan Burns y continuó a través del pasillo hasta el ala más alejada de su propio dormitorio.

—La última puerta a la derecha —señaló sin mucho entusiasmo—. Si necesitas algo...

—¿Vas a ofrecerme tu ayuda?

—...tienes al resto del equipo masculino de la mansión en este mismo ala —terminó, ignoró su comentario y señaló las distintas puertas—. Rohan, Sebastian y Alexander te echarán una mano si se lo pides con amabilidad.

La manera en la que medio sonrió, medio resopló, le dijo que tenía una respuesta lista.

—¿Y si quiero que esa mano me la eches tú?

Le devolvió la sonrisa, avanzó hacia él y se quedó a escasos centímetros.

—Buscaría una silla cómoda, porque irías a pasarte los próximos tres meses esperando por un milagro.

—¿Incluso si lo que deseo es volver a ver a *Nicte*?

El tono que utilizó, unido a la forma en que pronunció el nombre de su alter ego y le sostuvo la mirada, le produjo un escalofrío.

—Persigues una estrella fugaz, Lachlan Burns, una que ya ha desaparecido en la inmensidad de la noche —replicó en voz suave, sosteniéndole la mirada—. Por mucho que la busques, no la encontrarás, ella... no camina en este mundo.

Dicho eso, dio media vuelta y se alejó a paso lento, dejando claro que no huía ni de él ni de nadie, aunque por dentro todo en ella gritaba que corriese y se refugiase.

Llegar a su dormitorio había sido igual que escalar el Everest, cuando consiguió traspasar la puerta y se supo a salvo en su interior, estaba sin aire.

Se rodeó la cintura con los brazos y se estremeció una vez más, el recuerdo de esas manos sobre su cuerpo y de esos pecaminosos labios apropiándose de su boca estaba grabado a fuego en su mente y en su piel, si ya era difícil hacer a un lado todos esos pensamientos, el tenerlo cerca no la ayudaba precisamente a ignorarlo.

Su sola presencia la encendía, dejándola temblorosa y necesitada. No podía permitirse estar cerca de ese hombre era demasiado peligroso. Su cerebro dejaba de funcionar como debería cerca de él, no era capaz de mantenerse firme y sucumbía con demasiada facilidad a sus indirectas.

—Josefine, ¿por qué me haces esto? —gimió alzando la mirada hacia el techo.

El pensar en la menuda y voluptuosa mujer le provocó una punzada de nostalgia. Mientras estaba en el despacho había tenido la absurda esperanza de verla entrar por la puerta, de que su imponente presencia llenase la habitación y le preguntase con esa voz domada por el paso de los años, por qué estaba allí.

Josefine Queen nunca había sido una mujer cariñosa, no había ejercido de *abuela*, no era alguien dada a los abrazos o a las muestras de afecto y sin

embargo, había tenido un sexto sentido para saber que la necesitaba.

—¿Cómo demonios lo haces? —Le había preguntado en una ocasión.

—Solo necesito mirarte para saber que algo te preocupa. —Había sido su franca y directa respuesta—. Puedes esconderte de los demás debajo de mil máscaras, Victoria, pero yo sé quién eres en realidad, puedo ver lo que hay detrás de cada una de ellas.

—¿Tan transparente soy?

—No, querida, por el contrario, eres como un libro cerrado a cal y canto —resopló y sacudió la cabeza—. Pero incluso los libros encuentran a alguien que desee leerlos y descubrir lo que se oculta en su interior.

Y él parecía ser capaz de verla de esa manera, sin conocerla de nada había mirado dentro del libro y había vislumbrado lo que ocultaban sus páginas. No podía quitarse esa sensación de la cabeza, no después de ver cómo la miraba, como si estuviese buscando a Nichte en ella.

Se apartó de la puerta y cruzó el dormitorio hasta la ventana desde la que tenía una amplia visión de las tierras de la propiedad. El cristal le devolvió su reflejo de manera intermitente, cómo si ella misma dudase de quién era en realidad.

—Soy Victoria Queen —dijo en voz alta—. Me has enseñado a luchar por lo que es mío, a valorar lo que has dejado a mi cuidado y alcanzar cada una de las metas, así que no me dejaré ganar, Josie, no dejaré que nadie me quite lo que me pertenece, ni siquiera tú.

CAPÍTULO 11

Había mujeres que no sabían cuando tenían que tirar la toalla y sin duda la que lo esperaba apoyada en la puerta del conductor de su coche, era una de ellas. Acoso podría ser la palabra perfecta para definir su comportamiento, pero, ¿quién creería que un ángel rubio, con una buena figura y una adicción casi obsesiva por vestir siempre de manera impecable y a la moda era en realidad una auténtica arpía controladora?

Y no, no era una exageración, Cora era tan hermosa como letal, así como una embustera profesional. Nada en ese perfecto rostro, en la dulce curvatura de sus labios y la calidez de sus ojos podía presagiar la clase de víbora rastreadora que se ocultaba en su interior. Él no la había visto venir, no había querido creer en las señales, en los avisos de Noel o en lo que sus propios ojos habían visto. No, había sido mucho más atractivo ignorar las palabras cargadas de sentido común y liarse a golpes por una hembra que no valía ni el aire que respiraba.

¿Qué demonios había visto en ella? ¿Qué le había llevado a soportar tres años de matrimonio al lado de esa mujer?

Al verla ahora, Lachlan no podía responder a ninguna de esas preguntas, era incapaz de encontrar una sola emoción de ternura o incluso de lástima hacia ella, en muchos niveles le provocaba asco, volvía a sentir ese ardiente dolor y la necesidad de estrangularla con sus propias manos.

Esa última semana ya había sido bastante estresante por sí sola, la lectura del testamento, la mudanza, su encuentro con Victoria, el acostumbrarse a su nuevo alojamiento... y ahora aparecía de nuevo ella.

Respiró profundamente y empujó la puerta de cristal de la clínica, esa perra había entrado preguntando por su «marido» y cuando le dijeron que estaba en quirófano, operando, dejó recado de que lo estaría esperando en el aparcamiento. Era un asunto de extrema urgencia, le había dicho a la chica de la recepción, la misma que se había apresurado en darle el aviso tan pronto

como apareció por el mostrador.

El sol de mediodía lo recibió con especial intensidad, se vio obligado a entrecerrar los ojos y avanzar hacia el vehículo mientras se repetía el mantra «*no estrangules a la perra*» una y otra vez.

—Lachlan, cariño, cuanto...

—Sea lo que sea que has venido a buscar, la respuesta es no —la atajó. Se obligó a detenerse en seco y mantener una distancia prudencial con esa mujer—. Quizá no te quedó claro cuando te lo dije por teléfono, así que permíteme que te lo repita ahora. O dejas de acosarme o iré a la policía y te denunciaré por acoso.

Ella parpadeó con gesto afectado, se llevó una mano al pecho y abrió esos labios infestados de carmín. Era toda una actriz, una consumada teatrera capaz de engañar al más pintado, pero no a él, no después de todo lo que le había hecho.

—¿Cómo puedes hablarme de esa manera? —replicó tirando el cigarrillo que había estado fumando y apagándolo con la punta del zapato—. No estás siendo justo conmigo. He venido desde Seattle a verte y...

—Y podrías haberte quedado allí, de hecho, ese es tu lugar. —Luchó por mantener un tono de voz monocorde, sin levantar la voz y ceder a la necesidad de gritarle a la cara la perra que era—. Cualquier cosa que quieras hablar sobre el divorcio, hazlo con mi abogado, pero no esperes conseguir nada más de lo que ya tienes. Te habías casado con un simple veterinario, querida, mi sueldo no da para más.

Vio ese brillo en sus ojos y ese mohín que siempre curvaba sus labios cuando estaba a punto de soltarle alguna bomba. Esa mujer daba miedo, en serio, su cerebro era algo de otro mundo, sobre todo a la hora de joderle a él.

—Un veterinario que acaba de heredar una fortuna...

Se echó a reír, no pudo evitarlo. Su ex mujer no era alguien sutil, ya no al menos, desde que firmó los papeles del divorcio había dejado caer la máscara e iba directa a la yugular o lo que era lo mismo, su bolsillo.

—Dios, a veces eres tan previsible... —dijo, pero era más una apreciación para sí mismo que para ella—. Eres como un sabueso con la nariz pegada a un billete de cien dólares, pero esta vez, ese olfato tuyo se ha atrofiado un poquillo me temo. No hay fortuna alguna...

—No me tomes por tonta, Lachlan...

—Nunca se me ocurriría, Cora, lo hice una vez y eso me pasó una dura

factura.

Chasqueó esos rojos labios e hizo un gesto con la mano desechando un momento de sus vidas en el que él bien podía haberla mandado a la cárcel y sin embargo, había preferido olvidarlo todo a cambio de librarse de ella de una vez y por todas; obtener su firma en el divorcio.

—Josefine Queen era una mujer con impresionantes relaciones, una auténtica filántropa y por supuesto, poseía una nada despreciable fortuna —enumeró dejándole claro que sabía de quién estaba hablando—. Y mira por dónde, parece haber decidido incluirte en su testamento.

¿Cómo lo hacía? Se preguntó. ¿Cómo conseguía enterarse siempre de todo?

Si la CIA o el FBI la captaban para sus filas, tendrían un auténtico filón porque la muy hija de puta siempre parecía estar al tanto de cada uno de sus movimientos. Había empezado a pensar que había contratado a alguien para seguirlo o investigarlo y, tras esta reciente revelación, esa hipótesis cobraba cada vez más peso.

—Dile al detective que has contratado para seguirme e investigarme, que se aplique a la hora de darte los informes, querida —le soltó con gesto desapasionado a pesar de que lo que quería era gritarle hasta dejarla sorda—. Te facilitan una información poco fiable, me atrevo a decir que ni siquiera se ha molestado en contrastarla.

Los ojos femeninos se entrecerraron ligeramente, apretó los labios y elevó la barbilla.

—Solo te informo que voy a emprender acciones legales para conseguir lo que me corresponde como tu esposa...

—Ex esposa, Cora, repite conmigo, ex esposa —la interrumpió—. Te sufrí durante tres años y fue suficiente para mí, así que no ensucies mi paz interior proclamándote algo que ya no eres.

—Cometiste un gran error al creer en ese hombre antes que en mí, Lachlan, si me hubieses escuchado, las cosas habrían sido distintas...

—Qué puedo decir, mi cerebro funciona bien de vez en cuando, de hecho ha ido a mejor desde que ya no estás a mi alrededor —le aseguró con una amplia sonrisa despectiva—. Y es algo que quiero seguir cultivando, así que, mueve el puto culo fuera de mi coche y lárgate.

—No tienes derecho a tratarme así, ¡no soy una de esas perras a las que te tiras! —estalló ella, levantando el tono lo justo para que su voz sonase tan

gritona como ultrajada—. Me debes respeto...

—Lo que te debo es una puta cuchillada en el abdomen —siseó en voz baja.

—¿Me estás amenazando?

Se obligó a respirar hondo, no podía caer en su juego, no podía decir esas cosas en voz alta.

—No, querida, al contrario que tú, soy pacifista —replicó entre dientes—. Nunca haría daño a una mujer, por muy irritante que esta fuese.

Aunque el pensamiento de estrangularla y tirar su cadáver en algún lugar dónde nadie pudiese encontrarlo se le había pasado por la cabeza, sobre todo había cobrado vida en sus más rocambolescas fantasías. Por fortuna para ella, hablaba en serio al decir que jamás haría daño a una mujer, ni siquiera a una que estuviese tan desquiciada como esta.

—Lo que sí te diré es esto y espero que te lo grabes en esa cabecita tuya, así que abre bien los oídos, nena, porque no lo repetiré —sonrió con gesto afectado—. Estamos divorciados, se acabó, no me llames, no me busques, no me espíes, déjame en paz de una puta vez... o lo próximo que recibirás de mí es una denuncia por acoso.

—No seas ridículo...

—Estás avisada —sentenció callándola con una feroz mirada—. No vas a obtener nada de mí, nada, así que deja de acosarme, deja de perseguirme y pedir cosas imposibles. Vete a dónde coño te dé la gana, embauca a otro gilipollas y sórbele el seso si quieres, conmigo ya has terminado, así que... Bon voyage.

Dio media vuelta y volvió a la clínica a paso firme, si se quedaba un segundo más cerca de esa hija de puta la mataría con sus propias manos.

—¡Todavía no hemos acabado! ¡Lachlan! ¡Lachlan! —la escuchó gritar a su espalda y no se contuvo, levantó la mano y le enseñó el dedo corazón.

Informaría a seguridad para que no le permitiesen entrar en la clínica, no podía seguir así, su actitud no era racional, si continuaba con esa insistente persecución, la denunciaría a la policía. Había llegado el momento de poner un punto y final a todo ese sin sentido.

CAPÍTULO 12

El encuentro con su ex lo había puesto de mal humor y las últimas horas de su jornada laboral eran un fiel reflejo de ello. El que además hubiese cada vez más rumores de una posible reducción de plantilla lo ponía también en la tesitura de tener que pensar en el futuro, algo que en la situación actual se le hacía más cuesta arriba que nunca.

Echó un vistazo a través del retrovisor del coche hacia el asiento de atrás e hizo una mueca, sabía que aquello iba a traer consigo algún que otro problema, que debería haber preguntado primero, pero, ¿cómo hacerlo cuando la co-propietaria de la casa en la que se había visto obligado a pernoctar había hecho un arte el darle esquinazo?

Si había una mujer capaz de vivir bajo el mismo techo que un hombre y no cruzar sus pasos durante todo el día, esa era Victoria. No había vuelto a verla desde el mismo instante en que lo dejó frente a la puerta de su dormitorio y le dio la espalda, lo que al principio tomó como algo fortuito, terminó siendo tan descarado que era obvio que había adecuado incluso sus horarios para pasar tiempo fuera cuando él estaba en *River House*.

Entró en la propiedad y condujo hasta el aparcamiento, su ocupante del asiento trasero gimoteó un poco haciendo que levantase la mirada para echarle un nuevo vistazo a través del retrovisor.

—Lo sé, lo sé, ha sido un viaje incómodo, pero ya estás en casa —le habló con suavidad y el animal respondió moviendo la cola—. Ahora podrás echarte una siestecita en un lugar cómodo y calentito.

El perro, un mestizo cruce que todavía no conseguía establecer, tenía una acuciante cojera, viejas cicatrices producto de un reiterado maltrato y le faltaba pelo en varias zonas producidas por quemaduras. Era uno de los inquilinos más antiguos del refugio, casi un abuelo y hoy, tras verlo en un rincón más apático que nunca, supo que tenía que sacarlo de allí y darle un hogar en el que pudiese pasar sus últimos años de vida en relativa

tranquilidad.

Bajó y abrió la puerta para que el can pudiese bajar. Le rascó detrás de las orejas, hablándole con suavidad y le puso la correa para conducirlo hacia la puerta lateral de la casa.

—Vamos, chico, vamos adentro.

Su desconfianza y la extrañeza ante un lugar nuevo era más que palpable, así que le dio tiempo para que pudiese reconocer el terreno, animándole cuando se detenía hasta meterlo por fin en el interior del edificio.

—¿Eso es lo que creo que es?

La pregunta llegó desde el pequeño salón abierto a un lado del pasillo, sujetó la correa y acarició al perro con suavidad, transmitiéndole tranquilidad cuando Bass avanzó hacia ellos.

Durante las dos últimas semanas se había acostumbrado a cenar en la compañía de los dos Lores del Estigia, por alguna razón que desconocía, ambos habían hecho su hogar en la mansión y se les había permitido seguir ocupándola mientras las cláusulas del testamento no fuesen alteradas.

Sebastian o Bass, como prefería que lo llamasen, poseía ese aire de elegancia sureña que parecía acompañarle en todo momento, aunque podría decirse que era también el camaleón de la casa, pues mientras que podías verle salir bien vestido, con traje y corbata en su jornada laboral, cuando estaba en la mansión prescindía de todo lo que no fuese una camiseta y unos gastados vaqueros.

—Se llama Bronco y va a quedarse conmigo, ¿alguna objeción?

El agente inmobiliario se acuclilló y acercó con suavidad la mano vuelta del revés hacia la nariz del animal para que pudiese olfatearla.

—Es ese viejo saco de huesos del refugio. —Lo sorprendió con aquella perla de información—. ¿Estás pensando en suavizar a Victoria con el perro?

—¿A quién? ¿Es que hay alguien con ese nombre viviendo bajo nuestro mismo techo?

Sonrió de soslayo y levantó la cabeza encontrándose con unos divertidos ojos verdes.

—Buen intento —admitió dejando que el perro le olisquease—. No te lo tomes a pecho, al principio puede resultar algo fría, pero es una buena chica.

—No lo pongo en duda.

Ladeó los labios y se levantó despacio, como si temiese asustar al can con movimientos imprevistos.

—Te está dando esquinazo.

—Lo sé.

Se rio por lo bajo.

—¿Y no vas a hacer nada?

La historia de los «*zapatos rotos*» y la «*Cenicienta*» largándose del club había corrido como la pólvora por la mansión, si bien nadie más que Xander se había interesado por confirmar sus sospechas, todos estaban al tanto de que la única mujer de la casa y él tenían una historia que se remontaba a antes del tema de la herencia.

—En estos momentos lo que haré será ir a mi habitación, instalar a Bronco y darme una ducha, ha sido un día largo y jodido.

Y no lo decía solo por la inesperada visita de su ex, había tenido dos operaciones, una de ellas bastante complicada y el resultado no había sido tan bueno como debería. Y para rematar el día, había tenido una reunión con los dos nuevos dueños, quienes tenían ideas bastante innovadoras sobre cómo gestionar la clínica, lo que incluía hacer algunas mejoras —cosa que veía bien—, y cambiar a algunos miembros del personal por otros de su conveniencia.

Sobraba decir que el tono de la conversación no fue distendido y que el cansancio acumulado esa última semana, no ayudaba a que mostrase su mejor cara. Estaba dispuesto a darles margen, ver cómo se iba desarrollando todo y si el nuevo *planning* que traían esos dos terminaría encajando con sus propias metas. Solo el tiempo podría hablar al respecto.

—De acuerdo, sé captar un «*métete en tus asuntos*»...

—Me alegra saberlo.

—Pero si quieres desconectar del todo y sabes jugar al póker, solemos juntarnos cada jueves para beber unas cervezas, echar una partida y desplumar a Rohan —le informó en tono desenfadado—. Pásate, siempre es bienvenida sangre nueva al ruedo.

—Me lo pensaré —aceptó, acarició al perro y se despidió.

Quizá no fuese mala idea unirse a esa reunión masculina, al menos no se sentiría enjaulado entre esas cuatro paredes y dejaría de pensar en la curvilínea mujer que no podía sacarse de la cabeza y quién estaba dispuesta a evitarle el resto de su tiempo juntos.

Un perro, un chucho de raza indeterminada la miraba con unos enormes y suplicantes ojos marrones desde la alfombra de la sala de estar, la peluda cola se levantaba y bajaba con una suave cadencia que fue *in crescendo* cuando reparó en ella. Desde su posición en el umbral de la puerta creyó ver parches de piel rosada entre el pelo del animal, al momento sintió una punzada de compasión hacia él y una atronadora rabia hacia el ser humano que hubiese hecho algo así a un pobre perrito.

—Hola, guapo, ¿qué haces tú aquí?

La forma en que movía la cola y agachaba la cabeza la animó a acercarse. Siempre le habían gustado los animales, pero de pequeña solo le habían permitido tener un pececillo y después, bueno, un apartamento no era el lugar ideal para meter una mascota.

—Ey, ¿cómo estás pequeño? ¿Quién te ha traído? Oh, pobrecito, mírate.

El can siguió agitando la cola y no dudó en olisquearle la mano e incluso darle un tímido lametón cuando se la acercó.

—Eres un perrito muy bueno, sí, eres un encanto —canturreó mimosa—. ¿Cómo te llamas?

—Bronco, su nombre es Bronco.

La proximidad de la inesperada voz masculina hizo que diese un respingo, se enderezó al momento y se giró para encontrarse con Lachlan mirándola desde el umbral.

—Dichosos los ojos, señorita Queen.

Se obligó a sostenerle la mirada, recomponiéndose al momento y señalando al perro a sus pies.

—¿Bronco? ¿Lo has traído tú?

Asintió con la cabeza y entró en la habitación con las manos en los bolsillos.

—Este abuelete necesita una casa en la que pueda echarse largas siestas, pasear por el jardín y recibir un montón de caricias —le dijo agachándose junto al perro y acariciándole detrás de las orejas con suavidad—. No ha tenido una vida fácil y se merece una buena jubilación.

—¿Y pensaste que esta era la casa adecuada para su retiro?

—A juzgar por el recibimiento que acabas de darle y su respuesta hacia ti, lo es —sentenció levantando el rostro para encontrarse con el de ella.

—¿De dónde lo has...? —No llegó a terminar la frase, pues se dio cuenta

al momento de dónde había salido el perro—. Es de ese refugio en el que estás tan interesado...

—Ha pasado allí los últimos dos años. —Su voz bajó de tono—, no es fácil adoptar a un perro de su edad y con su equipaje.

Bajó de nuevo la mirada sobre el can y obtuvo un nuevo meneo de cola.

—Se merece que sus últimos años sean felices —añadió Lachlan resbalando la mano sobre su pelo, teniendo cuidado de no tocar las zonas rosadas—. ¿No vas a acariciarlo? Te aseguro que tiene mejores modales que yo.

—Eso no sería difícil —replicó y se acuclilló ante el animal—. Hola Bronco, ¿cómo estás?

El perro emitió un sonoro ladrido que la sobresaltó, haciéndola caer de culo.

—Eso ha sido un «*encantado de conocerte, Victoria*» —se rio Lachlan sujetando al perro por el collar. Se había puesto de pie y agitaba la cola a toda velocidad mientras dejaba caer la lengua de pura felicidad—. Eres una persona afortunada, no suele ser tan efusivo.

—¿No me digas? —gimió, pero no pudo evitar sonreír ante la cara de perruna felicidad—. Entonces, ¿te lo vas a quedar?

—Eso tendrá que decidirlo él —comentó encogiéndose de hombros—. Empezar de cero no es sencillo y mucho menos para alguien que ha sufrido tanto. Pero lo intentaremos, ¿verdad, socio?

La enorme lengua rosada giró como una hélice y alcanzó lo primero que tuvo al alcance, que resultó ser su brazo.

—Eso es un «sí».

—Ya veo que entiendes muy bien el idioma canino. —No pudo evitar sonar irónica—. Así que encárgate de explicarle dónde tiene que hacer sus cosas y que mis muebles no se muerden.

—También son mis muebles y mucho me temo que sus días de mordisquear algo que no esté blando han quedado atrás.

—Es bueno saberlo —asintió y se puso en pie, sacudiéndose la ropa—. Así solo te quedará recoger sus... *caquitas*.

La sonrisita que le curvó los labios la puso nerviosa.

—¿No vas a colaborar?

—Es tu perro. —Señaló lo obvio—. Es tu responsabilidad. Yo tengo más cosas que hacer y, casualidades de la vida, ninguna de ellas lleva tu nombre

impreso.

—Me rompes el corazón, yo si tengo algunas que llevan precisamente el tuyo —respondió con sencillez y se inclinó hacia ella—. ¿Qué te parece si consigo cena para los dos y hablamos de por qué me estás evitando?

Ladeó la cabeza y se cruzó de brazos.

—No te estoy evitando...

—Mientes fatal.

—...y en cuanto a la cena, gracias, pero no gracias.

—Sabes, por regla general, los anfitriones suelen ser más amables.

Lo recorrió de la cabeza a los pies sin disimulo alguno y esbozó una seca sonrisa.

—Sí, bueno, técnicamente los anfitriones no se ven obligados a compartir una casa para poder heredar la mitad y recuperar lo que le pertenece —replicó—. Todo lo que nos han pedido es estar bajo el mismo techo y bien, aquí estoy.

—Sí, pero también huyes de mí.

—No digas tonterías, no huyo de nada ni de nadie.

—Sí, lo has hecho desde el mismo instante en que te diste cuenta de quién era. —Lo dijo con tal aplomo que sintió como le daba un vuelco al estómago ante sus palabras, unas que se negaba a aceptar como ciertas—. Me has estado evitando y con bastante éxito, he de añadir.

—Al igual que tú, tengo un trabajo, Lachlan, a él me he estado dedicando estos últimos quince días —cortó de raíz sus insinuaciones—. La partida de Josefine ha dejado las cosas un tanto inestables, ha sido tan repentino que...

—Muerte, Victoria, Josefine no se ha ido, ha fallecido.

Sus palabras obraron como un dardo envenenado y puso mucho cuidado en no dejar traslucir la herida que le habían provocado.

—Semántica...

—Si tú lo dices.

—No necesito decirlo, señor Burns, es lo que hay, quiera afrontarlo o no.

—¿Ahora soy yo el que tiene problemas para afrontar la muerte de un ser querido? —chasqueó él y sacudió la cabeza—. ¿Te han permitido siquiera asimilar su muerte? ¿Llorar su pérdida?

Se tensó y dio un involuntario paso atrás.

No le gustaba que le fuese tan fácil llegar a ella, que pudiese verla con tanta claridad.

—Eso no es asunto tuyo...

—No debería darte miedo llorar.

Apretó los dientes y se obligó a mantenerse firme, buscó en su interior esa capa de frialdad con la que se protegía y se la echó de nuevo por encima.

—Eres demasiado presuntuoso al pensar que me conoces lo suficiente como para hablarme de esa manera —replicó con extrema frialdad—. Si piensas que el hecho de que Josefina te haya incluido en su testamento te da derecho a meterte en mis asuntos...

—Nunca la llamas abuela, ¿por qué?

—...o en mi vida, estás muy equivocado —terminó la frase—. No te lo da.

—Eres como una rosa llena de espinas —aseguró con un suspiro—. Y así es imposible acercarse a ti.

—No recuerdo haberte pedido que lo hagas.

—Empiezo a pensar que tú jamás pedirás nada, Victoria, ni aunque te estuvieses ahogando o muriéndote de sed, no pedirías ayuda.

Se tensó y apretó las manos a ambos lados para contener las ganas de darle una bofetada.

—¿Dónde has dejado a la dulce y traviesa Nichte? Ella no parecía tener problema en pedir ayuda...

Levantó la barbilla y dejó escapar un hastiado resoplido.

—¿Es por eso? ¿Por lo que pasó en el Estigia? —Puso esa expresión que solía avergonzar a los más poderosos antes de añadir—. Solo fue un intercambio sexual, un polvo... No fue para tanto.

—*Auch.*

La risa empezó a bailotear en sus ojos y retozó sobre sus labios, era cómo si esa hubiese sido la respuesta que esperaba de ella.

—Quizá debí haberte advertido que no soy de repetir el mismo plato —continuó con ese tono distendido y frío, como si nada de aquello tuviese ya la menor importancia—. Si llego a saber que te afectaría de esa manera... Pobrecito. Borra de tu mente cualquier fantasía que hayas creado con respecto a esa noche, nada de aquello fue real...

Sus ojos se clavaron en los de ella, curiosamente seguía acariciando al perro como si no estuviesen hablando de nada más que del tiempo.

—¿Qué lo fue? ¿Qué es real en ti? —replicó sereno, mirándola a los ojos con tal intensidad que le provocó un escalofrío—. Ese es el misterio a

resolver, ¿no es así? Quién eres en realidad.

—No soy ningún misterio, soy Victoria Queen.

Emitió un ligero chasquido de lengua y sonrió de esa manera tan personal.

—Y, ¿quién es Victoria Queen? —preguntó divertido, la recorrió con la mirada y negó con la cabeza—. Eres una mujer enigmática, Victoria, pero me gustan los enigmas. Solo tengo que encontrar la forma de arrancarte la máscara, despojarte de ella y descubrir quién eres en realidad.

Se estremeció ante sus palabras, pero no era un temblor provocado por el miedo, sino por la excitación porque, en lo más profundo de sí misma, deseaba que lo hiciera.

CAPÍTULO 13

«Solo tengo que encontrar la forma de arrancarte la máscara, despojarte de ella y descubrir quién eres en realidad».

Lachlan no podía sacarse de la cabeza las palabras que había pronunciado minutos antes, unas que se habían hecho mucho más reales al ser dichas en voz alta. Era incapaz de librarse de ella, de algún modo esa mujer —la versión que recordaba—, se había metido debajo de su piel, se había sentado sobre su cerebro impidiéndole pensar en nada más que en ella.

Victoria lo evitaba, lo había hecho desde que se encontraron en el despacho de abogados y fueron conscientes de la identidad del otro, como también evitaba enfrentarse a la realidad de la pérdida, una negación muy normal dado lo repentino de la muerte de Josefina. Estaba sumida en el inicio del periodo de duelo, pero era incapaz de enfrentarse a ello como debería ser.

Se pasó las manos por el pelo, desordenándolo, dejó escapar un cansado suspiro y comprobó que Bronco quedaba bien instalado antes de abandonar su dormitorio y dirigirse al ala contraria dónde solían reunirse los miembros masculinos de la casa.

Hizo un alto a la altura de la habitación de la chica, la luz asomaba por debajo de la puerta y se quedó allí durante unos segundos dividido entre la necesidad de llamar y sacudirla o pasar de largo. Al final el sonido y las risas que procedían del final del pasillo lo decidieron a hacer a un lado ese perenne dolor de cabeza y optar por algo que le distrajese lo suficiente como para no pensar en ella.

—¿Hay lugar para uno más?

El ambiente masculino, con varias cajas de pizza abiertas, cervezas esparcidas por la sala y una mesa de póker alrededor de la que se sentaban los tres hombres, prometía ser la excusa perfecta para perderse esa noche.

—¡Al fin! —exclamó Bass tirando los naipes sobre la mesa y

levantándose para darle la bienvenida—. Ya era hora.

—Ya era hora de que te unieses al mundo de los vivos —añadió Xander girándose en el asiento para mirarle—. ¿Vas a explicarme porqué tenemos un perro de acogida en la mansión?

—Lo haré cuando su estancia aquí sea cosa tuya y no mía —replicó ocupando el asiento libre entre él y Bass.

—¿Qué le has hecho a la princesita?

—¿Princesita?

—Sí, ya sabes, la princesa del guisante, a la que absolutamente todo le molesta —especificó Rohan—. Ha dado tal portazo que ha hecho temblar las paredes.

—¿Qué te hace pensar que yo he tenido algo que ver con ello?

—Que amenazaba con arrancarte los testículos —le dijo Xander mirándole de reojo.

—Entre otras cosas igual de dolorosas —aseguró Bass pasándole una cerveza—. Parece que tienes un enorme y jodido problema llamado Victoria Queen.

Sí, uno que no podía quitarse de la mente ni del cuerpo.

—Un problema que se ha extendido por toda la casa —añadió Rohan recuperando su bebida y dándole un largo trago.

—Rohan...

—Esta vez el poli tiene razón, Xander, tú mejor que nadie deberías ser consciente de ello —lo interrumpió Bass, su tono endureciéndose al momento—. Puedo entender su necesidad de duelo, el cielo sabe que yo también noto la falta de Josie, pero afrontémoslo, *milady* nos la ha jugado a todos y cada uno de nosotros al meternos en este circo que ha resultado ser el tema de la herencia... No te ofendas, Lachlan.

—No me ofendo —admitió al momento—, estoy de acuerdo contigo.

Dios sabía que todo aquello parecía una enorme tomadura de pelo, un juego de ajedrez en el que una mano invisible había dispuesto las piezas alrededor del tablero a la espera de ver quién sería el que hiciese el definitivo Jaque Mate.

—Y por si eso no fuese suficiente, está el Estigia —continuó—. Tori no está preparada para afrontar el papel principal en ese escenario.

—Estoy de acuerdo con él, Xander, ella no está lista para ocupar ese lugar y no sé si lo estará nunca —añadió Rohan con un resoplido—. ¿Por qué no te

puso a ti al frente? Habría sido lo más sensato...

—Porque no se lo permití —atajó él cortando la inesperada batería de comentarios de raíz y fulminando con la mirada a sus compañeros en el proceso—. El Estigia le pertenece a Victoria, lo lleva en las venas, es su legado...

—Pero no está preparada para hacerle frente —comentó él, atrayendo las miradas de los tres hombres sobre él—. Victoria no se ha enfrentado todavía a la pérdida de Josefina, no ha iniciado el duelo...

—No voy a quitarle la única cosa que le permite ser ella misma.

La respuesta de Xander fue tajante, sus ojos se encontraron con los suyos.

—Piensas que la conoces porque la has tenido una sola noche, pero estás muy equivocado, no sabes nada de ella —aseguró con una inesperada serenidad—. No has visto más que lo que ha querido mostrarte, lo que deja entrever en el Estigia, pero apenas es un grano de arena del basto desierto que oculta en su interior. Me ha llevado mucho tiempo y esfuerzo hacerla salir de su cascarón, no voy a quitarle lo único que hace que salga a la superficie.

Y aquella era una declaración en toda regla, pensó, una forma directa de advertirle que esa mujer era importante para él, la pregunta era, ¿hasta qué punto?

—Tendrías que haber conocido a la Victoria que llegó al Estigia hace cuatro años para comprender a lo que se refiere Xander —comentó Bass en voz baja, casi como si fuese un secreto o algo de lo que no deseaban hablar.

—O incluso antes... —admitió Rohan en el mismo tono.

Hubo un momento de silencio, una extraña comunión entre los tres hombres sentados alrededor de la mesa.

—Y Josefina estaba al tanto de ello. —No era una pregunta, sino una afirmación. Ahora encajaban algunas de las cosas que Josie había mencionado alguna vez sobre Victoria, sobre su esfuerzo, sobre quién era ella.

—Josie es el motivo principal por el que la niña que llegó a Indiana hace once años se haya convertido en la fría y calculadora mujer de negocios que es hoy en día —admitió Rohan con frialdad, como si los hechos lo disgustasen.

—Nunca vi a una criatura más hambrienta de afecto que ella, con una profunda necesidad de sentirse útil y apreciada —comentó también Bass con el mismo tono de voz—. Josefina alimentó esa necesidad, la empujó a

superarse, a ponerse retos, la puso al frente de su empresa para que aprendiese lo que era responsabilizarse de algo...

—Pero no suplió la carencia de afecto... —concluyó Xander y a juzgar por la manera en que apretó los dientes, era algo que le afectaba—. De un modo extraño y que posiblemente nadie fuera de esta comunidad entienda, eso lo hizo el Estigia.

—Y tú.

Las respuestas a las más complicadas preguntas a menudo eran tan simples como mirar a la persona que tenías delante.

Xander no se molestó en negarlo, ladeó la cabeza, encontrándose con su mirada y asintió.

—Josefine quería rescatarla, quería ofrecerle una vida mejor, pero su manera de expresar afecto era... difícil de comprender para una muchacha como Victoria —resumió—. Ella la quería, de verdad, adoraba a Victoria, pero sabía que necesitaba más de lo que ella misma podía darle...

—Así que la dejó caer en el regazo de Xander —concluyó Rohan con practicidad—, y él, de manera indirecta, en los nuestros en cuanto la invitó al Estigia.

—Y sí, Josie estaba al corriente de las necesidades de su nieta —añadió Bass completando la pintura de la vida de la mujer que había despertado su deseo y su necesidad—. Nos amenazó con... bueno, cosas tan bonitas como las que le escuchamos a Tori hace un rato, si su niña era lastimada de alguna forma. Vamos, que como algún imbécil le rompiese el corazón, se lo comería con patatas y usaría sus huesos de mondadientes.

—La única que no lo sabía era Tori, por lo que encontrarse como heredera del Estigia le ha provocado un orgasmo mental y no de los buenos —terminó Rohan—. Y te lo advertí, Xander, que conste que te lo advertí.

—Y entonces se le rompieron los tacones de los zapatos, según tengo entendido y... bueno... tú ya sabes cómo termina el cuento —concluyó Bass mirándole.

—La Victoria que conociste en el Estigia, es probablemente la versión más fiel de la mujer que pulula por esta casa —admitió él mirándole de nuevo de soslayo—. No voy a decirte que me guste esta situación, porque no me gusta, pero si ella...

—Así que, sí he pisado terreno peligroso —chasqueó consciente de lo que eso significaba—. La quieres.

—No se le puede acusar de andarse por las ramas...

Ignoró el comentario de Bass y clavó la mirada en Xander, sabía la respuesta, estaba allí, solo había que saber mirar, pero la confirmación podía darle un cariz particular a esa enemistad que arrastraban desde que habían descubierto quienes eran el uno para el oro.

—Ella ha sido mía desde el momento en que nos conocimos, lo ha sido de muchas formas y la he querido de otras tantas. La vi crecer, extender las alas y convertirse en una eficiente mujer de negocios, en alguien capaz de hacer que los hombres más hoscos se inclinen ante ella y la vi abrirse al mundo detrás de una máscara, dejar atrás los miedos, las incertidumbres y darse completamente —declaró con total sinceridad—. *Nicte* es un espíritu libre, es su única dueña, quién impone las reglas. Y sí, la quiero, la deseo, es tan parte de mí como yo lo soy de ella. Ambos somos conscientes de ello, como también lo somos de todo aquel que entra y sale de nuestras vidas.

Hizo una pausa y dejó escapar un profundo suspiro.

—Tú y yo arrastramos un pasado en común, Lachlan, nos guste más o nos guste menos, es así —declaró con firmeza—. Conozco bien a Victoria como para darme cuenta que lo que ocurrió entre vosotros en el Estigia la ha marcado de algún modo, no es una mujer que huya de los problemas o los evite y contigo lo está haciendo. Así que, haz el puto favor de hacer algo al respecto, porque ese modo de arpar gritona me está sacando de quicio... Y te lo advierto, *hermanito*, si le haces daño, si derrama una sola lágrima por culpa tuya, me olvidaré de una vez y para siempre de quién eres y te mataré.

—Apunta a otro más en ese pedido —añadió Bass levantando su botella de cerveza en un mudo brindis.

—Lo de «*hermanito*» no lo decías en plan colegueo, ¿verdad?

Dejó escapar un suspiro, no es que aquello fuese un secreto, pero tampoco era algo de lo que estuviese orgulloso, no cuando ese descubrimiento había hecho tanto daño a su madre.

—No —respondió el con más calma de la que nunca pensó poder imprimir a su voz al decir aquello en voz alta—. Alexander es mi medio hermano.

Su padre había tenido dos familias casi al mismo tiempo, Xander era su hijo mayor con su esposa, su verdadera esposa, ya que el posterior matrimonio que había tenido con su madre no era válido. El muy cabrón había estado viviendo una doble vida, manteniendo a ambas familias en el

anonimato hasta el momento en que se largó dejando a su madre sola con un niño pequeño.

No sería hasta mucho después, cuando su madre conoció al que hoy era su segundo marido, el padre de Noel, que la verdad saldría a la luz con la aparición de su medio hermano.

Por aquel entonces Xander, siete años mayor que él, llegó para traerle a su madre una carta de Elias Cross; el padre de ambos. En la carta, se arrepentía de haberla abandonado, de haberles dejado a los dos y justificaba su engaño basándose en el amor que le tenía a su madre y a la de Xander, a la imposibilidad de elegir entre ambas y la ineludible responsabilidad paternal que contrajo con su hijo mayor tras la pérdida de su propia progenitora.

El día en que Elias se largó, fue para correr al lado de su primera esposa e hijo, quienes habían sufrido un accidente de tráfico. Ella había muerto en el acto y su hijo de trece años había resultado herido.

En las letras garabateadas a mano que tantas y tantas veces había leído, ese hombre —pues era incapaz de reconocerlo como su padre—, le explicaba que había tenido que permanecer al lado de su hijo mayor, que no tenía a nadie más que a él y que se lo debía a la madre del chico. Le decía que pensaba en ellos y que había guardado la esperanza de volver a su lado, pero para entonces ella ya había conocido a Lincoln, su padrastro y formado su propia familia.

Había sido una carta póstuma, una petición de un hombre desahuciado por la enfermedad, la última voluntad de alguien que deseaba que los dos hijos que tenían su sangre se conociesen y entablasen una relación familiar.

Un deseo vano, una petición que despertaba la rabia y la inquina de un niño que había visto como su madre se marchitaba durante algunos años antes de encontrar de nuevo la felicidad. Porque ella había amado a Elias, lo supo con inequívoca certeza en el momento en que vio como derramaba lágrimas al leer la carta.

De niño había culpado a Xander por arrebatarle a su padre, cuando creció y volvió a encontrarse con él, lo despreció por abrirle los ojos a una realidad que llevaba tiempo negándose; la infidelidad de su ex esposa.

Y ahora, la vida volvía a poner a su medio hermano en su camino en la forma de una herencia y la mujer en la que ambos habían posado sus ojos.

Dejó escapar un resoplido, la verdad es que no estaba muy seguro de cómo sentirse ante la actual revelación.

—Bueno, eso sí que es toda una novedad para mí —admitió Bass—. Y bien, ¿cuál es la historia?

—Nuestro padre era un hijo de puta —declaró Xander con frialdad—. Esa es toda la historia que hay que saber.

—De acuerdo, no preguntar.

—Bueno, Lach, ¿vas a hacer algo con esa arpía gritona?

Enarcó una ceja ante el apodo que acababa de acuñar Rohan para Victoria.

—Arpía gritona, ¿en serio?

Su medio hermano puso los ojos en blanco y le dio un par de golpecitos a la mesa con el dedo.

—Quédate a jugar y lo comprobarás por ti mismo.

Lo miró, miró a cada uno de los presentes y dejó escapar un resoplido.

—De acuerdo, ¿quién reparte?

No se le escapó la secreta sonrisa que curvó los labios de Xander, la cual quedó pronto opacada por las risas y los vítores de sus compañeros de mesa. No le hacía especial ilusión confraternizar con él, pero la alternativa era volver a su habitación y pasar solo el resto de la velada.

Ya iba siendo hora de que abandonase la soledad y volviese al mundo de los vivos, sobre todo si tenía la oportunidad de desplumar a su medio hermano.

CAPÍTULO 14

Victoria apretó los dientes y se cubrió la cabeza con la almohada. Había cambiado la cama por el sofá al lado del balcón, pero los condenados gritos, risas y aplausos que procedían del otro lado del pasillo no solo no cesaban, sino que parecían haber subido de decibelios.

Era jueves. No tenía ni que mirar el maldito calendario para saber qué día era, cada maldito jueves esos tres se reunían alrededor de una mesa y se ponían a jugar al póker. Era un ritual que sabía solían llevar a cabo en el club y ahora estaban dispuestos a trasladarlo al salón común.

«¡Joder! ¡El puto escocés me está desplumando!»

Nuevos golpes, silbidos y... ¿un momento? ¿Había escuchado «escocés»? Se levantó de golpe, clavó la mirada en la pared contraria como si pudiese ver a través de ella unas cuantas paredes más allá y arrugó la nariz.

¿Lachlan se había unido al juego?

Sí, claro que era una posibilidad, después de todo no dejaba de ser otro hombre más en la casa y los juegos de azar y el alcohol eran un deporte casi obligatorio.

«Bass, antes de volver a invitar a alguien a jugar, asegúrate de que no sabe ni barajar».

Un coro de carcajadas secundó la voz de Rohan, su tono ronco y con ese pesado acento era inconfundible.

«¿Una mano más milores o teméis perder también los zapatos?».

Un ligero estremecimiento de placer la recorrió ante ese pesado acento escocés. Se envolvió con los brazos y se frotó los brazos diciéndose a sí misma que era frío, que debería ponerse una bata o algo y...

«¿Se acabaron las cervezas? ¡Que alguien vaya a por más!».

Apretó los dientes y ladeó la cabeza al ver cómo la pantalla de su teléfono se encendía por alguna notificación, los dígitos del reloj le provocaron una punzada en la sien.

—No me jodas, ¡que son casi las tres de la madrugada!

Hizo a un lado la manta con la que se tapaba, lanzó el cojín que había utilizado de almohada contra la pared y se puso en pie de un salto. Antes de poder ponerle freno a su ímpetu, cruzó la habitación como una exhalación, abrió la puerta y salió al pasillo dispuesta a decirles cuatro cosas a esos capullos.

—Esto ya es demasiado —masculló avanzando con decisión hacia la puerta cerrada al final del pasillo.

—Entonces, trabajas en una clínica veterinaria, ¿alguna de tus compañeras está lo bastante buena como para echar un polvo? —Escuchó que alguien decía desde el interior de la habitación y no pudo hacer otra cosa que poner los ojos en blanco.

—Hay un par de auxiliares muy guapas, el problema es que tienen colgado del cuello el título «*Propiedad Privada*».

—Argg, no, no quiero complicaciones, me gustan las mujeres sin cadenas.

Dios, típica conversación masculina, se dijo sacudiendo la cabeza con vehemencia, pero eso no evitó que se inclinase un poco más y agudizase el oído.

—El Estigia debe abrir de nuevo sus puertas —escuchó que decía alguien más—. La vida sigue adelante y...

—¿Tori?

Dejó escapar un grito y dio un salto pegándose casi de espaldas a la puerta para encontrarse frente a Xander quién la miraba entre curioso y divertido. Se llevó la mano al corazón notando como retumbaba con fuerza en su pecho mientras se permitía deslizar la mirada sobre él. Vestido de negro, como era habitual en él, poseía un aspecto peligroso que le recordó momentos pasados entre ambos.

Xander había sido el primero en tenderle la mano, en ver más allá de ella misma y entender las necesidades que bullían en su interior. Él la había introducido en el *Estigia* y solo por eso iba a estarle eternamente agradecida. Sin embargo, la pasión que solía darse entre ellos seguía viva a pesar del paso del tiempo, habían entablado una relación que iba mucho más allá del sexo. Era un hombre que solía sacarla de quicio con frecuencia, pero también la entendía y era el único en el que se permitía confiar de verdad.

—Me has dado un susto de muerte —siseó. Se enderezó en toda su altura,

que era poco más de la mitad que la de él y apuntó un dedo que hizo conexión directa con su pecho—. No se puede ir por ahí enviando a la gente a la tumba.

Él miró el dedo en su pecho y luego a ella.

—Yo te veo bastante viva.

Frunció el ceño y apartó de inmediato su mano.

—Contigo no hay manera de dialogar...

Esbozó una irónica sonrisa y como venía siendo costumbre, la ignoró. Sus ojos se clavaron en cambio en la habitación ante la que había estado prestando atención.

—¿Querías algo? —Su mirada fue de ella a la puerta y viceversa.

Victoria dio un nuevo paso atrás. Si seguía así podría muy bien entrar de nuevo en su propia habitación y encerrarse por dentro con llave, nadie sabría que había venido a hacer.

Carraspeó para aclararse la voz y fingió que las mejillas no le estaban ardiendo como si estuviese bajo un sol abrasador. Con él no servían los subterfugios, la conocía demasiado bien.

—No... bueno sí...

Él enarcó una ceja ante su dificultad para expresar algo coherente.

—Tú dirás.

—¿Has visto la hora que es? —le dijo y señaló la caja de cervezas que llevaba consigo—. ¿Pensáis seguir bebiendo hasta el amanecer?

—Es jueves, ¿qué problema hay? —replicó encogiéndose de hombros—. ¿Te estamos molestando?

—No. Digo sí. Estáis haciendo mucho ruido y yo mañana tengo que trabajar —resopló empezando a ponerse de los nervios—. ¿Por qué demonios habéis traído esta costumbre aquí arriba? ¡La gente quiere dormir!

—¿La gente?

—¡Yo! ¡Yo estoy intentando dormir! ¡Y no hay manera! ¡Parecéis una manada de orangutanes en celo gritando a pleno pulmón! ¡Acabad ya con ese condenado juego e iros a la cama!

Cuando terminó de decir todo eso se encontró jadeando, luchando por respirar.

—Tori, cálmate...

—¡No me da la santa real gana! —Se apartó de él y lo señaló con el dedo—. ¡Todo esto es culpa tuya! ¿Por qué no hiciste nada? ¿Por qué no le

impediste que montase todo ese espectáculo con el tema del testamento? ¿Por qué está él en esta casa? ¡No lo quiero aquí! ¡No lo quiero!

—Cariño, respira, estás hiperventilando...

—¡No es verdad! —declaró a voz en grito, pero lo cierto es que empezaba a faltarle el aire y a sentirse mareada.

La puerta se abrió en ese momento y aparecieron el resto de los orangutanes.

—¿Qué es todo ese jaleo? —Se adelantó Bass—. Tori, ey, cielo, ¿qué ocurre?

—¿Tienes que armar tanto alboroto? —añadió Rohan apoyándose en su compañero.

—¡Yo no soy la que está armando alboroto! ¡Serás cabrón! ¡Si sois vosotros! ¡Todos vosotros!

—Tori, basta —la contuvo Xander, le pasó la mano por la cintura y la llevó al interior de la habitación de la que la tropa acababa de salir—. Siéntate un momento y respira.

Alguien le apartó la silla y cuando levantó la cabeza se encontró con los ojos azules de Lachlan y el vaso que le acercaba ya a los labios.

—Vamos, dale un sorbo.

Arrugó la nariz ante el fuerte aroma, pero obedeció. El whisky le quemó la garganta, la hizo toser hasta casi salirle los pulmones por la boca, pero la ayudó a centrarse de nuevo.

—No puedo creer que te hayas aliado con ellos —le echó en cara.

—No sabía que era necesario hacer alianzas en esta casa. —Dejó el vaso sobre la mesa.

—Al parecer hemos estado haciendo demasiado ruido para el gusto de la señorita —informó Xander—. No la dejamos dormir.

—Vaya, mujer, ¿por qué no lo has dicho antes? —le soltó Bass con gesto compungido—. Habría ido yo mismo a arrojarte y cantarte una nana hasta que te durmieses.

—Vete al cuerno —masculló entre dientes, fulminándolo con la mirada ante lo que él se rió.

—Relájate, Tori, ya has conseguido lo que querías —le dijo ahora Rohan posando las manos sobre sus hombros e iniciando un suave masaje—. Ya no estamos jugando, ni bebiendo, ni dañando tus delicados oídos con nuestras batallitas...

Ladeó la cabeza lo justo para poder hacerlo.

—Si quieres seguir conservando todas tus herramientas para el club, te sugiero que quites tus manos de mis hombros.

—Qué te había dicho... —Se rió alguien por detrás de ella.

—¡Sois insufribles! —declaró poniéndose de pie de un salto y clavó la mirada en cada uno de ellos haciendo especial hincapié en Xander—. Y tú eres el peor de ellos... —Tras eso se volvió hacia Lachlan—, y tú no te quedas atrás, parece que has encajado a las mil maravillas en su club. ¡Enhorabuena!

—Tori, vamos, solo estábamos pasándolo bien, no...

No esperó a escuchar excusa alguna de parte de ninguno de ellos, dio media vuelta y salió con paso decidido para volver a su habitación, se negaba a dejar que ninguno de ellos viese las lágrimas que habían acudido a sus ojos.

—Victoria, espera...

Ignoró la voz de la persona que escuchó a su espalda e intentó abrir la puerta de su dormitorio, la cual, parecía dispuesta a mantenerse cerrada.

—Maldita sea, ábrete —rezongó en voz alta, zarandeando el picaporte—. ¡Ábrete, joder!

Acabó dándole una patada a la madera solo para exclamar un ahogado jadeo de dolor.

—Mierda, maldita sea, joder...

—Ya, para —la retuvieron unas manos que la apretaron contra un duro cuerpo—, la puerta no se va a abrir por mucho que la maltrates.

Se revolvió hasta zafarse de su agarre y se quedó mirando esos ojos azules.

—Vete.

—*Nicte*...

El escuchar ese nombre en su boca hizo que se le encogiese el estómago y las lágrimas corrieran por su mejilla.

—Espero que hayas disfrutado del espectáculo pues yo ya he terminado mi función —masculló antes de volver a intentar abrir la puerta, la cual decidió cooperar, pero Lachlan la cogió del brazo impidiéndole huir.

—*Nicte*, mírame.

—Apártate y déjame entrar.

Él no solo no cumplió con su petición si no que la cogió ahora de los hombros y la obligó a enfrentarse con él.

—Deja de huir —la reprendió con dureza—. Deja de esconderte.

Luchó con su mirada y las emociones que esta despertaban en ella, al igual que lo hacía su contacto.

—Pues deja de buscarme...

Negó con la cabeza.

—Estás loca si piensas que lo haré.

Su seguridad la hizo reír de mala gana.

—La locura no tiene nada que ver, es lujuria, deseo, ¿no lo entiendes? —le espetó con desesperación—. Lo que viste en el Estigia, a quién viste, ¿no es real!

—¿Eso es lo que te dices todas las noches para calmar tu conciencia? —La enfrentó con dureza—. ¿Que la mujer que se viste de cortesana y oculta su rostro al mundo no es real? ¿Prefieres vivir la mentira que muestras a todos durante el día a ser quién eres realmente?

—Ella no existe, Lachlan, es un invento, una ilusión, pero no es real.

—¿No lo es o no quieres que lo sea?

No cedería, no iba a ceder.

—Fue un error estar contigo esa noche, fue un grandísimo error —escupió decidida a apartarlo de ella, a alejarse de lo único que había deseado en mucho tiempo—. Y no volveré a cometerlo.

Él chasqueó la lengua, levantó la mano y le acarició el rostro con una inesperada ternura.

—En ese caso, el que lo cometerá de nuevo seré yo —declaró atrayéndola hacia él, envolviéndole la cintura con un brazo mientras que abría la puerta con el otro y la empujaba en su interior—. Se acabó el huir de lo que deseas, no dejaré que sigas corriendo.

CAPÍTULO 15

Lachlan supo que había obtenido una pequeña victoria en el momento en que tuvo a esa deliciosa mujer tendida sobre la cama totalmente desnuda. No le había dado tiempo para pensar u objetar, la había hecho entrar en el dormitorio entre besos y caricias, le había borrado las lágrimas y se había librado de cada una de las prendas que entorpecían el que pudiese volver a tocar esa cremosa piel.

No había habido palabras, nada que se interpusiese en la palpable necesidad que surgía cada vez que estaban cerca, era como si con tan solo mirarse pudiesen retroceder en el tiempo, a esa habitación en la que se habían encontrado, donde no eran otra cosa que dos desconocidos sin ningún nexo en común.

Se lamió los labios con anticipación, esos bonitos ojos verdes se encontraron a través de sus cuerpos en una silenciosa invitación, descendió sobre ella directo a sus labios y los delineó con la lengua, jugando, seduciéndola, buscando la respuesta que sabía podía extraer de ella antes de sumergirse en su boca y besarla a conciencia.

Su suave y cálida piel lo invitaba a probarla, le mordisqueó el cuello y siguió descendiendo mientras hacía lo mismo con sus dedos, la sintió temblar bajo sus manos, arqueó la espalda y sus senos rozaron su pecho. Ahogó un gruñido de placer sobre su piel al notar los duros pezones frotándose contra él, una ligera caricia que parecía dejar un rastro de fuego sobre su propio cuerpo.

—Eres tan suave...

Bajo sobre su cuerpo manteniendo una mínima distancia entre ambos, la suficiente para no rozar ningún punto de su piel hasta que su lengua acarició uno de los pezones y ella gimió en respuesta.

—Deliciosa...

Se estremeció bajo sus atenciones, temblando bajo sus caricias y no pudo evitar sonreír con satisfacción mientras cambiaba de dirección, succionando el otro pezón con fuerza en su boca. Se arqueó debajo de él, retorciéndose y gimiendo, haciendo que su excitación aumentase aún más. Deseaba poseerla, hundirse entre sus piernas y perderse de nuevo en la lujuria que le arrebatava la cordura.

—Eres un dulce y tierno banquete...

Abandonó la suave y caliente carne, sopló sobre la humedad dejada por su lengua y resiguió el camino entre sus pechos. La lamió lentamente, saboreando su piel mientras ascendía hacia su clavícula sin dejar de chuparla ni mordisquearle la piel. Jugó con esa pequeña huella en la que comenzaba el esternón, había descubierto que tenía cosquillas en ese punto y le sacó partido antes de continuar con esa deliciosa tortura. Sus labios llenos, hinchados por sus previos besos eran de lo más apetitosos y sucumbió a ellos.

—Me gusta besarte —murmuró entre caricia y caricia—. No me canso de tu sabor.

—Hablas demasiado.

Se rió entre dientes, buscó su mirada y vio en ella el mismo brillo que ya conocía, la excitación que escalaba en su cuerpo y se traducía en crudo deseo.

—¿Preferirías que me calle?

—Preferiría que siguieses besándome.

—No me opondré, es algo que me gusta.

—Presuntuoso —musitó ella con un inicio de sonrisa.

—Solo cuando quiero algo y, ahora mismo... —Descendió de nuevo sobre ella y la besó una vez más, hundiendo la lengua en su humedad, arrancándole una respuesta que ella cedió gustosa—. Te quiero a ti... —La besó sin reservas, jugó con su lengua, le chupó los labios y bebió de ella hasta que el aire que necesitaban para respirar no fue suficiente—. Completamente...

Volvió a bajar sobre su cuerpo deleitándose una vez más de ese bonito y sexy campo de juegos, la lamió a placer degustando una vez más esas engrosadas cumbres, succionándola y arrancando todo tipo de jadeos de la garganta femenina.

—Eres deliciosa, toda tú... —murmuró sobre la piel de su vientre, le acarició el ombligo y continuó hacia la uve de sus muslos sembrando un camino de besos que recaló entre sus piernas—. Oh sí, deliciosa.

Sopló sobre su cálida y húmeda carne y sonrió al notar como arqueaba las caderas al notar la primera pasada de su lengua.

Victoria estaba perdida en un mar de sensaciones, sabía que debía haber protestado, que debía haber sido más firme, pero sus palabras la habían desarmado. No podía seguir negando lo evidente, que le deseaba, que quería volver a experimentar la libertad de la que había disfrutado entre sus brazos. Había intentado alejarse, mantener las distancias, pero de una manera u otra algo volvía a llevarla de nuevo al punto de partida.

Esa noche había llegado al límite, los últimos quince días habían sido una verdadera prueba de fuego, estaba al borde y la manera en la que terminó explotando no era algo de lo que se sintiese orgullosa.

«*No pienses, Victoria, no pienses*».

Por suerte Lachlan no estaba dispuesto a dejar que lo hiciera, parecía decidido a enloquecerla y maldito fuera, esa bendita lengua que se hundía en su sexo era una distracción jodidamente buena.

Ese hombre sabía lo que hacía, la había envuelto en llamas, tenía los pezones hinchados y tan necesitados de caricias que le dolían, le picaba la piel de necesidad y su sexo se humedecía más y más con sus íntimas atenciones. Jadeó y echó la cabeza hacia atrás sin poder contenerse cuando se movió entre sus piernas lamiendo los tiernos pliegues hasta atrapar el clítoris entre los dientes y jugar con él. Pequeños relámpagos de placer se propagaron por su cuerpo al compás de sus movimientos, sus pensamientos dejaron de tener sentido, era incapaz de procesar nada coherente, todo lo que podía hacer era gemir en voz alta, arquear las caderas buscando más de lo que le daba...

—Lachlan...

Él la lamió una vez más, succionándole el clítoris mientras un par de dedos se unían ahora al juego y la penetraban con facilidad.

—Oh, por favor, Lachlan...

Lo escuchó reír y sintió su boca dejando un beso en la cara interior del muslo.

—Me gusta como pronuncias mi nombre —le dijo mordisqueándole la piel que había besado antes de volver a dónde más lo necesitaba—. Veamos si puedo hacer que lo grites.

Su boca volvió al ataque, acariciándole con la punta de la lengua la hinchada perla mientras la penetraba con los dedos, alternando sus caricias. La estaba volviendo loca, reduciéndola a un manojo de jadeos y gemidos mientras su cuerpo respondía a sus directrices como un instrumento bien afinado. Se arqueó bajo sus caricias, sacudió la cabeza de un lado a otro y acabó gritando su nombre presa de un intenso orgasmo.

CAPÍTULO 16

—Estás muy callada, demasiado para lo que parece ser normal en ti.

—Si crees conocerme tan bien por el simple hecho de haberte metido otra vez en mi cama...

—Juraría que la primera vez no fui yo el que inició el juego, sino cierta dama enmascarada.

—De acuerdo, tienes un minipunto.

Victoria hizo una mueca ante lo obvio, tendida desnuda sobre la cama, usándole de colchón, tenía pocas ganas de iniciar una conversación. Su enmudecimiento tenía más que ver con el hecho de estar allí, compartiendo ese momento post coito, algo de lo que siempre había huido en el Estigia.

Su consigna era disfrutar del momento y seguir adelante, pero tenía claro que eso había fallado en el momento en que le permitió entrar en la biblioteca y dio inicio a su habitual coqueteo.

—Si quieres que me vaya, solo tienes que decirlo.

Abrió la boca y volvió a cerrarla casi al instante.

—Yo... no sé lo que quiero...

Lachlan levantó el brazo libre y sostuvo la mano ante ella.

—¿Cuántos dedos ves?

La pregunta fue tan absurda e inesperada que se echó a reír.

—¿Qué pretendes?

—Asegurarme de que no te he dejado en shock o algo.

—Tu arrogancia no tiene límites, *milord*.

—Al menos he conseguido que te rías —aseguró acariciándole con gesto descuidado el hombro—. Eso sería otro mini punto para mí, ¿no?

Echó atrás la cabeza para mirarle a la cara.

—De acuerdo, te concederé otro mini punto.

—¿Quién peca ahora de arrogante?

Sonrió, sus labios se curvaron por sí solos.

—Eso está mejor, estabas demasiado seria.

—Estaba pensando... a veces mi mente se disocia de mí y va por libre.

—¿Quieres compartir esos pensamientos conmigo?

Abrió la boca para decir que no, pero se detuvo, en su lugar respondió.

—Si te digo que no, ¿estaría huyendo?

—Eso es algo a lo que solo tú puedes responder, Nichte —respondió mirándola a los ojos.

—Sigues llamándome así...

—Así es cómo te veo —admitió y deslizó la mirada por su cuerpo para enfatizar sus palabras—, esta es la dama a la que conozco, pero estoy dispuesto a hacerle una concesión a Victoria...

—Qué magnánimo.

—Háblame de ella, háblame de la mujer que ha terminado metida en todo esto... —le susurró al oído, coronando sus palabras con un beso—. Háblame de ti...

Cerró los ojos y dejó escapar un cansado suspiro.

—¿Tengo que hacerlo?

—Solo si deseas dejar de huir.

Se estremeció, fue algo involuntario, pero se le puso la carne de gallina. Un segundo después, era arropada con una de las sábanas, viéndose envuelta en un capullo de piel y tela.

—Así es un poco difícil que consiga hacerlo, ¿no? —musitó tirando de la sábana contra su cuerpo como si con ello pudiese esconderse de sus propias palabras.

—Dime, ¿qué es lo primero que recuerdas de Josefina?

Una imagen se formó al momento en su mente, la de una mujer sofisticada, entrada ya en edad, cuyos ojos verdes se clavaban en ella con una mezcla de tristeza, esperanza y una sonrisa, apenas una curvatura de labios, pero sonrisa al fin y al cabo.

—La primera vez que estuve frente a ella, la que yo recuerdo al menos, pensé que no tenía el aspecto que debería tener una abuela —admitió con una mueca—. Se la veía demasiado segura de sí misma, demasiado sofisticada y las canas que entrelazaban su pelo rubio, no le quitaban atractivo, al contrario... A sus sesenta y seis años seguía siendo una mujer impactante.

Se lamió los labios y volvió atrás en sus recuerdos, al funeral de su padre,

el día en el que la había visto por primera vez.

—Josefine era mi abuela paterna, mi padre era hijo único. Hasta dónde yo sé, tuvieron una discusión a causa de mi madre y dejaron de hablarse. Cuando le diagnosticaron la enfermedad decidió que ya era hora de hacer las paces con su familia, o eso es lo que me contó ella en uno de esos raros momentos en los que me dedicaba su tiempo para algo más que enseñarme a llevar la empresa. —Desgranó sus recuerdos—. Mi padre le pidió que se hiciese cargo de mí cuando faltase, que no dejase mi educación en manos de mi madre o me perdería a mí misma para siempre.

Se revolvió incómoda, no le gustaba hablar de eso en voz alta, de hecho, no había vuelto a sacar a la luz esa historia desde poco después de llegar a Seattle.

—Mi madre tiene un concepto un poco particular sobre la vida en general, podríamos decir que tiene unas creencias un poco arcaicas sobre el papel de la mujer y la manera en la que deben conducirse. Ya sabes, una reputación intachable, vestir de una manera en concreto, atender la casa, cuidar y obedecer a su marido... —se lamió los labios—, algo con lo que llegó a volverse bastante obsesiva, sobre todo teniendo en cuenta los tiempos en los que nos movemos.

Aferró la sábana con los dedos, retorciéndola sin ser consciente de ello o de la tensión que había hecho presa en su cuerpo.

—Pensé que quería a mi padre, siempre tuve la impresión de que eran un matrimonio feliz, pero me equivoqué, dios, nunca estuve tan equivocada como entonces y solo lo descubrí cuando ya era demasiado tarde —admitió con una gota de amargura en la voz—. Mi padre nos dejó en diciembre y yo no cumplía los dieciocho hasta agosto del año siguiente...

—Está bien, Nichte, respira, no estás allí, estás aquí, conmigo.

Las palabras se colaron en su mente sacándola del pasado, sintió sus brazos envolviéndola, ciñéndola contra su piel desnuda y comprendió que estaba temblando.

—Estoy bien —confirmó y deslizó su propia mano sobre el brazo que la envolvía—, ella ya no puede hacerme nada, dejó de tener cualquier poder sobre mí en el momento en que hice la mayoría de edad y me marché con Josefine. Pero es difícil olvidar los ocho meses que pasé solo con la compañía de mi madre...

Respiró profundamente e intentó relajarse recordándose a sí misma dónde

estaba ahora y con quién.

—La señora Josefina Queen se presentó en mi casa el día en que cumplí los dieciocho, por primera vez alguien además de mi padre, fue capaz de enfrentarse a mi madre y hacerla callar —admitió con una pequeña sonrisa—. Me sacó de allí y me trajo a Fort Wayne. Algún tiempo después me enteraría por Xander que ella había estado moviendo cielo y tierra para sacarme desde el mismo instante en que mi padre falleció, creo que nunca se perdonó el no haber podido lograrlo.

Suspiró sabiendo que había dejado atrás todo aquello hacía ya mucho tiempo.

—Así que acababas de hacer la mayoría de edad cuando entraste en la vida de Josie.

Asintió con un gesto de la cabeza.

—Sí, dieciocho años recién cumplidos y una deficiente educación, según mi abuela y su incorruptible mano derecha. —Hizo una mueca—. Josefina prácticamente me dejó en manos de Xander con una notita pegada a la chaqueta que decía: «*pule esta cosa y dame algo con lo que pueda trabajar*».

Escuchó como Lachlan resoplaba y no supo si era de risa o de incredulidad.

—El señor Alexander Cross se tomó la tarea muy a pecho, fue un milagro que no nos matásemos entre nosotros, pero agradezco que no sucumbiese a las ganas de estrangularme ya que consiguió sacarme de la caja en la que estaba metida y me mostró que mi vida solo podía elegirla yo —admitió relajándose de manera visible al hablar del hombre que la había abrazado y protegido cuando las pesadillas hacían presa de ella—. Es un misterio cómo demonios hemos sobrevivido estos últimos once años sin apuñalarnos, porque ganas no nos han faltado por ninguna de las partes.

—Él fue quién te introdujo en el Estigia.

Sus palabras la cogieron por sorpresa, se incorporó dejando que la sábana resbalase por su cuerpo hasta caer sobre su cadera dejando sus pechos desnudos a su mirada.

—¿Cómo...? —La respuesta llegó como un relámpago—. Mierda, sabe que tú y yo nos conocimos en el club.

—Cualquiera que viva bajo este techo sabe que tú y yo tenemos una historia en común que viene de antes de la lectura del testamento —admitió con sencillez—. Y dado que has estado intentando darme esquinazo los

últimos quince días...

Hizo un mohín, pero no se molestó en disimular.

—Xander no es alguien a quien pueda decirse que no, sobre todo cuando no hay una razón de peso para hacerlo —admitió con un suspiro—. Josefina fue la que me acogió, pero él fue quien evitó que me consumiese, quién me obligó a salir a la luz, a relacionarme y quién me pinchaba para que avanzase. Estuvo a mi lado siempre que lo necesité, ha sido mi amigo, mi hermano y mi amante... y lo quiero, de una manera que no sé ni explicar, como sé que ni siquiera he querido a mi abuela.

—Forma parte de ti...

La frase encajaba al dedillo con ese sentimiento y cabeceó.

—Sí, supongo que es así —aceptó y lo miró con un inquieto pensamiento—. ¿Eso te molesta? No es que haya podido pasar por alto que no os lleváis especialmente bien...

Dejó escapar un resoplido y se encogió de hombros.

—Dado lo que empiezo a ver lo que hay bajo el velo, lo que vislumbro de la mujer que eres, estoy tentado a darle las gracias por haberte cuidado, solo tentado —admitió y parecía fastidiado por tener que hacerlo—. Alexander y yo tenemos... una historia en común.

Ladeó la cabeza y lo estudió, había mucho en Lachlan que solo se veía a través de sus emociones.

—¿Y qué hay de ti? ¿Quién se oculta debajo de la máscara de Lord Eros? —preguntó inclinándose sobre él—. ¿Por qué un médico veterinario de una clínica de Willmarbee, con un profundo amor por los animales, siente la necesidad de visitar el Estigia?

—¿Qué te hace pensar que siento un profundo amor por algo?

—No habrías luchado como lo estás haciendo para conseguir lo que deseas, esa propiedad que aloja el refugio de animales, si no quisieses a sus inquilinos —admitió, dejándole saber al mismo tiempo que había hecho sus deberes—. Y has traído a Bronco a esta casa... Daría lo que fuera porque alguien me mirase con el profundo cariño que tú miras a ese perro.

Lachlan soltó una carcajada.

—Deberías abrir bien los ojos y mirar a tu alrededor, cariño, te sorprendería la cantidad de ojos que te miran así.

Dejó que sus labios se curvasen, pero no respondió.

—Llegué al Estigia después de divorciarme y por invitación de mi

hermanastro, Noel.

—¿El doctor Burns pertenece al Estigia?

—Lord Apolo.

El nombre trajo a su mente la silueta elegante de un hombre que solía conducirse con suma educación y de quién las mujeres solían hablar maravillas. Se guardó ese pedacito de información para sí misma.

—No he tenido el placer de conocerle, pero he oído sobre él. —Él se limitó a asentir entendiendo las implicaciones de sus palabras—. Entonces, has estado casado...

—Uno de esos errores que cometes por creer que amas a la mujer que será tu esposa, solo para despertarte y comprender que la perra que duerme a tu lado es una zorra —respondió con tal inquina que no había duda de que su divorcio no había sido fácil.

—Vaya...

—Infidelidad, falsas acusaciones de malos tratos, chantaje, extorsión... podría seguir con la lista, pero te aburriría.

—Menuda joya.

—No te haces una idea —admitió con un resoplido—. El divorcio no fue... sencillo, así que, celebrar por todo lo alto que pude liberarme de esa lacra fue lo que me llevó al Estigia. Llegué a Fort Wayne precisamente buscando apartarme de toda esa mierda.

—¿Tienes más familia que tu hermanastro?

La manera en la que desvió la mirada, así como el brillo que vio en sus ojos le dijo que había tocado un punto sensible.

—Supongo que deberías saberlo tú también, no me cabe duda de que será un tema que correrá como la pólvora por la mansión —declaró, tomó aire y soltó lo último que habría esperado escuchar—. Alexander Cross es mi medio hermano.

Parpadeó un par de veces, abrió la boca, pero volvió a cerrarla al momento al ver la manera en que se puso rígido, como si esperase que lo atacase con sus palabras. Eso la llevó a pensar en Xander y la manera en la que solía referirse a un «hermano pequeño», nacido de una infidelidad de su padre.

El hombre que se había convertido en su tutor y amante, no solía hablar sobre su vida, era como si no existiese nada antes de que hubiese entrado a trabajar para Josefina, pero con ella había hecho una pequeña excepción.

—Eso es una revelación inesperada —se las arregló para decir—, aunque, es posible que sea la única a la que no coja totalmente por sorpresa. Quiero decir... estaba al corriente de que Xander tenía un hermano...

—Medio hermano —corrigió con firmeza.

—...con el que no mantenía una buena... relación.

—Y eso sería todo un eufemismo.

Desde luego, aquel no era un tema del que él quisiera hablar, así que optó por desviarse un poco.

—¿Y Noel?

El cambio de tema lo tomó por sorpresa, pero se recuperó pronto y deslizó la mano sobre su piel, agradeciéndole que no quisiera seguir por ese camino.

—Es el hijo de mi padrastro —explicó—. Mi madre se casó con Lincoln cuando yo era pequeño, mi padre... el cual también es el de Alexander, nos abandonó a mi madre y a mí para irse con su... otra familia... Ella creía que sería bueno para mí tener una nueva figura paterna, alguien estable y el Dr. Lincoln Burns se cruzó en nuestro camino. Todavía hoy no sé cómo demonios la aguanta, la actual señora Burns puede ser un auténtico demonio sobre dos piernas, pero está claro que se aman... Cuando quieres huir o arrancarte los oídos porque tus padres se lo están montando después de una discusión, tantos años después, sabes que lo que tienen es para siempre.

—Eso es bonito —admitió en apenas un susurro.

—Él me dio su apellido y yo lo acepté, después de todo, es al único que reconozco como padre —concluyó, entonces preguntó—. ¿Volviste a tener algún tipo de contacto con tu madre?

La pregunta la tomó por sorpresa, aunque no debería, era algo de lo más normal dado lo que le acababa de contar.

—Ella me tachó de su vida en cuanto me fui con Josefina. Según tengo entendido, le ha ido diciendo a todo el que ha querido escucharme, que mi abuela me pervirtió y convirtió en una prostituta de su antro de pecado. —Se encogió de hombros y al hacerlo se dio cuenta de que en realidad le daba igual lo que dijese esa mujer—. Yo en cambio soy de la opinión de que ella me abrió los ojos al mundo, podía no ser una abuela cariñosa, de hecho, no lo era, no en el sentido de dar abrazos, de expresar su amor, pero se preocupaba por mí. Quería que tuviese un futuro, que fuese capaz de decidir por mí misma y puso a mi alcance las herramientas para hacerlo.

Dejó escapar un profundo suspiro y se dejó caer de nuevo sobre el colchón.

—Lo que no entiendo es qué mosca le picó para orquestar todo este asunto de la herencia compartida, con cláusulas y... —resopló y ladeó la cabeza para mirarle—. Y no sé cómo demonios llegaste tú a terminar en todo este embrollo.

—Yo tampoco lo sé, Nichte, te juro que es algo que yo tampoco sé.

Y lo creía, aún si ese hombre acababa de entrar en su vida y era un completo desconocido para ella, lo creía.

CAPÍTULO 17

—Lo estipulado en el testamento me sorprendió tanto como a ti —admitió Lachlan estirándose bajo las sábanas. Usó su brazo de almohada, pasándolo por detrás de la cabeza para apoyarse en él—. Podríamos decir que, si bien me encontré con Josefina en la clínica en la que trabajo, dónde realmente la conocí fue en el Estigia...

—¿Es una broma?

Sacudió la cabeza y sonrió al recordar el día en el que entró por primera vez al club y lo extraño que se sentía en ese ambiente. Sabía qué iba a encontrarse pues Noel le había puesto en antecedentes, pero los recientes motivos que le habían llevado a pedir de una vez por todas el divorcio, todavía seguían frescos en su mente. Había jugado en las mesas del casino, perdido unos cuantos dólares y ganado otro puñado, lo justo como para poder olvidarse del siguiente mes de alquiler. Entonces la había visto, vestida con un traje de noche negro, con un peinado propio de los años veinte y fumando puros.

—¿Sabías que tu abuela solía fumar *Habanos*?

La chica hizo una mueca y asintió.

—Todavía huele a tabaco el despacho que tenía en el club.

—El día en que la conocí tenía uno en los labios, se lo quitó y me dijo, palabras textuales: *Ya era hora de que salieses al mundo* —repitió sus palabras, recordando el tono con las que las pronunció y la expresión que lucía su rostro—. Me entregó una tarjeta de miembro y me sugirió que en vez de perder el tiempo y mi dinero jugando a los naipes, empezase a vivir y me empujó, literalmente, al salón principal del Estigia.

A juzgar por la expresión que lucía Victoria, aquella era una faceta que desconocía de Josie.

—Alexander puede corroborar mi historia, estaba allí.

Lo cual había sido algo tan inesperado como indeseado, recordó, la segunda vez que se encontraba con ese hombre y lo había hecho a través de un disfraz y en el último lugar en la tierra en el que cualquiera habría coincidido.

—Lo cual fue toda una sorpresa, aunque en este caso, no agradable.

Sacudió la cabeza haciendo volar el pelo que volvió a asentarse de cualquier manera sobre sus hombros desnudos, al escucharle había vuelto a incorporarse atrayendo su atención a esos preciosos pechos que se moría por volver a saborear.

—Es... sorprendente, me cuesta... encontrar parecido entre ambos — admitió fijándose en su rostro, posiblemente buscando dicho parecido.

—Él se parece a Elias. —Se negaba a reconocer a ese hombre como su padre—. Yo he tenido la fortuna de salir a mi madre.

—De acuerdo, sé cuando alguien no quiere hablar de algo en concreto — admitió ella dejando escapar un suspiro—. Así que, retomando el tema de Josefina... La verdad es que no supe que esta casa era suya hasta hace poco, no era consciente de lo que significaba este lugar para mi familia y lo que implica el ser la siguiente en la línea de sucesión de este peculiar legado. Porque al final eso es lo que es, un legado centenario... Y no sé cómo diablos voy a enfrentarme a ello, nunca... nunca pensé que tendría que lidiar con algo así y, siendo sincera, no quiero hacerlo.

La forma en la que pareció respirar tras decir todo aquello le recordó a alguien quitándose una piedra de encima, una muy pesada.

—Siempre creí que esa parte de mi vida era mía, privada, entonces Xander me dice que el local es suyo y que no solo sabía que yo asistía a él, sino que quería que fuese la próxima administradora —dejó escapar un profundo suspiro—. Se suponía que tenía que debutar la noche en que se me rompió el tacón de la sandalia...

—La noche en la que nos conocimos.

Asintió y bajó la cabeza para mirarse las manos.

—No estoy preparada para enfrentarme al Estigia de esa manera — declaró y lo hizo levantando la mirada y encontrándose con sus ojos—. Puedo hacerme cargo de la administración, del papeleo, de las cuentas, me he estado preparando estos últimos diez años para esa clase de trabajo, pero no quiero ser la cara del club, no quiero perder lo que he encontrado allí como Nichte y sé que lo haré si me pliego a sus deseos...

—No lo hagas, no tienes por qué —le respondió con total franqueza—. En el testamento ni siquiera se menciona el club, no hay ninguna estúpida cláusula que te obligue a plegarte a algo que no deseas. Creo que ella sabía que al final, la respuesta a su petición dependería de ti, de tu decisión... Y no es como si no pudieses aceptar la dirección del club de una manera menos directa.

—No puedo dejar que el Estigia se... hunda —musitó y parecía que las palabras le pesaban de verdad—. Ese lugar... ese lugar es parte de mí, parte de mucha gente y tiene que haber alguien que esté al frente.

—Y ya tienes a alguien en mente.

Era una mujer de negocios, después de todo, alguien que había sido entrenada para solucionar toda clase de conflictos de ese tipo, al final siempre tendría un plan b en el bolsillo.

—Sí. —Se apartó el pelo de la cara prendiéndoselo detrás de la oreja y resopló—. Si hay alguien que puede tanto navegar como capitanear ese barco, es Alexander. Pero no quiere, lo he intentado, le he suplicado y...

—A veces es necesario utilizar algo más que palabras —le aseguró y se sorprendió a sí mismo por darle aquel consejo.

Pero, por otra parte, la hembra que tenía frente a él, desnuda, descarada, totalmente abierta y sincera, no era Victoria Queen, sino la hembra que había conocido aquella noche. ¿Qué derecho tenía él para arrebatarse su pasado, arrebatarse quién era en realidad?

—Dices que no quieres renunciar a quién eres, en ese caso imponte, Nichte, di que es lo que deseas en voz alta y no permitas que nadie te haga callar.

Esos bonitos ojos verdes lo miraron debajo de unas espesas pestañas, en ellos parecían bailar mil y una emociones entre las que destacaban la sorpresa y un incipiente conocimiento. Por un momento creyó estar mirando los ojos de una mujer mucho mayor, cuya sonrisa le había dado la bienvenida hacía ya algunos años.

—Te pareces a ella, es curioso, pero no me había dado cuenta de ello hasta ahora mismo.

—¿A Josefina?

Asintió y estiró el brazo para acariciarle el rostro.

—Tienes su misma mirada —le dijo sin dejar de mirar esos ojos—, y eres capaz de hechizar con ella.

Sonrió, sus labios se curvaron lentamente.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por ver algo en mí de esa gran mujer —admitió con voz quebrada.

Extendió la mano y le acunó el rostro, entonces se incorporó para quedar a su altura.

—Veo su fuerza en tus ojos, pero también te veo a ti, no hay máscara tras la que puedas ocultarte ya de mí, Nigte, ahora que te he visto sin ella, siempre sabré quién eres en realidad.

Bajó sobre su boca, besándola con suavidad, iniciando el deseo que los consumía a ambos cada vez que sus cuerpos se tocaban.

—Eres un hombre extraño, sorprendente a muchos niveles, es posible que ella viese algo en ti lo que nadie más ha sido capaz de ver hasta ahora —murmuró tras romper el beso—. Y empiezo a pensar que ese es el motivo por el que decidió incluirte en el testamento. Quizá suene descabellado, pero creo que quería que te conociese...

—No creo que sea tan descabellado, cariño, esa idea se me ha pasado también a mí por la cabeza —admitió acariciándole el rostro y bebiendo de su mirada—. Es curioso, llevo estas dos últimas semanas dándole vueltas y más vueltas, intentando entender por qué hizo lo que hizo con el testamento y ahora creo que por fin lo entiendo.

—¿Qué quieres decir?

—Josefine siempre te tuvo presente, no había conversación en la que por un motivo u otro no hablase de Victoria, pero lo hacía de una manera... distante, solo cuando decía «mi nieta» cambiaba su apreciación y se le iluminaban los ojos del mismo modo que se te han iluminado hace un momento —le rozó la mejilla con el pulgar—. Te veía como eras, veía quién eras, solo estaba esperando que alguien más se diese cuenta y lo apreciase del mismo modo.

Y por eso le había dejado la propiedad, por eso había orquestado en el último momento todo aquel asunto del testamento.

«¿En serio quieres invertir todos tus ahorros en este viejo edificio que se cae a pedazos?».

«Debajo de toda esa pintura descascarillada, de las humedades y los desperfectos, hay muy buenos cimientos, ya no se hacen casas así. Es lo que necesito, Josie, soy lo bastante terco como para meterme ahí dentro y sacar a

la luz su verdadero potencial. No le tengo miedo a los retos».

«Sí, sin duda serías capaz, posiblemente serías el único en verla como es en realidad».

—Y tenía razón, esa vieja y hartera mujer, tenía razón.

Ella lo miró sin comprender sus palabras.

—Creo que me he perdido.

—No te preocupes, tenemos dos meses y medio por delante para que encuentres el camino —declaró cayendo sobre ella, capturando de nuevo su boca hasta tenerla debajo de él—. Pero ahora mismo, tengo algo mucho más interesante que proponerte.

—¿Ah sí? —se rió rodeándole con sus brazos, haciéndole sitio entre sus piernas, entregándose a él.

—Sí, *miladi*, así que presta mucha atención, no quiero que pierdas ni un solo detalle.

Y no lo hizo, desde ese momento hasta antes del amanecer, le dedicó toda su atención en exclusiva.

CAPÍTULO 18

Las puertas empezaron a cerrarse tras el vehículo que salía alejándose de la imponente figura que se apreciaba a lo lejos. Si bien el edificio quedaba parcialmente oculto por la vegetación colindante y los altos árboles que sin duda buscaban ofrecer privacidad, se apreciaba el color de la piedra y el típico diseño de una casa victoriana.

River House. Ese era el nombre que aparecía en la placa que coronaba la pared y también había estado en la indicación de la carretera.

La propiedad había pertenecido a Josefina Queen, una acaudalada mujer de edad que había sentido cierta debilidad hacia su marido, tanto así que lo había incluido en su testamento o algo parecido.

Si Lachlan pensaba que podía despreciarla, burlarse de ella y amenazarla con la policía como si fuese una vulgar delincuente, estaba muy equivocado. Podía haberla obligado a firmar el divorcio, pero si creía que se conformaría con la mísera pensión que le había ofrecido, es que no había aprendido nada en todo el tiempo que pasaron como marido y mujer.

Todavía no podía creer la manera en la que le había hablado días atrás, cómo la trató cuando fue a verle a su trabajo con la única intención de hablar las cosas de manera civilizada.

Qué tonta había sido al dejarse engañar, tenía que haber peleado por él, por lo que era suyo y no darle el divorcio con tanta facilidad. Los últimos trece meses los había pasado entre litigios y abogados, un constante tira y afloja que había llegado a su fin con su contundente amenaza y el trato ofrecido; o firmaba voluntariamente y aceptaba la pensión que le tocaba por ley o presentaría las pruebas que había recopilado y que le arrebatarían hasta la última moneda que pudiese recibir de él.

No, él había pisoteado su amor, la había apartado como si no fuese otra cosa que mercancía deteriorada, pero ya no más, no volvería a pisotearla. No

le perdonaría que la hubiese hecho pasar por tal bochornoso espectáculo a cambio de migajas, no cuando ya no le quedaba ninguna duda de que lo que había averiguado el detective que contrató para vigilarle era verdad; Lachlan era el heredero de esa mujer y a juzgar por el lugar que frecuentaba ahora, tendría una abultada cuenta corriente.

Contempló cómo las hojas forjadas del portal terminaban de cerrarse, procuró permanecer fuera del rango de la cámara de seguridad que enfocaba hacia la entrada de servicio situada a la derecha con un circuito de vídeo llamada y apretó los labios hasta formar una delgada línea de pura amargura.

—Veamos quién ríe ahora el último, Lachlan Burns, veamos quién lo hace.

Echó un último vistazo a la finca y volvió sobre sus pasos, se subió al coche que había dejado en un aparcadero del camino y echó un último vistazo a través del retrovisor.

Tenía que ser cuidadosa, planificar sus movimientos con astucia y descubrir cuál era la mejor forma de acceder a lo que deseaba, de lo contrario podría perder lo poco que había conseguido hasta ahora.

CAPÍTULO 19

El tiempo parecía pasar demasiado despacio cuando tenías algo importante que hacer, pensó Victoria al echar un nuevo vistazo al reloj de la pared de su oficina. Llevaba toda la mañana encerrada entre esas cuatro paredes, una jornada de trabajo más que añadir a la del último e intenso mes. Resultaba extraño que hubiesen pasado ya treinta días desde la lectura del testamento y tan solo unos pocos más desde que le había dado el último adiós a Josefina.

La tarde anterior la había visitado en el cementerio para llevarle unas rosas blancas y, por primera vez desde que se fue, encontró las palabras para despedirse.

No fue consciente de lo mucho que la echaba de menos, de todo lo que había querido decirle y no había podido en vida hasta que las palabras empezaron a brotar de su boca. Con cada frase, con cada deseo y confesión, sentía que se iba quitando un peso de encima hasta encontrarse más ligera de lo que lo había hecho en años.

—Nunca te dije cómo me sentía, cómo me sentía en realidad y ahora sé que debí hacerlo, que yo necesitaba decirlo tanto como tú escucharlo —se había sincerado—. De algún modo ambas decidimos mantenernos detrás de las barreras, mirando sin ser capaz de hacerlas a un lado y enfrentarnos la una a la otra. Me rescataste de más formas de las que puedas imaginar, me diste la oportunidad de hacer algo por mí misma, de probarme y demostrarme que solo tengo que pensar en lo que quiero y luchar para conseguirlo. Me confiaste a nuestra familia, pusiste en mis manos la empresa que levantaste con esfuerzo y te mantuviste a mi lado hasta que fui capaz de arreglármelas sola. Me diste a Xander, sé que lo hiciste para que no estuviese sola y porque él podría comprenderme de un modo que pocas personas lo harían y, de un modo que todavía no acabo de entender del todo, has puesto en mi camino a alguien capaz de ver más allá del muro que he

levantado a mi alrededor.

Acarició en silencio el frío mármol en el que aparecía su nombre y la fecha de su fallecimiento.

—Quería hablarte también sobre el Estigia y su gestión —continuó—. Sé que deseabas que ocupase tu lugar, pero... ese no es mi sitio, esa no soy yo, hay alguien que podría ocupar ese puesto y seguir adelante con tu legado... si es que consigo convencerlo para que lo haga. Él conoce ese lugar como la palma de su mano, es tan parte de su vida como lo ha sido y es de la mía, sé que no hay nadie mejor para encargarse de seguir adelante con el legado que me has dejado.

Vio como el mármol empezaba a mojarse, una gota detrás de otra. Lágrimas, las lágrimas que no había derramado al recibir la noticia de su partida, que no había encontrado durante el funeral y que no había querido verter por la rabia que sentía al sentirse abandonada.

—Yo solo quiero decirte que te quiero, abuela —musitó con voz quebrada—. Gracias por haberme rescatado, por haberme dado un hogar y una vida junto a ti.

Suspiró, cerró la carpeta que todavía tenía abierta sobre la mesa y la puso con el resto. Al fin había terminado con el papeleo que tenía pendiente, las cosas habían quedado bien atadas y solo tendría que preocuparse de supervisar los nuevos proyectos en cuanto salieran a la luz.

Echó un nuevo vistazo al reloj y calculó el tiempo que le llevaría recoger sus cosas y decirle a la señora Miller que se iba y no volvería hasta el lunes. Pensaba cogerse los dos días que quedaban hasta el fin de semana para sí misma ya que si pasaba un segundo más entre números, acabaría subiéndose por las paredes.

Giró la silla, se incorporó sobre los altos tacones y recogió la chaqueta del traje, apenas había tenido tiempo a ponérsela cuando se abrió la puerta.

—Victoria, el señor Cross está aquí.

—Gracias, le esperaba —confirmó cogiendo el bolso—. La dejo al mando, señora Miller, voy a tomarme el resto de la semana libre. La veré el lunes.

—Al fin hace algo sensato —replicó la mujer. Laura Miller no tenía pelos en la lengua y había trabajado antes para su abuela—. Lleva todo el mes encerrada en estas cuatro paredes, menos mal que últimamente ha decidido salir a una hora prudente y no quedarse hasta la noche.

Intentó no mostrar ninguna emoción al respecto y rogó que no se le encendieran las mejillas, Lachlan se había sorprendido también al verla llegar a la mansión a una hora prudente la semana siguiente a pasarse las dos primeras dándole esquinazo.

Se había acostumbrado a llegar y verle en el jardín jugando con el perro o en el despacho de Josie, terminando algo de papeleo propio o leyendo algún libro, compromisos que no dudaba en dejar de lado para pasar tiempo con ella y, según sus propias palabras, *conocerla mejor*.

La primera vez que lo encontró jugando fuera con el perro se le secó la boca y terminó apretando los muslos después de pasarse un buen rato recreándose con la manera en que los vaqueros le ceñían el culo. Era un placer verlo vestido de sport, con una sencilla camiseta negra dejaba a la vista esos fuertes brazos, los mismos que no dudaban en abrazarla siempre que la tenía al alcance.

El perro había sido quién lo había alertado de su presencia, lanzando unos sonoros ladridos mientras avanzaba hacia ella con esa constante cojera.

—Hola Bronco —le había acariciado la cabeza, sorprendida de que el animal no se le lanzase en plancha y le pusiera las patas encima dejándola echa un desastre—. Buen chico.

—Llegas temprano, ¿no?

El tono de su amante había sido entre curioso y divertido, sus ojos no habían perdido el tiempo y se deslizaban sobre ella con abierto descaro.

—Así que esta es la señorita Victoria Queen, presidenta de Empresas Queen —declaró avanzando hacia ella con tranquilidad—. ¿Necesitas las gafas?

Se llevó la mano al rostro por inercia.

—Padezco de vista cansada... —replicó con una mueca. Por lo general no le importaba lo más mínimo lo que pensaba la gente de su apariencia o sus problemas oculares, pero con él sintió la inmediata necesidad de explicarse.

—Te quedan bien, te dan un aire... inteligente.

—También soy inteligente sin gafas.

Sonrió, una sonrisa genuina y se inclinó sobre ella, deteniéndose muy cerca de su rostro.

—¿Puedo o vas a darme una bofetada?

Resopló, lo agarró de la camiseta y tiró de él para comerle la boca. Por suerte, el hombre era rápido de reflejos y pronto se encontró engullida entre

sus brazos y con sus manos en el culo mientras la devoraba a su vez.

—Hola a ti también, Nichte —ronroneó en sus labios.

La excitaba que la llamase así, aunque no se lo diría en la vida, por el contrario, le recordó su nombre.

—Victoria o Tori, si lo prefieres —le dijo soltándole y arreglándole la camiseta—. Ya no podrás volver a decir que huyo de ti.

—Eres toda una caja de sorpresas —admitió él lamiéndose los labios—. Bienvenida, ¿has almorzado?

—Sí, pero no le haría ascos ahora mismo a un té y unos sándwiches —admitió dando un nuevo paso atrás—. ¿Me acompañas?

La pregunta le había sorprendido, pero no dudó en asentir.

—Claro, a Bronco y a mí nos encantará acompañarte.

El reunirse cada tarde se había convertido entonces en un ritual, unas veces estaban solos y otras se les unían los inquilinos de la casa. Parecía que poco a poco todos habían empezado a acostumbrarse a compartir espacio, se atrevería a decir que incluso Xander y él empezaban a mirarse con algo que no fuese mutuo desafío, aunque seguía queriendo ahorcarlos cuando se juntaban los jueves a jugar al póker; noche exclusivamente para hombres.

Cada velada se hacía especial a su manera, no solo disfrutaba con los picantes interludios con Lachlan, sino que había recuperado la cercanía y la antigua complicidad que no se había ni dado cuenta de que había perdido con Xander. Lo que parecía inquebrantable era su decisión sobre la administración del club.

—No, lo haré —le había dicho por enésima vez apenas dos días atrás.

—Pero...

—Llevas el Estigia en las venas, es parte de tu legado familiar, no puedes darle la espalda.

—No pretendo darle la espalda, puedo hacerme cargo de la administración, la contabilidad y tú de poner la cara —le había sugerido—. Yo no sirvo para...

—La respuesta es no.

Si no se sintiese después como una niña pequeña, habría gritado allí mismo, en lugar de eso había aceptado su beso conciliador y lo había visto largarse tarareando. Así que, hoy iba a intentarlo de nuevo y esta vez, no aceptaría un no de Alexander Cross.

Cerró su oficina con llave, se despidió de la secretaria y fue a reunirse con

él.

De espaldas a ella, vestido como siempre de negro con un pantalón y una americana, miraba uno de los cuadros en la recepción del pequeño edificio que servía de sede a toda su empresa. A Josefina siempre le había gustado el arte y se había hecho con algunas obras para decorar el lugar. Su estatura, casi un metro ochenta y complexión, lo convertían en un elegante coloso, llevaba el pelo peinado hacia atrás, más largo por arriba y casi rasurado en la nuca, el suave color castaño era el único tono que rompía la monocromía de su aspecto.

Respiró profundamente y avanzó hacia él sabiendo que el sonido de sus tacones le advertiría de su presencia. Tal y como esperaba se giró hacia ella, sus ojos se deslizaron al momento sobre su cuerpo con educado disimulo y curvó los labios en una perezosa sonrisa que conocía muy bien.

Evitó lamerse los labios e ignoró el cosquilleo en el estómago, debía centrarse en lo que tenía en mente y no en lo que ese hombre seguía provocando en ella.

—¿Ya has terminado por hoy?

—He terminado por el resto de la semana —le informó deteniéndose delante de él, posó la mano sobre su pecho y se irguió de puntillas para besarle en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios—. He decidido tomarme unos días libres.

—¿Tú? ¿Cogiendo vacaciones? —La ironía era palpable en su voz—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi señorita Queen?

—Tu señorita Queen necesita un respiro —admitió cogiéndose de su brazo—. Ahora que todo está solucionado y que no hay ningún fleco legal de la empresa suelto, puedo empezar a prestar atención a otras cosas.

—Te dije que me ocuparía de las cosas si querías tomarte unos días de descanso.

Negó con la cabeza.

—Esto necesitaba hacerlo yo —aceptó con suavidad y añadió—. Ayer fui a ver a la abuela.

No le pasó por alto la sorpresa de él, pues se tensó y la miró como si le hubiese salido una segunda cabeza. La palabra «abuela» era de por sí toda una novedad para Xander, lo sabía muy bien.

—Necesitaba hablar con ella, decirle... gracias, entre otras cosas —admitió inclinándose contra él, un gesto instintivo que la calmaba y le daba

fuerzas—. Sé que no sirve de mucho ahora, pero... necesitaba hacerlo.

—Te quería, lo sabes, ¿verdad? —Su pregunta no la sorprendió. Se la había hecho ya alguna que otra vez cuando tenía dudas—. Siempre fuiste lo primero para ella.

—Sí, sé que me quería y también que no era muy dada a expresarlo —admitió—. Me hubiese gustado que lo hiciera, que me abrazase más a menudo, que me lo demostrase, pero al menos te he tenido a ti...

—Y me sigues teniendo, Tori —aclaró, le retiró el brazo solo para rodearle la cintura y atraerla hacia él—. Aunque últimamente no haces otra cosa que sacarme de quicio, seguiré estando aquí para ti.

Cogió aire y lo dejó escapar con lentitud, entonces lo miró, ladeó la cabeza y se mordió el labio.

—No es mi intención sacarte de quicio.

—No me digas.

—No te burles.

—¿Me estoy burlando?

Sacudió la cabeza y suspiró.

—Creo que nunca te he dado las gracias por todo lo que has hecho por mí.

—Nada de lo que he hecho ha sido esperando un agradecimiento por tu parte, lo hice porque así lo he querido. Siempre. Sin excepciones.

—No quiero perderte, pero tampoco tengo derecho a pedir que te quedes conmigo sobre todo ahora que Josefina no está y él...

—¿Él?

Se lamió los labios y resopló.

—Vas a obligarme a decirlo, ¿no?

—Claro que sí —aseguró sin más—, quiero oírlo y tú también debes escucharlo de tus propios labios.

—Lachlan.

—Sí, mi medio hermano —repitió él poniendo en palabras el parentesco que los unía—. Has encontrado a alguien que te complementa y que sabe mirar dentro de ti. Josefina estaba convencida de que así sería, yo por otro lado...

Y esa fue toda una revelación.

—¿Josefina estaba qué?

Ahora fue él quien suspiró.

—¿Ese cabezota te ha contado cómo conoció a tu abuela? ¿Cómo terminó en el Estigia?

—Sí, también me dijo que... os reencontrasteis en ese momento.

Pareció que no iba a responderle, entonces resopló y asintió.

—Josie siempre tuvo un sexto sentido para algunas cosas, era de esas personas que creía en el destino, en que lo que tenía que pasar ocurriría antes o después y estaba convencida de que mi hermano recapacitaría algún día y vería que su vida no había sido muy distinta de la mía.

—¿Qué pasó? ¿Cómo fue que él y tú...?

—Nuestro padre era un auténtico imbécil, ¿qué puedo decir? —Se encogió de hombros—. Mi madre y yo no fuimos suficiente o eso supuse hasta que conocía a la madre de Lachlan. Ella es de esas personas que no olvidas en la vida, supongo que eso es lo que le pasó a él... Conoció a una mujer atractiva, inteligente, mundana y se enamoró. Su error fue ocultarlo, querer conservar algo que ya no le llenaba y aferrarse a algo nuevo, algo que... supongo le hacía sentir algo más.

—¿No se divorció?

Negó con la cabeza.

—Mantuvo dos vidas separadas, dos matrimonios, uno legal y otro de humo, tuvo un hijo con cada una de sus esposas, posiblemente habría podido seguir con ese engaño tanto tiempo como quisiera de no ser por mi madre —resumió. Sabía que ella había muerto cuando él tenía tan solo doce años, que su padre se había encargado de su educación hasta que llegó a la universidad y que fue entonces cuando su vida cambió—. Cuando ella enfermó y falleció, no le quedó más remedio que elegir, yo estaba solo, no tenía a nadie más y se quedó conmigo.

Dejó escapar un profundo suspiro.

—Si tan solo le hubiese dicho a su otra familia lo que ocurría, si hubiese sido sincero por una vez en su vida, pero no, siguió mintiendo hasta el mismo día de su muerte —declaró con un cansado suspiro, había un tono de reproche en su voz—. Fue en la última recta de su enfermedad que decidió sincerarse para poder irse con la conciencia tranquila, me habló de su otra esposa, de su hijo pequeño, me dijo que yo tenía un medio hermano y que debía buscarle... y me entregó una carta para ella.

—¿Qué edad tenías cuando...?

—Hacía unos meses que había cumplido los veinticinco, estaba en la

universidad cuando me dieron la noticia de su muerte y, cuando volví a casa y lo enterré, lo hice sabiendo que tendría que buscarles y entregar esa dichosa carta —añadió e hizo una mueca—. Conocí a mi medio hermano, conocí a la otra esposa de mi padre y los dejé sin una sola palabra después de entregarles la carta. No volví a ver al maldito escocés hasta ese día en el club... y sobra decir que el encuentro no fue precisamente fraternal.

Chasqueó la lengua y se pasó una mano por el pelo, desordenándolo.

—Tu abuela estuvo muy misteriosa esa noche, incluso después de... que llegásemos a las manos y tuvieran que separarnos.

—Espera, ¿os peleasteis? ¿Esa es la pelea a la que siempre hacía mención Josie?

Su abuela solía fastidiar a Xander mencionando cierto evento del pasado acontecido en el club, diciéndole que si volvía a sangrar o hacer sangrar a alguien sobre el suelo del Estigia, le pegaría una patada en el culo.

—Lachlan tenía un código en ese momento, pega primero y pregunta después y yo estaba lo bastante cabreado con él también como para hacer lo mismo... —respondió desechando casi al momento sus palabras con un gesto de la mano—. Ninguno de los dos terminamos bien esa noche...

—¿Y dices que la abuela estaba misteriosa esa noche?

—Cuando vino al piso de arriba, traía consigo una bolsa de hielo, me la dejó caer sobre la cara y me dijo que si eso era lo que dos hermanos podían hacer entre ellos al conocerse, no podía esperar a ver lo que serían capaces de hacer por la mujer de la que ambos se enamorasen... —Sacudió la cabeza y la miró—. Josie siempre fue alguien particular, parecía saber algunas cosas antes incluso de que sucedieran... Supo que tu padre se estaba muriendo incluso antes de que él la llamase, nunca vi llorar a esa mujer cómo el día en que recibió su llamada y en el que se dio cuenta de que no podría rescatarte de las garras de la lunática de tu madre hasta que hicieses la mayoría de edad.

—Lo sabía, siempre supo lo que ella... quería de mí —musitó en voz baja.

—Te habríamos sacado de esa casa en el momento en que sospechásemos que estabas en peligro, que ella te hiciese daño, si no me dejó hacerlo antes de tu cumpleaños fue... para que no te hiciese daño al pensar que te quería para ella.

Asintió y no pudo evitar sentir el pecho más liviano ante esa inesperada confesión.

—La primera directriz de Josefina era protegerte, siempre, de todo y lo ha llevado hasta sus últimas consecuencias —admitió con una sarcástica sonrisa—. Te ha dejado en las manos de las personas que sabía podían hacerlo y se ha asegurado de que todas las piezas de ajedrez estuviesen bien dispuestas para proteger a la reina.

Se llevó las manos a los bolsillos y la miró a los ojos.

—Lachlan puede ser un completo gilipollas algunas veces, odiar mis intestinos por el simple hecho de que compartamos la misma sangre, pero a ti te quiere, Tori —aceptó con total sinceridad—. Probablemente más de lo que piensa. Y a ti su presencia te hace bien, solo tengo que mirarte ahora y ver cómo sonríes para saber que él ha conseguido esto.

—Tú también has conseguido que sonría, Xander, conseguiste lo que nadie había conseguido en mucho tiempo, hiciste que quisiera volver a vivir —admitió con toda la sinceridad de la que era capaz—. No soy buena con las relaciones, no tengo mucha gente que me... quiera, que me conozca en realidad y no quiero perder a nadie que lo haga. Dices que le necesito, pero la verdad es que también te necesito a ti, nunca voy a dejar de necesitarte.

CAPÍTULO 20

Xander no estaba seguro de que aquella niña que habían dejado en su regazo fuese a sobrevivir en un mundo como el suyo, Josefina le había entregado a su nieta para que la *cuidase* y le diese *lo que nunca antes le habían dado*. Había conocido a esa mujer a través de las prácticas de la universidad, recordaba haberla visto en la empresa en la que había entrado como becario, solía venir a hablar con su jefe y le pedía café.

«Tráeme un café, muchacho».

«No soy el chico de los recados, señora».

A su jefe casi le había dado una apoplejía, pero ella lo había mirado a los ojos, había sonreído y asentido con firmeza.

«En ese caso, espero que sí estés dispuesto a ser mi asistente en cuanto termines tu formación».

Esa mujer era así, llegaba y volvía tu vida del revés hasta el punto de que, cuando querías darte cuenta, te encontrabas con que sus palabras se habían hecho realidad.

Había aprendido a apreciar a Josefina Queen, se había ganado su respecto y su cariño, pero fue cuando la vio llorar y le aseguró que haría hasta lo imposible para rescatar a su nieta, que esa mujer se ganó su lealtad absoluta.

Nunca supo lo que le caería encima al recibir a una silenciosa Victoria, una chica de dieciocho años recién cumplidos, reservada y en cuyos ojos habitaba una infinita soledad. Él acababa de cumplir los veintiocho, tenía estudios, conocimientos, experiencia y un bagaje emocional que no quería compartir, pero ella terminó metiéndose bajo su piel. Hacerla emerger de su cascarón se convirtió en su primera prioridad, la empujó cada vez que se enfadaba, la obligó a superarse a sí misma en los estudios, la inició en el sexo e hizo suya la tarea de llevarla de la mano por un camino que tenía muy claro era el suyo.

El tema del testamento fue algo que no vio venir, como tampoco la presencia de su medio hermano en él, su relación con Lachlan era más que mala, un auténtico desastre y de repente allí estaba, metido en el medio de aquella locura arrastrando a Tori de vuelta a la vida que parecía dispuesta a abandonar.

El escocés era bueno para ella, sabía que era cuestión de tiempo que el mentecato cállese redondo a sus pies, como parecía estar cayendo Victoria a los de él. No dejaba de ser curioso que ambos pareciesen estar rondándose el uno al otro y que Victoria, quién ni siquiera parecía sospechar lo enamorada que estaba del nuevo inquilino de la casa, le dijese ahora que no quería perderle.

Esos dos iban a acabar con él, cada uno a su modo y lo peor de todo es que estaba dispuesto a dejarse castigar si con eso conseguía dejar atrás toda la mierda que los tres venían arrastrando.

«¿Vas a dejarla ir sin luchar siquiera?».

Lachlan le había hecho esa pregunta tras una de las palizas que le había dado en el póker. Se había acercado a él cuando fumaba en el balcón del salón y se había apoyado en la barandilla sin mirarle siquiera.

—Si con ello consigo que sonría como lo ha estado haciendo esta última semana, sí —le había respondido tras una calada—. Esa muñequita está hambrienta de afecto, muy hambrienta, pero teme extender la mano y tocar algo que quiere por miedo a ser rechazada. El que haya dado el paso y se haya aferrado a la tuya es señal de que empieza a emerger de ese capullo en el que ha estado protegiéndose.

—No creo que vaya a decir esto, pero... no deberías mantenerte al margen —declaró apoyándose de espaldas en la barandilla—. Si te alejas ahora, perderá a la única persona que ha permanecido a su lado durante todo este tiempo, que la ha sostenido cuando todo se desmoronaba a su alrededor, ¿serías capaz de abandonarla ahora? ¿De dejarla ir a la deriva de esa manera?

—¿Acaso estás pensando en renunciar a ella?

—No. —Fue tajante en su respuesta.

—Bien, en ese caso, no estará sola, te tendrá a ti.

—Y a ti, si decides sacar la cabeza del culo y cuidarla como has estado haciendo hasta ahora —replicó mirándolo de soslayo con gesto serio—. Nichte no es una mujer a la que se pueda enjaular, ha descubierto dónde se encuentra su libertad y ya es hora de que la señorita Victoria Queen la encuentre

también. No te alejes de ella, no hay nada peor que desear a una mujer y pensar que no puedes tenerla... lo sé, acabo de estar justo ahí. Ella no es como las demás, así que si la deseas y ella corresponde a ese deseo, no la dejes escapar.

—Amamos a una misma mujer, ¿te das cuenta de ello? ¿Entiendes a dónde va a conducirnos eso?

Dejó escapar un profundo suspiro y lo miró.

—Al mismísimo infierno, Alexander, eso nos va a conducir al mismísimo infierno —declaró, entonces suspiró—. Pero prefiero quemarme y aprender a aguantarte, en favor de ella, que pasar el resto de mi vida preguntándome por qué la dejé escapar.

—Nuestro padre...

—Ni lo intentes, no quiero escuchar...

—Él os quería, Lachlan —se negó a ser callado—. Te quería por encima de todo, tanto que me pidió que te buscase y me asegurase de que fueses feliz.

Su mirada se clavó en la suya, la rabia estaba presente en sus ojos como tantas otras veces, pero ahora veía que esta no iba dirigida a él, ni siquiera al padre de ambos, iba dirigida contra sí mismo.

—Así que procura no ponerme las cosas difíciles, hermanito, porque mi paciencia contigo se está agotando —lo avisó—. Y créeme, con una sola persona que me joda al día, tengo más que suficiente.

—Supongo que eso lo dices por Victoria.

—¿Tú crees?

La sonrisa que curvó los labios del escocés en ese momento era como una promesa de intentarlo, una que los llevaría a ambos a un nuevo punto con el que poder trabajar.

«Prefiero quemarme y aprender a aguantarte, en favor de ella, que pasar el resto de mi vida preguntándome por qué la dejé escapar».

Las palabras de su hermano le resonaban en los oídos mientras veía a Victoria ahí, delante de él, rogándole sin palabras. Cerró los ojos, apretó los dientes y dejó escapar el aire, cuando volvió a abrirlos se encontró con esas dos esmeraldas mirándole preocupadas.

—Eres una polvorilla que me ha vuelto loco desde el momento en que te pusieron delante de mí —admitió con total sinceridad—, ¿cómo no te iba a querer? ¿Cómo voy a renunciar a ti si eres parte de mí?

Su rostro se iluminó y sus ojos se volvieron tan brillantes como su sonrisa.

—Me quedaré junto a ti tanto tiempo como desees que lo esté, Tori — aceptó sin andarse con rodeos—, pero esto ya no será un juego y tampoco será fácil, mi niña, ¿eres consciente de ello?

Se lamió los labios y asintió.

—Sé que no lo será, ya me lo han advertido, pero... —Se mordió el labio inferior—. Soy parte del Estigia, he bebido de sus aguas y no concibo mi vida de otra forma. Esto es lo que soy —extendió los brazos señalándose a sí misma—. Eficiente empresaria de día... y Lady Nichte de noche, si eres capaz de ver a una sola mujer detrás de la máscara, no pediré nada más.

Sonrió de soslayo y le acarició el rostro con los nudillos.

—Puedo, Tori, solo existe una mujer detrás del antifaz para mí —admitió acariciándole los labios con un roce del pulgar—, y es la que tengo aquí, la única a la que quiero y deseo.

Deslizó la mano hacia atrás, enterrando los dedos en su pelo y tirándole de la cabeza, descendió sobre su boca para morderle los labios e incursionar en su interior en un húmedo y caliente beso.

—Te necesito ahora —le susurró al oído y resbaló la mano hacia su falta, levantándosela y deslizando la mano debajo de ella para incursionar entre sus piernas—. Y veo que tú también...

—Xander estamos en plena calle —gimió arrancándose de sus brazos, toda sonrojada y con los labios hinchados. Se apresuró a arreglarse la ropa, miró a su alrededor y se recompuso enseguida—. Compórtese, señor Cross.

Sonrió para sí, se arregló también la chaqueta y le tendió el brazo.

—Solo hasta después de la comida, señorita Queen, en el postre... serás toda mía.

CAPÍTULO 21

—Vaya, vaya, la señorita Queen, no es tan intachable.

Cora sonrió al ver cómo la heredera de las Empresas Queen se colgaba del cuello de su administrador y le comía la boca sin reparos. A juzgar por la complicidad que parecía haber entre ellos no era la primera vez que se tomaban tantas libertades.

¿Quién iba a decirlo? La perfecta e intachable Victoria Queen, una de las empresarias más jóvenes del gremio, según le había dicho el detective privado al que había contratado, no era ni tan perfecta ni tan virtuosa cómo se decía. La mujer no solo se estaba follando a su marido, cómo había podido comprobar por sí misma en una de las operaciones de vigilancia que había hecho el detective en las inmediaciones de la casa, sino que también se beneficiaba al que había sido el apoderado de su abuela, Alexander Cross.

Sí, estaba al tanto de lo que Lachlan hacía en su día a día, desde que salía de la mansión victoriana en la que ahora se alojaba hasta que volvía, internándose en la extensa propiedad tras atravesar en coche la puerta de forja.

Los informes del detective le habían confirmado que su traslado a aquel lugar tenía que ver con la herencia de la fallecida Josefina Queen, posiblemente con alguna cláusula de obligado cumplimiento que le permitiese heredar la parte correspondiente de la fortuna de la acaudalada mujer. Si bien no había constancia del contenido exacto del testamento, todo apuntaba a eso.

Y él había aprovechado también la coyuntura para follarse, incluso a plena luz del día en el jodido jardín, a la nieta de la mujer. Las fotos que le habían presentado como prueba no dejaban lugar a la imaginación, era la misma puta que se dejaba magrear por otro hombre en plena calle.

Entrecerró los ojos y dudó unos momentos en si abordar a la pareja o

esperar a encontrar a la mujer a solas, en el bolsillo de la chaqueta llevaba el sobre con la nota que había preparado para Lachlan.

Después de que la hubiese echado con cajas destempladas de la clínica y la amenazase con poner una denuncia por acoso si no lo dejaba en paz, no había vuelto a encontrar la manera de hablar con él.

—Tú y yo ya no tenemos nada de lo que hablar, Cora, ya no somos nada—le había gritado a la cara, conteniéndose para no levantarle la mano. Estaba segura de que quería descargar su ira sobre ella y maltratarla como lo había hecho durante su matrimonio—. Estamos divorciados, si tienes algo que decir, díselo a mi abogado, pero no esperes recibir un solo centavo más, porque no te lo daré. Y deja ya de acosarme o por dios que te denunciaré a la policía por acoso.

Quería quedarse con todo, quería dejarla en la calle cuando lo que tendría que hacer era compensarla por todo el daño que le había hecho, por los años que le había robado y la infelicidad que le había provocado.

Se ciñó el bolso y esperó unos momentos más para ver qué hacía a continuación la pareja, quienes optaron por irse caminando. Volvió a acariciar la carta que tenía en el bolsillo y decidió seguir adelante con su decisión. Si Lachlan se negaba a escucharla, tendría que recurrir a otras fuentes y esa perra adinerada podía muy bien ser la respuesta.

Si su marido quería librarse de ella de una vez y por todas, tendría que darle la fortuna que había heredado y ya vería si era suficiente para empezar...

CAPÍTULO 22

—Parece que haya pasado una eternidad y no solo unas semanas desde la última vez que estuve aquí.

Victoria se quedó parada en medio de la sala de su apartamento, una vivienda modesta que había sido su hogar los últimos cinco años. Este era su santuario, un lugar en el que solo había dejado entrar a una persona; la misma que permanecía en silencio a su lado.

Xander le había ayudado a buscar este alojamiento después de que Josefina le hubiese sugerido que ya era hora de dar un nuevo paso e independizarse por completo.

—Cuando Josie me dijo que era hora de abandonar el nido, se me cayó el mundo encima, no quería irme, a pesar de todo quería quedarme con ella.

—Lo sé —aceptó posando ambas manos sobre sus hombros—. El día en que te mudaste se encerró en el despacho y no salió hasta la mañana siguiente.

Se giró para mirarle.

—Tenía los ojos rojos, aunque jamás admitiría que había estado llorando por tu partida —le informó apartándole el pelo de la cara—. Me preguntó si estabas bien y le dije que sí.

Y lo había estado, pero solo porque él había pasado esa primera noche con ella en el nuevo piso. Pizza, cervezas y sexo, una inauguración por todo lo alto.

—Ella sabía lo nuestro, ¿verdad?

—Amenazó con castrarme si te hacía llorar una sola vez —aseguró con absoluta rotundidad—. Y hablaba es serio.

No pudo evitarlo, se echó a reír.

—Sí, esa era la abuela.

—Era una mujer extraordinaria y tú te le pareces.

—¿En lo ocurrente y maquiavélica?

—Sí —asintió rotundo—. En eso también.

Volvió a reír y tuvo que limpiarse las lágrimas con los dedos.

—No esperaba volver tan pronto, no después de todo lo que pasó —comentó mirando a su alrededor—. Es... es cómo si no hubiese pasado el tiempo, cómo si todo lo ocurrido no haya sido otra cosa que un sueño y volviésemos a estar de inauguración.

Sacudió la cabeza y se giró de nuevo hacia él.

—Solo que esta vez sin pizza y cervezas.

—No fue lo único de lo que disfrutamos aquella noche —le recordó y remarcó sus palabras deslizándose la mirada sobre ella—. Si mal no recuerdo inauguramos el sofá y también la cama...

—¿Lo hicimos?

—Y tú llevabas menos ropa...

—¿En serio? —coqueteó. Con él siempre había sido sencillo y divertido, sin tener que recurrir a subterfugios o complicadas citas—. Veamos, creo que podemos deshacernos de esto para empezar —se quitó la chaqueta del traje—. Y también de esto —lanzó los zapatos a un lado perdiendo unos centímetros de altura—. ¿Qué tal?

—Tshh —chasqueó mirándola de arriba abajo—. Creo que puedes hacerlo mejor.

Él no se lo pensó dos veces, se quitó la americana, que dejó pulcramente doblada sobre el sofá, la camiseta y los zapatos.

—Um... creo que me gusta este juego —se rió y desabotonó la blusa, quitándosela bajo la atenta y caliente mirada de Xander para lanzarla a un lado y seguir con la cremallera de la falda—. Esperemos que no se atasque la cremallera...

—A la mierda la cremallera —gruñó atrayéndola hacia él, enganchó los dedos en la tela y tiró de ella hacia abajo para quitársela—. Deja de jugar, Tori, ya hemos comido y estoy como loco por el postre.

La rodeó con los brazos, agarrándole las nalgas para acercarlo a él y a su duro sexo y le comió la boca.

—Si quieres jugar, jugaremos —le advirtió pegado a su boca. Sus manos cambiaron de dirección y acabaron en su espalda, soltando los enganches del sujetador para arrancarle luego la prenda—, pero atente a las consecuencias.

No se podía decir que no la hubiese avisado. Apenas tuvo tiempo de

escuchar sus palabras cuando se encontró con la espalda apoyada en la pared y la boca de ese hombre sexy y hambriento comiéndole los pechos.

Se aferró a él, clavándole los dedos en los hombros para sostenerse, echó la cabeza hacia atrás y jadeó. La asaltó, succionándola con hambre, rozando en ocasiones el pico de dolor para reemplazarlo con una tierna caricia que la mantenía en una continua montaña rusa de placer. Las intensas caricias conectaban sus sensibilizados pezones con el húmedo y anhelante núcleo entre sus piernas. Se sentía hinchada, mojada, con ese sordo palpitar pulsando en su mismísimo centro reclamando atención.

Se lamió los labios y bajó la cabeza para ver la suya entre sus pechos, lamiéndola y mordisqueándola a placer, la imagen resultaba tan erótica que se excitó aún más.

—Llevas demasiada ropa, Xander.

Esos ojos marrones se elevaron de entre sus pechos, le guiñó el ojo y le mordió a propósito el pezón antes de dejarla ir.

—Eso tiene fácil arreglo, nena.

Dio un paso atrás y se desabotonó el pantalón, entonces siguió con la cremallera y tiró de la tela hacia abajo dejándose puestos por el momento la ceñida ropa interior que apenas podía contener su erección.

—¿Mejor? —preguntó volviendo a capturarla entre sus brazos, impidiéndole abandonar su posición contra la pared. Descendió sobre su boca, notó su aliento, vio cómo se lamía los labios y deseó que dejase de tentarla y la besase de nuevo.

—Un poquito —musitó deslizando las manos sobre su ancho pecho, jugando con el crespo vello entre los dedos y resiguiendo el espolvoreado camino que se perdía bajo la cinturilla de los slips. Bajo sus dedos encontró únicamente músculo y piel suave, una combinación que la hizo ronronear de placer—. Será perfecto cuando esto también desaparezca...

Se rió, una carcajada genuina que reverberó en su cuerpo.

—Espacio, gatita, espacio.

Antes de que pudiese replicar, bajó sobre su boca y la acalló con un hambriento beso. Respondió al asalto pegándose a él, salió al encuentro de su lengua y se derritió una vez más ante su sabor. Le encantaba ese toque a chocolate negro y menta que siempre parecía envolverle.

—Echaba de menos tu boca —ronroneó deslizando la suya por su mejilla, hasta su oído—, la manera en que se te endurecen los pezones cuando los

succiono —continuó con sus caricias—, la suavidad de tu piel —le mordisqueó el cuello—, pero si hay algo que ardo en deseos de saborear es ese dulce y caliente...

—Lo tengo, lo tengo —jadeó, estremeciéndose ante sus palabras—. Deja de decir lo que quieres hacer y hazlo.

Sonrió contra su piel y continuó sembrando besos y lametones sobre sus costillas, recorriendo su ombligo con la lengua para terminar enganchando la cinturilla del tanga. Levantó la cabeza y la miró, encontrándose con sus ojos una vez más.

—Hablando de exceso de ropa —le guiñó el ojo y tiró de ese pedazo de tela arrancándoselo y bajándolo por sus piernas—. Y quizá algo más.

La manera en que la tocaba y le hablaba la enardecía, todo en lo que podía pensar era en tener esa boca sobre ella una vez más. Levantó los pies, primero uno y luego el otro, dejó que la librase de la última prenda y rió al verle lanzarla por encima del hombro con gesto satisfecho.

—Sujétate, nena, ahora empieza lo bueno.

Deslizó las manos por la parte de atrás de sus muslos y la obligó a separarlos, se arrodilló entre ellos y le colocó una pierna por encima del hombro, en una divertida posición digna de un artista de circo.

—Creo que voy a disfrutar un montón con el postre.

Un segundo después su boca cayó sobre su hinchado sexo y la succionó cómo si fuese una dulce y jugosa fruta madura. Jadeó en busca de aire, llegados a este punto suponía que era lo único que sería capaz de hacer sin morir en el intento.

Se pegó a la pared, apoyando las palmas sobre esta para mantener el equilibrio. Se sentía arder, cada caricia, cada pequeño movimiento incrementaba la sensación de su lengua y la dejaba temblorosa y dispuesta a todo lo que él quisiera hacerle.

Jadeó, gimió, era todo lo que podía hacer, eso y murmurar cosas sin sentido mientras sus propias caderas se movían en un intento de obtener más de él. Deseaba más, se encontró deseando que la llenase, quería arrancarle el slip ella misma y obligarle a enterrarse entre sus piernas.

Le escuchó reír, pero tardó un poco más en comprender sus palabras.

—Siempre tan impaciente, pero no me importa complacerte cuando eso también me beneficia a mí.

La soltó con suavidad, comprobando que era capaz de sostenerse por sí

misma antes de encargarse de la tela elástica que a duras penas encerraba la dura y erecta erección. Volvió a ella sin perder un segundo, la besó en profundidad, frotándose contra ella, dejándole claro su palpable deseo.

—Me vuelves loco de deseo.

—Bien, tú también a mí, así que estamos a mano.

Con un rápido movimiento la alzó en sus brazos, apoyándole la espalda de nuevo contra la lisa pared mientras la penetraba hundiéndose profundamente en su interior sin vacilación o suavidad. No le importó, estaba tan excitada que deseaba eso, deseaba esa fuerza, ese frenesí.

—Dios, sí —echó la cabeza hacia atrás con un jadeo de placer—. No pares, sigue...

—Tus deseos son órdenes para mí, princesa.

Sintió como se retiraba solo para volver a penetrarla con el mismo ímpetu, imponiendo un ritmo frenético que golpeaba cada una de sus terminaciones nerviosas. Se abrazó a él, le clavó las uñas en los hombros, en la espalda y lo ciñó con las caderas, envolviéndose alrededor de la cintura acompañándose a sus movimientos.

Jadeó su nombre, se dejó ir por completo disfrutando de aquello que le daba libremente, de lo que ella quería, vació su mente y se entregó a la lujuria del momento.

Esto era lo que era, lo que no quería dejar de ser, la mujer que se escondía detrás de una máscara.

CAPÍTULO 23

—Di lo que tengas que decir y deja de revolverte o caerás del sofá.

Victoria dejó escapar un resoplido, si había alguien que la conocía como

la palma de su mano era ese hombre. No solo conocía su cuerpo y sabía cómo arrancar los mejores acordes, también conocía su mente y, de alguna manera, estaba segura de que también su corazón.

Tumbada cuan larga era sobre el duro cuerpo masculino, se encontró trazando círculos alrededor de la aureola del oscuro pezón, revolviéndose incómoda ante la necesidad de retomar una conversación que sabía no terminaría bien.

El viejo sofá era uno de sus rincones favoritos de la vivienda, lo suficiente grande para dar cabida a los dos y disfrutar de un rápido interludio, el mismo que la había hecho correrse por tercera vez esa tarde.

—Tenemos que hablar del Estigia...

—Tori, no voy a cambiar de opinión.

—Pero es necesario que lo hagas. —Se incorporó, deslizó las piernas hacia el suelo y se sentó de costado—. No puedo ejercer de dueña y señora, no quiero hacerlo, quiero disfrutar de ese lugar del mismo modo en que lo he estado haciendo hasta ahora, con el anonimato que me ha permitido encontrarme a mí misma.

—Josefine te confió la administración del Estigia, ¿vas a rechazarla?

Negó con la cabeza.

—No, no la rechazaré, pero sí que impondré algunos cambios.

Sus palabras hicieron que se incorporase de golpe, sentándose a su vez.

—¿Qué has dicho?

Posó las manos sobre su pecho y se subió encima, montándole a ahorcajadas, tentándole con su cuerpo desnudo.

—En cuanto termine el periodo estipulado por el testamento, Lachlan me venderá su parte de la mansión y yo le venderé la mía del edificio para el refugio —le informó resbalando las manos sobre sus hombros—. Eso me hará dueña con pleno derecho sobre cualquier parte de la casa, lo que incluye el Estigia.

Él entrecerró los ojos, sí, la conocía muy bien.

—Una vez esté todo legalmente escriturado reformaré el local y eso incluye también el sistema de administración y admisión —le informó—. Me he dado cuenta ahora que he vuelto a entrar aquí, que está ya no es mi casa. Es extraño, porque no he conocido otra cosa hasta ahora, pero la mansión... me atrae. No quiero volver a encontrarme sola dentro de cuatro paredes, me he acostumbrado al ruido y la compañía, incluso a ese perro que ha traído

consigo Lachlan...

—Y al *escocés* —le recordó ciñéndole la cintura.

—¿Tengo que responder?

—No hace falta —se rió—. Solo hay que ver cómo se te mojan las bragas cada vez que anda cerca.

—También se me mojan contigo.

—Buena chica.

Se rió entre dientes y sacudió la cabeza.

—Quiero que cada uno de los habitantes de la mansión tengan una parte del club y se hagan cargo de él —declaró con absoluta seriedad—. Así pues, como socios igualitarios, cubriríamos la administración, las relaciones públicas, el mantenimiento, el casino y el puesto de anfitrión.

—El sexo te ha reblandecido el cerebro —le soltó con un resoplido.

—Dime que no va a funcionar, vamos, atrévete —le clavó un dedo en el pecho—. Josefina y tú no me habéis enseñando todo este tiempo cómo gestionar una empresa para nada, sabes que puede hacerse, solo hay que ponerlo en marcha...

Dejó escapar un suspiro y le cogió el dedo entre los suyos.

—No es descabellado, pero para que resulte tendrías que contar con la voluntaria participación de los lores —le recordó—. Y no tienes la seguridad de que todo se de cómo tú esperas.

—Primero diseñas el proyecto y luego buscas la manera de llevarlo a cabo, ¿no es eso lo que me dices siempre? —repuso con rotundidad—. Pues es lo que estoy haciendo, lo he diseñado y ahora te lo expongo para que me des tu opinión y me eches una mano para sacarlo adelante. Sé que quieres el Estigia tanto como yo, que Bass y Rohan también tienen intereses allí y Lachlan, bueno, él tiene motivos que lo atan a ese lugar...

—Tendrás que obtener la confirmación de cada uno de ellos, solo entonces aceptaré esta... propuesta tuya.

—¿De verdad?

—Pero si no aceptan, tú te harás cargo del puesto de anfitrión del Estigia —la atajó, posando un dedo sobre sus labios—. Y no aceptaré un no. ¿Entendido?

Aquello era mejor que el rotundo no que llevaba diciéndole desde el momento en que le pidió que aceptase la administración del club.

—Sí, entendido, milord —confirmó envolviéndole el cuello con los

brazos y acariciándole los labios con su aliento—. Un trato es un trato.

—Tienes más peligro que el perro Cerbero que custodia la entrada al Inframundo —gruñó en su boca—, y más poder sobre todo nosotros que la mismísima reina del Hades.

—¿Qué puedo decir, lord Cronos? La noche es mi territorio.

Con eso reclamó su boca y resbaló la mano entre sus cuerpos hasta encontrar su dura erección y conducirla a casa.

—Mi diosa, mi señora... —gimió él a medida que bajaba sobre él, aprisionándolo en el calor de su propio sexo—, y mi tormento.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y jadeó de placer, por el momento podía dejar de pensar en el club y concentrarse en el hombre que la hacía arder en llamas.

Ya anocheecía cuando esa mujer volvió a aparecer por la puerta del edificio de viviendas, Cora esperó unos instantes para ver si la seguía el hombre con el que había entrado, no le cabía duda que había tenido una buena sesión de sexo, lo que se esperaba de una zorrilla que se atrevía a meterse en los pantalones de hombres que no le pertenecían.

Tiró al suelo el cigarrillo que se había estado fumando y lo apagó con la puntera del zapato antes de cruzar la calle.

—¿Victoria Queen?

La aludida levantó la cabeza del bolso en el que parecía estar buscando algo y la miró con gesto sorprendido.

—¿La conozco?

—Soy Cora Nancy Burns —se presentó, pero no se molestó ni en tenderle la mano. No iba a fingir, todo lo que quería era que esa fulana transmitiese un mensaje.

—Disculpe, pero no...

—Se está tirando a mi marido, querida —fue directa al grano—, Lachlan Burns.

La comprensión cruzó por la cara de la mujer, pero no se inmutó.

—Veo que ya sabe de quién le hablo —asintió satisfecha— Bien, necesito que le entregue un mensaje, puesto que él se niega a atender a mis requerimientos.

Dicho eso sacó un sobrecito de su propio bolso y se lo tendió.

—Entrégueselo y dígale que espero una pronta respuesta.

Ella se quedó mirando el sobre durante unos segundos, entonces la miró.

—Si tiene algo que hablar con su *ex marido*, señora, le sugiero que lo haga usted misma —replicó altiva, levantó la barbilla y la miró como si no fuese otra cosa que una mota de polvo en su camino.

—Lo haré tan pronto él sepa lo que hay en esa carta —insistió y no se pensó dos veces introducir el sobre en el bolsillo de la chaqueta de la mujer—. Asegúrese de que recibe el mensaje.

Con eso giró sobre sus altos tacones y se marchó sin mirar atrás. Ahora la pelota estaba en el tejado de Lachlan, tendría que esperar a ver cuál era su reacción.

Victoria se quedó mirando a la mujer que la había interceptado, sacó el sobre del bolsillo y lo miró como si fuese una serpiente a punto de atacar.

—¿Tori? —Escuchó la voz de su amante, se había quedado atrás para comprobar que el piso quedaba bien cerrado—. ¿Ha pasado algo?

—No estoy muy segura —respondió—. Ha dicho que era la esposa de Lachlan.

Su amante frunció el ceño.

—¿Cora?

—¿La conoces?

—Es la perra de su ex mujer —replicó entrecerrando los ojos—. Llevan divorciados algo más de un año y más aún separados... Esa mujer es una perra.

—Lo sé.

—¿Y qué demonios quería? ¿La conocías?

Sacudió la cabeza.

—No, es la primera vez que la veo, quería que le entregase una carta a su ex marido, parece que tiene problemas para que le coja el teléfono.

—Teniendo en cuenta todo lo que le ha hecho, no me sorprende.

Se giró hacia él y enarcó una ceja.

—¿Hay algo que no sepas de la gente de la que te rodeas?

—No —admitió satisfecho.

Sacudió la cabeza, enlazó su brazo en el suyo y suspiró.

—Vámonos a casa.

—Como deseas, milady.

CAPÍTULO 24

Había días en los que era preferible no salir de la cama y para Lachlan hoy había sido uno de esos. Desde el encontronazo que había tenido con uno de los auxiliares de la clínica, pasando por la carta informativa de los nuevos propietarios confirmando la reducción de plantilla, el mordisco nada cariñoso que le había metido un pobre perro que había sido atropellado y que le valió unos puntos en la mano derecha, había tenido más que suficiente para un solo día.

Nada más volver a casa, era curioso como empezaba a ver la mansión como un hogar, saludó a Bronco, lo alimentó y se dejó caer en el sofá del salón común que compartían los habitantes de la casa. Bass no tardó en ocupar un lugar a su lado y acabaron viendo una mala película, mientras se tomaban unas cervezas, comían unos aperitivos y se daban el lujo de criticarla sin piedad.

—¿Han anunciado un apocalipsis zombi y no me he enterado?

Ambos levantaron la cabeza hacia la puerta que acababa de abrirse para ver a Rohan en el umbral. El recién llegado advirtió el vendaje en su mano.

—¿Dónde has metido la mano?

—En la boca de un perro.

—¿A propósito?

—No —resopló.

—Bien, sigues conservando la inteligencia.

Resopló y sacudió la cabeza.

—No tanto, le han dado puntos y está hasta las cejas de calmantes.

—¿Y te estás tomando unas cervezas? Tío, sí que sabes cómo pasártelo bien.

—Son sin alcohol y Bass exagera —replicó con un resoplido—. Son gajes del oficio, al pobrecito lo atropellaron y lo dejaron tirado en la

carretera. Tenía mucho dolor.

—Tu trabajo apesta, amigo —aseguró sacándose la chaqueta y ocupando uno de los sillones individuales vacíos—. Aunque no tanto como el mío. ¿Y nuestra inquilina femenina?

—Con Alexander.

—¿Va a intentar embaucarlo una vez más para que se haga cargo del club?

—Quería consultarle alguna alternativa.

—Vamos, chantaje.

—En realidad, le hice una propuesta, la misma que espero tengáis a bien escuchar cada uno de vosotros...

Los tres se volvieron al unísono para ver a Victoria con las manos apoyadas en las caderas y los ojos entrecerrados mientras fulminaba a Rohan con la mirada. Xander se había apoyado en el umbral, su mirada fue directa a él y a su mano, con una abierta pregunta en la mirada.

«*Accidente laboral*», articuló sin decirlo en voz alta, a lo que asintió antes de prestarle atención a la chica.

—Y supongo que este es tan buen momento como cual... —En cuanto posó la mirada sobre él y se dio cuenta de que tenía la mano vendada, la vio jadear—. ¿Qué te ha pasado?

—Le mordió una de sus mascotas...

—...y le dieron varios puntos.

—Está hasta arriba de analgésicos.

—Así que accidente laboral, ¿eh?

Puso los ojos en blanco ante el cierre en bloque de esos tres cabrones que no hizo otra cosa que preocupar a la chica.

—Exageráis que da gusto —repuso poniendo los ojos en blanco—. No es nada, curará pronto.

—Procura no hacerte nunca un corte o dirán que te estás muriendo —sugirió ella mirándolos a todos antes de volver a echar de nuevo un fugaz vistazo sobre su mano.

—Si mal no recuerdo, esa eres tú —comentó Xander dedicándole un guiño, entonces lo miró y añadió—. Te advierto que se pone blanca como la leche si ve sangre... y tiende a caer redonda en el suelo.

La manera en que respondió a su comentario, las miradas que intercambiaban y el cambio en el lenguaje corporal le dijo todo lo que

necesitaba saber. Durante un breve segundo sintió una punzada de celos, entonces volvió a mirarla y la sensación se desvaneció, lo miraba directamente, no desvió la vista, si estuviesen a solas se lo habría dicho con palabras y lo habría entendido.

Él había sido el que la había empujado a dar el siguiente paso, a ser sincera consigo misma, no quería que ella cambiase, no deseaba convertirla en otra persona, le gustaba lo bastante, la estimaba y la quería lo bastante cómo para aceptar que sintiese algo por otro hombre.

Las palabras resonaron en su mente «*la quería lo bastante*», sí, la quería, estaba medio enamorado de ella.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres proponernos, corazoncito?

—Seré breve y directa, quiero que todos vosotros forméis parte de la ejecutiva del Estigia —declaró dejando caer la bomba entre ellos—. Dada vuestra experiencia, para mí sería de gran utilidad para la administración el contar con un poco de ayuda.

La respuesta general fue una gran carcajada procedente de Bass y Rohan, pero esta murió cuando se dieron cuenta de que nadie más se reía.

—Era una broma, ¿no?

—No —negó Xander.

—¿Se te ha reblandecido el cerebro?

—Mi cerebro funciona perfectamente bien, aunque no sabría si puedo decir lo mismo del tuyo.

—Xander, ¿no vas a decir nada?

—Ya le dije lo que quería decirle —admitió encogiéndose de hombros—. Y conoce mis condiciones.

—¿Qué son?

—Convenceros a vosotros de que es una idea que, a la larga, podría resultar la mejor manera de administrar el club —añadió ella—. Seamos realistas, vosotros tenéis más experiencia en el manejo que yo, cada uno os habéis especializado en un área, la habéis administrado y eso, bien organizado y con algunas remodelaciones que tengo en mente... bueno, podría funcionar.

—Solo por si no lo has captado, Lachlan, estás incluido en el lote.

La aclaración de Xander lo llevó a enarcar una ceja y mirarla.

—Sabes que te entregaré mi cincuenta por ciento, no tienes que...

Sacudió la cabeza.

—No se trata de eso, quiero que formes parte de esta sociedad, cada uno de los que estamos aquí tenemos algún vínculo con ese lugar, de hecho, si no fuese así, ahora mismo no estaríamos en esta sala ni yo dándoos la murga —replicó con sencillez—. En los próximos días os daré a cada uno una copia del proyecto que tengo en mente y entonces, podréis decirme si me vais a apoyar... o tendré que hacerlos la vida imposible el resto de vuestras vidas.

Xander dejó escapar un resoplido de risa.

—Sutil, muy sutil.

—Igual que una apisonadora, dios, ¿no te recuerda a alguien?

—Josefine.

La respuesta fue unánime, pronunciada por todos al mismo tiempo, lo que hizo que ella se sonrojase y se sintiese un poco incómoda.

—De acuerdo, ya nos has dado trabajo mental para los próximos días —aceptó Bass rompiendo el posterior silencio—. Ahora, ¿podemos seguir con la película?

Miró de soslayo a su compañero de cine y sonrió.

—Ya sabes cómo va a acabar.

—Sí, pero no me quedaré tranquilo hasta que le grite al memo por gilipollas.

Sacudió la cabeza y se arrastró de sofá para ponerse en pie, tuvo cuidado de no apoyar la mano lastimada para no herirse accidentalmente.

—Lachlan, ¿podríamos hablar un momento en privado? —Se le acercó ella, sus ojos buscando los suyos al añadir—. Es importante.

Frunció el ceño ante el tono de su voz, pero asintió, entonces miró a Xander, quién se limitó a asentir a su vez. El rostro de su medio hermano no presagiaba nada bueno y sus palabras se lo confirmaron.

—Ha pasado algo.

Y no tenía que ver con que ambos pareciesen haber hecho las paces.

—Vamos al despacho —sugirió, invitándola a pasar ante él con un gesto de su mano lastimada.

Los ojos verdes volvieron a caer sobre su mano y vio cómo se mordía el labio inferior.

—¿Te duele?

—Estoy bien —la tranquilizó con una suave caricia de los dedos en su mejilla—. Venga, me tenéis en ascuas.

Salió tras ella, intercambió una mirada con su acompañante y su respuesta

fue indicarle con un gesto de la barbilla que siguiese caminando.

—Bueno, ¿alguien va a decirme qué pasa? —preguntó nada más traspasar el umbral de la puerta del despacho.

—Cuando salí de la oficina me abordó una mujer —le informó al momento Victoria—. Dijo llamarse Cora Nancy Burns y que era tu esposa.

—Ex esposa —replicó apretando los dientes—. ¿Te hizo algo?

Negó con la cabeza, sorprendida por su reacción.

—No, solo fue... bueno, digamos que ahora entiendo el tono de voz que pones cuando hablas de ella —admitió con sencillez—. Me metió una carta en el bolsillo de la chaqueta y me pidió que te dijese que espera una pronta respuesta.

—Y va a tenerla, de la policía, porque pienso ponerle una denuncia por acoso —siseó. Esa mujer no dejaría de importunarlo hasta que hiciese algo drástico al respecto.

—Esto es lo que me dio —le tendió un pequeño sobre.

Se lo arrancó de los dedos, lo rompió en pedazos y lo tiró en la papelera más cercana.

—Así que esa mujer es la joya de la corona a la que tardaste casi un año en poder darle la patada definitiva.

El comentario vino de Xander, quién se había apoyado en el escritorio y lo miraba con los brazos cruzados.

—Te veo muy bien informado...

Dejó escapar un resoplido, sacudió la cabeza y respondió a su pulla.

—Aunque no lo creas, no ha sido cosa mía, Josefina estaba al tanto de tu situación —le recordó—. Pero incluso yo puedo reconocer a una hija de puta teatrera cuando me la ponen delante.

—De acuerdo, chicos, cada uno a vuestro rincón del ring —les dijo Tori alzando la voz, miró a su compañero y fue directa hacia él—. Y no te preocupes por mí, esa mujer no tiene idea de con quién se mete, si vuelvo a verla...

—La mandarás a la mierda con exquisita educación —replicó Xander con un resoplido, entonces lo señaló con un gesto de la barbilla—. Deja de andar de puntillas alrededor del escocés, somos hombres adultos y sabemos en lo que nos hemos metido, ¿no es así?

¿Lo sabía? ¿Sabía lo que había iniciado al empujar a ese hombre a los brazos de la mujer que amaba? ¿La que ambos amaban?

La miró a los ojos y comprendió que sí, por ella estaba dispuesto a olvidar, a perdonar, a darle una oportunidad al hijo de puta que lo miraba casi con gesto divertido, pero eso no quería decir que fuese una tarea fácil.

—Soy consciente de en qué me he metido contigo —replicó atrapándola de la mano y tirando de ella hacia él—, y si esto hace que tengas esa mirada de paz y plenitud en el rostro, estoy más que conforme.

Y firmó esa declaración con un húmedo beso.

—Ahora sé buena y ve con Alexander.

Ella no solo no se movió un milímetro, sino que bajó la mirada a su mano.

—Te duele. —No era una pregunta.

Abrió la boca para responder, pero él lo detuvo.

—Si vuelves a decir «estoy bien», te pego un puñetazo —lo avisó con absoluta contundencia—. No la mimes, si vamos a hacer esto, hagámoslo bien. Tendremos que acordar algunos puntos claves para los dos con respeto a ella o esto no funcionará y a la larga será un desastre para los tres.

Sí, lo sería, si no ponía de su parte y empezaba a pensar en ella, aquello no funcionaría y saldría herida.

—Me duele un poco, me tomaré otro analgésico y me iré a la cama —aceptó con total sinceridad—. Me he pasado la tarde dormitando en el sofá, no me he enterado ni de que iba la película sino a trozos, no se lo digas a Bass.

Victoria asintió con suavidad.

—En ese caso intenta descansar, te buscaré por la mañana para ver que tal estás —le sugirió y ahora fue ella la que lo besó, hundiendo la lengua en su boca—. Buenas noches, Lachlan.

—Buenas noches, cariño.

La dejó ir y la siguió con la mirada hasta que llegó a la altura de Xander, quién la reclamó y bajó sobre ella también para darle otro beso. Esperaba sentir de nuevo esa punzada de celos, incluso la necesidad de pegarle un puñetazo al hijo de puta, pero todo lo que sintió fue paz. Quizá el analgésico sí lo tenía más drogado de lo que él pensaba.

—Procuraré que no te despierte antes de que salga el sol —le dijo mirándole a los ojos, una prueba para ambos, sin duda.

—Fóllatela de modo que no le queden ganas de levantarse temprano.

Tan pronto como las palabras salieron de su boca se encontró sonriendo,

era absurdo, pero lo decía en serio y al ver el sonrojo en las mejillas de ella supo que así era como debía ser.

—Descansa, hermano.

No *escocés*, ni *Lachlan*, se dio cuenta con una punzada de culpabilidad, sino *hermano*, al parecer Alexander Cross estaba dispuesto a hacer también lo que hiciese falta para que aquello funcionase y Victoria fuese feliz.

CAPÍTULO 25

—Esa perra ha contratado un detective privado para espiarte.

Sentado a la mesa del comedor, escuchaba las noticias que le había traído Noel. Los analgésicos habían hecho que se quedase fuera de combate en cuanto tocó la cama y no despertó hasta que el insidioso sonido del teléfono empezó a taladrarle la cabeza. Su hermanastro lo había llamado para avisarle que iba hacia la casa, lo que había descubierto sobre su exmujer era mejor tratarlo en persona. La muy chalada había contratado un detective privado para espiarle, no sabía todos los detalles, pero la noticia había saltado cuando alguien se presentó haciendo preguntas en la clínica sobre la situación personal y familiar del director.

—No puedo creerlo.

Y no podía, aquello era mucho más que surrealista, no encontraba un motivo que no fuese el desequilibrio mental que parecía hacerse cada vez más presente en Cora.

—Deberías ponerlo en conocimiento de tu abogado.

Asintió y se pasó la mano sana por la cabeza, desordenándose el pelo.

—Lo haré y creo que también es hora de que le ponga freno a sus continuas visitas, ayer se pasó de la raya al ponerse en contacto con Victoria.

—¿Con Victoria?

—La abordó cuando salía de su piso, Alexander la vio hablando con una mujer, pero no llegó a presenciar el intercambio —respondió con un resoplido—. La perra le dio una carta para mí.

—¿La leíste?

—La hice pedazos —siseó sintiendo que se sulfuraba con el solo pensamiento de su ex mujer—. No quiero saber nada de ella, no quiero que se me acerque, quiero que salga de mi vida de una puta vez.

—Debiste haberla conservado o leído al menos, el contenido podría ser

un aporte para la denuncia que vayas a presentar.

Frunció el ceño y chasqueó la lengua.

—No pensé en ello —admitió, echó un vistazo a la puerta abierta del comedor y arrastró la silla hacia atrás—. La tiré en la papelera del despacho...

—Si tengo que ponerme a hacer puzles de nuevo con tus documentos, me voy —le soltó su hermano arrancándole una sonrisa. Sí, hacía años ambos habían tenido que ingeniárselas para recomponer un documento que habían pasado por la trituradora. Nunca habían sudado tanto como en aquel día.

—Por suerte para ti no tenía una trituradora disponible —aseguró y le indicó que lo acompañase—. La reconstrucción no va a ser muy complicada, no pude romperla en demasiados pedazos con la mano así.

—No hay mal que por bien no venga, así te tomarás unos días de descanso y podrás pensar en el futuro —le dijo con evidente sensatez—. Lo de la clínica era muerte anunciada, con la venta a los nuevos dueños era de esperarse que se hiciesen cambios. Pero sí son inteligentes, te conservarán en el puesto, no es como si tuviésemos un excedente de cirujanos veterinarios ahora mismo.

—No sé si quiero quedarme, después del encontronazo que tuve ayer con el gilipollas del auxiliar, me veo cada vez con más fuerza en la calle y por decisión propia —aceptó poniendo en palabras sus propios pensamientos—. He estado pensando en sacar adelante el proyecto del que te hablé tan pronto como el asunto del testamento se resuelva y pueda disponer de *River House*. No puedo seguir quedándome de brazos cruzados.

—Si necesitas ayuda, sabes que puedes contar conmigo.

—Lo sé, pero es algo que debo sacar a adelante yo mismo. —Era una necesidad, una meta que se había impuesto—. Además, está también el proyecto que presentó anoche Victoria, quiere dividir la gestión del Estigia entre los que vivimos bajo este techo.

—¿La gestión del club?

Asintió y dejó escapar un suspiro.

—No es algo descabellado, puede que incluso tenga sentido y sea bueno para el club.

—¿Y para ti? —le preguntó con una obvia pregunta en los ojos—. Está claro que la espinosa relación que empezó entre vosotros con el testamento se ha ido diluyendo...

—Creo que la quiero —admitió en voz alta, entonces sacudió la cabeza y rectificó—. No, sé que la quiero. Ni siquiera estoy muy seguro de cómo ha pasado, pero en las pocas semanas que llevo aquí he sonreído, reído y disfrutado más de la presencia de esa mujer de lo que lo he hecho en toda mi vida con cualquier otra. La quiero lo suficiente como para desear su felicidad venga de la forma en la que venga.

Sus palabras parecieron confundir a su hermano y no quería que hubiese este tipo de confusión cuando estuviese ella delante.

—Alexander está en mi misma posición —informó con sencillez—. Él ha estado a su lado desde el principio, no puedo negar lo evidente o engañarme a mí mismo pensando otra cosa. Tori le desea, le quiere y no quiero que lo pierda, como yo tampoco quiero perderla.

—Estamos hablando de tu...

—Medio hermano, sí. —Decirlo en voz alta todavía le costaba.

—¿Por fin has decidido darle una oportunidad?

Hizo una mueca, Noel había sido como Pepito Grillo, jodiéndole la cabeza con su «escucha lo que tiene que decirte».

—No me han dejado otra elección.

—La quieres, la quieres de verdad.

—Descabellado después de todo por lo que he pasado, ¿no?

Sacudió la cabeza y sonrió.

—No, te hacía falta encontrar a alguien que te hiciese sentir de nuevo, pero esto... Tú nunca escoges las opciones fáciles, ¿eh?

Sonrió de soslayo y se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Vas a poder soportarlo? ¿El que otro hombre tenga también a la mujer que tú deseas, a la que amas? —le preguntó en voz alta lo que él mismo se había preguntado—. ¿Podrá él? Y sobre todo, ¿cuándo demonios habéis llegado a tal grado de confianza? Todavía recuerdo la pelea y cómo quedasteis los dos ya que yo fui quien os atendió después.

—Sí, la segunda parte es también un misterio para mí, pero creo que el amar a la misma mujer hace que estés dispuesto a enterrar el hacha de guerra y hacer las paces, además, él tiene razón, no puedo vivir eternamente en el pasado —aceptó rescatando una de las frases que había escuchado de la boca de Xander durante la conversación que habían tenido antes—. Y en cuanto a la primera parte... Será cuestión de trabajar en ello y recordar que ella es lo

más importante para ambos. Te confieso que sentí una punzada de celos al saber que se habían acostado, pero entonces... la besé delante de él y él hizo otro tanto delante de mí y... joder, me dio incluso cierto morbo. Supongo que será cuestión de intentarlo, de establecer ciertas normas y ver si no nos matamos en el proceso.

Noel dejó escapar un profundo suspiro.

—No quiero ver cómo sales lastimado otra vez, has tenido bastante con lo de esa zorra de Cora.

Se encogió de hombros.

—Al menos con Tori sé que tengo que compartirla desde ahora y estoy dispuesto a hacerlo —se justificó—. Y ella no me clavaré un cuchillo por la espalda cuando se le meta en la cabeza la absurda idea de que me estoy acostando con otras.

Se lo quedó mirando unos segundos y finalmente le dejó caer la mano en el hombro.

—Envidio tu valentía, hermano, la envidio y al mismo tiempo la admiro —aceptó con sinceridad—. Te deseo todo lo mejor en tu nuevo camino y espero que ella te de la felicidad que llevas tanto tiempo buscando.

Sus palabras fueron lo que necesitaba para quitarse de encima cualquier duda que pudiese quedarle al respecto, la aceptación de su hermano y el apoyo que sabía siempre le brindaría hizo que se sintiese mucho más ligero y desease con más ahínco quedarse con Victoria.

—Para que eso ocurra, tendré que sacarme de encima de una vez y por todas a Cora —le recordó mientras entraba en el despacho, encendía la luz y señalaba la papelera—. Ahí los tiré.

No tardaron mucho en recuperar los fragmentos, tal y cómo había comentado había sido incapaz de romper más allá de un par de pedazos el sobre antes de que sintiese la tirantez y el dolor de los puntos.

Tras ponerlos sobre la mesa, extraer el breve trozo de papel garabateado de su interior y unirlo con cinta adhesiva, pudieron leer el contenido.

—¿Un millón de dólares?

—Se ha vuelto completamente loca —aseguró dejando escapar una inesperada carcajada. El contenido de la nota era tan absurdo, que no podía dar crédito a lo que leía—. Me pide un millón de dólares por haberla abandonado después del matrimonio. ¡Un millón que supuestamente heredaré de Josie!

—Cora ha perdido el juicio por completo —chasqueó Noel—, no está en sus cabales. ¿De dónde ha sacado semejante estupidez?

—Tal vez su detective privado no fuese tan bueno, después de todo —replicó con ironía—. No sé de dónde ha sacado que yo voy a heredar esa cantidad de dinero, el contenido de las cuentas corrientes, sus bienes inmuebles y negocios son para Victoria, tal y cómo tiene que ser. Ella es la heredera de Josefina, es su nieta y es quién debe continuar con su legado. Esto es ridículo.

—*Si no quieres que arme un escándalo, me darás lo que te pido* —leyó Noel y resopló—. Creo que puedes añadir extorsión e injuria además de acoso como causa de denuncia.

Sacudió la cabeza y volvió a leer todo el contenido de la nota, la cual se limitaba a unos pocos renglones.

—*Piensa bien tu respuesta, de ella depende que sigas pudiendo ejercer tu profesión en cualquiera de las clínicas de este país...* —leyó algunas de las partes—. *Me lo debes por los tres años de matrimonio que he perdido a tu lado... Tengo el poder de destruirte y te destruiré...*

—Esto va más allá de cualquier amenaza baldía que haya podido esgrimir hasta el momento, Lach, esto es extorsión y amenaza.

Sí, esa era la única parte que le preocupaba de toda aquella sarta de gilipollices.

—Ha llegado el momento de poner punto y final a esta locura —asintió tomando una decisión—. Hablaré con Rohan, es posible que él pueda decirme qué hacer al respecto.

Su compañero de vivienda trabajaba en la policía y con toda probabilidad podría indicarle cómo proceder. No podía seguir dejando aquello en manos del azar ni seguir esquivando a Cora, no cuando había llegado al punto de proferir tales amenazas.

Si quería seguir adelante con su vida e intentarlo con Victoria, tendría que terminar de una vez y por todas con el absurdo acoso de su ex mujer.

CAPÍTULO 26

—Esto es motivo más que suficiente para que presentes una denuncia y pedir una orden de alejamiento.

Victoria se detuvo al escuchar la voz de Rohan en el despacho, el policía no solía estar en casa a esas horas, por lo que reconocer su voz le llamó la atención.

—Si ya tienes el divorcio, no hay motivo por el que tengas que tener contacto con ella si no deseas. Además, la lumbrera ha escrito esto de su puño y letra, sus palabras hablan por sí solas, es un ejemplo claro de extorsión.

Frunció el ceño al escuchar el discurso del hombre y no perdió el tiempo en acercarse a la habitación para enterarse de lo que ocurría. Nada más presentarse en el umbral se encontró con Lachlan inclinado sobre la mesa, comentando algo y a su hermanastro, Noel, de pie a su lado.

Fue este último el que detectó su presencia.

—Buenos días, señorita Queen.

—Buenos días —correspondió a su saludo—, por favor, llámame Victoria.

—Buenos días, Tori —la saludó a su vez Rohan, quién no se molestó en disimular la mirada que le echó de los pies a la cabeza—. Ya te tocaba cogerte un par de días de vacaciones, necesitabas... la nohecita de sueño.

—Capullo —masculló, lo que hizo que el policía se riese mientras avanzaba hacia Lachlan, quién tampoco disimuló su obvio repaso—. ¿Qué ocurre?

—Mi ex mujer dando por culo —replicó con ironía, entonces hizo algo que no esperaba, la atrajo a sus brazos y le comió la boca sin importarle quién estuviese delante—. Buenos días, cariño.

—Buenos días —sonrió relajándose contra él, aceptando esa normalidad en su vida.

Era extraño como habiendo dejado la cama de Xander, ahora se encontrase con esa normalidad en los brazos de Lachlan, el que ambos hombres fuesen conscientes de ello, de que la compartirían y le diesen esa normalidad a su incipiente relación, la liberaba del nerviosismo que había acumulado durante el camino.

—Noel ha venido con noticias de la última gilipollez que ha hecho Cora, el contratar un detective privado para vigilar mis pasos —le informó con cierto hastío en la voz.

—Es una broma, ¿no?

—No, de hecho, la carta que te entregó ayer es un completo absurdo, además de un montón de amenazas —señaló el papel—. Le he pedido a Rohan que le echase un vistazo, voy a presentar una denuncia por acoso y otra por extorsión. No la quiero cerca de mí ni de esta casa y mucho menos de ti.

Se inclinó sobre la mesa para ver leer la apretada letra y no pudo evitar parpadear varias veces ante lo que leía.

—¿Un millón? —chasqueó y no pudo evitar girarse hacia él y decirle—. Caray, si heredas esa pasta, reparte conmigo, ¿eh? Creo que no he visto tanto dinero junto ni en mi cuenta corriente.

Lachlan se echó a reír, la tensión que había advertido en él se diluyó al momento.

—Cariño, si no lo heredas tú, que eres la nieta de Josefina, a mí no me mires.

Sonrió a su vez y lo besó voluntariamente en los labios, algo breve, no quería interrumpir aquella reunión.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar? —preguntó y lo hizo mirando a cada uno de los presentes.

—Sigue haciendo lo que quiera que estés haciendo con él, Victoria, le sienta bien —le dijo Noel, guiñándole el ojo.

—Tú recibiste la carta, ¿no? —le preguntó Rohan encauzando de nuevo la reunión—. ¿Te dijo algo que te llamara la atención? ¿Te insultó, insultó a Lachlan?

Negó con la cabeza.

—Además de la alusión a que yo me estaba tirando a su marido y que él

se negaba a atender a sus requerimientos, no, me entregó la carta y me dijo que se la diese a Lachlan —resumió—. Xander la vio cuando se iba, pero nada más. Lo siento.

—Al parecer sabe que tienes una relación con Victoria —comentó Rohan—, lo cual o bien lo ha averiguado ese detective que ha contratado o lo ha supuesto...

—Pero no nos hemos visto fuera de esta casa, no aún al menos —reflexionó buscando una explicación para todo aquello—. ¿Eso quiere decir que hemos tenido a un hijo de puta rondando esta casa sin que nos hayamos enterado? ¿Y para qué demonios tenemos entonces un sistema de seguridad y video vigilancia tan caro?

—Porque esta es una propiedad privada enorme y solemos tener invitados que quieren mantener su anonimato cuando visitan la planta de abajo, ya sabes —replicó el policía—. Pero sí, a mí también me cabrea que no hayan saltado las alarmas. Tendré que revisar el circuito y actualizarlo si es necesario.

Y lo haría, no conocía a nadie más enamorado de los ordenadores y todos esos cachivaches.

—De todas formas, añadiremos eso también a la denuncia —continuó él y cogió la nota de la mesa—. Y cuanto antes la pongamos, mejor, así que... dejaré que os deis correctamente los buenos días y esas cosas mientras hablo con Xander. Después te vienes conmigo a la comisaría para hacer los trámites necesarios, Lach.

Dicho eso, pasó por su lado, le plantó un beso en la mejilla y se marchó llamando al administrador de la finca a voz en grito.

—¿Siempre hace eso?

—Siempre —respondieron ella y Lachlan a la vez.

—Bueno, yo tengo que volver al hospital, no tengo vacaciones —comentó Noel—. Cualquier novedad que tengas al respecto, avísame.

—Lo haré, descuida —admitió su hermano.

—Victoria, un placer verte —le dijo y se inclinó sobre ella para darle un beso en la mejilla y susurrarle—. Bienvenida a la familia.

Sus inesperadas palabras hicieron que se le encogiese el estómago y que sintiese como le ardían los ojos. Se obligó a parpadear rápidamente y sonrió.

—Gracias.

Él solo asintió antes de salir por la puerta.

—¿Qué tal tienes la mano? —Se volvió hacia Lachlan, evitando así que pudiese preguntar ya que su expresión la había reflejado.

—Mientras no haga movimientos bruscos u olvide que tengo puntos, sobreviviré —aceptó bajando de nuevo sobre ella para besarla una vez más—. ¿Qué tal has pasado la noche?

—¿En serio quieres que responda a eso?

—Te quiero, *Vicky*, si follar como una zorrita encantadora con Alexander te llena, pues qué demonios, hazlo, pero la próxima vez invítame a mirar.

No sabía que la sorprendía más, si el que acabase de decirle así, a bocajarro, que la quería, que la hubiese llamado *Vicky* o que quisiese mirar mientras otro hombre le hacía el amor.

—¿De verdad me quieres?

—El solo hecho de preguntarlo hace que quiera ponerte sobre mis rodillas y azotarte —aseguró muy serio—. Te quiero, pequeña, deseo a la mujer que conocí en el Estigia, deseo a la mujer que peleó conmigo con uñas y dientes por lo que es suyo y me he enamorado de la mujer que tengo ahora mismo ante mí. Ya no eres solo Nichte, ni tampoco solo Victoria y dado que todos te llaman *Tori*, pues supongo que yo te llamaré *Vicky*.

—Me gusta *Vicky* —aceptó sonriendo sin poder evitarlo—. Me gusta que tú me llames *Vicky* y me gusta que me quieras, quiero decir... Joder, yo no suelo quedarme sin palabras. Espera. Lo que quiero decir es...

—Que me quieres.

Suspiró aliviada.

—Dios, sí, eso —admitió con una risita—. Te quiero, Lachlan, te quiero, pero no me preguntes cómo demonios he llegado a hacerlo, porque para mí es un misterio.

Ahora fue él quien emitió una sonora carcajada.

—Sin duda esta eres tú en toda tu gloria, amor mío —declaró él con visible calidez—. Esta eres tú.

Sí, lo era, comprendió, una mujer enamorada del hombre que tenía ante ella y del hombre que la había mirado con verdadero amor cuando había dejado su cama. Una mujer a la que no le avergonzaba mostrarse tal y como era ante ellos, porque así era como ambos la amaban.

—Ahora, haz el favor de darme los buenos días como es debido, ese beso me ha sabido a poco, a muy poco.

No pudo negarse, pues en el momento en que sus labios cayeron sobre los

suyos y su mano buena le acarició el culo empujándola contra su dura erección, voló cualquier pensamiento coherente de su cabeza.

CAPÍTULO 27

Una citación. Ese hijo de puta la había denunciado a la policía y acaba de recibir una maldita citación para responder por un presunto delito de acoso y extorsión. Y por si eso fuese poco, el gilipollas de su abogado la había llamado también para comunicarle que le habían congelado la pensión compensatoria del divorcio precisamente por la denuncia que le había puesto Lachlan.

—¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve a hacerme esto? ¿A privarme de lo que me corresponde? ¡No!

De un solo barrido de la mano tiró con todo lo que había encima de la mesa, el sonido de cristales y otras cosas cayéndose al suelo no fue suficiente para disuadirla de seguir arrasando con todo lo que había por el salón.

Estaba furiosa, la había engañado, una vez más le arrebatava lo que quería, lo que era suyo por derecho. ¡Suyo! Era su maldita esposa, ¡no iba a deshacerse de ella como si no fuese otra cosa que una bolsa de basura!

Nunca debió haber firmado el divorcio, debió haberse negado, enfrentarse con sus amenazas, después de todo, ¿quién iba a creerle a él cuando la víctima había sido ella? ¡Ella había sido la agredida por su indiferencia y sus palabras! ¡La había amenazado con irse de casa si volvía a montarle una escena como la que le montó en la clínica en la que trabajaba por aquel entonces! ¡Él era el que amenazaba con echarla de casa por el simple hecho de haber cedido una sola vez a la tentación! ¡Una sola vez! ¡Y todo porque él había dejado de amarla!

Había sido un accidente propiciado por el acaloramiento de la discusión, no había querido herirle, solo dejar claro que no permitiría que la tratase como basura. Nunca quiso clavarle el cuchillo, se había sentido horrorizada al

ver la sangre, había sido un accidente... No dudó en llamar a Noel para pedirle ayuda, pero su cuñado también la había creído culpable e incluso había amenazado con denunciarla a la policía.

Todos ellos eran iguales, la trataban como si fuese escoria, como si no llevase el apellido de su gloriosa familia. Pero se había acabado, no permitiría que siguiesen pisoteándola, ya era hora de enseñarle a su marido que ella era una mujer de valor y que había cometido un error al no valorarla como se merecía.

—Esta vez no me humillarás, Lachlan Burns, no vas a hacerme a un lado como si no fuese más que una bolsa de basura —siseó—. Debiste darme lo que pedí, debiste escucharme y darme mi lugar, no dejaré que nadie vuelva a arrinconarme.

CAPÍTULO 28

—Toma, parece que la necesitas.

Xander levantó la cabeza y se encontró con una botella de cerveza, pequeñas gotas de agua resbalaban por el cristal. La cogió y la levantó en un mudo brindis antes de llevársela a los labios. El calor de la tarde hacía que apeteciese tomar algo frío.

—¿Lo has revisado ya?

Lachlan se dejó caer a su lado y señaló la carpeta de la que sobresalían varios papeles con la mano vendada. Tori les había entregado a principios de semana una copia con su proyecto para el Estigia, intuía que se había pasado el fin de semana que se había cogido libre para prepararlo.

—Acabo de terminarlo —admitió—, por tercera vez.

—¿Buscando algo con que echarlo abajo?

Dejó escapar un suspiro y miró la carpeta.

—Es un proyecto viable, ha mejorado la distribución, aumentado las ganancias y distribuido las tareas de un modo compensatorio e inteligente. Las reformas planteadas son favorables, la zona de vivienda se mantendría como está, el mayor cambio sería el recibidor de la puerta principal que pasaría a ser solo para el Estigia y se ampliaría la entrada lateral, para dotarla de recibidor para la zona de la vivienda. La fachada no se tocaría, con lo que los de conservación histórica no se pondrían de los nervios. —Sacudió la cabeza—. Es imposible echar el proyecto atrás sin parecer un auténtico capullo o hacerlo solo por llevarle la contraria.

—Supongo que entonces estás a favor de ello.

—¿Cuál es tu opinión al respecto?

—Sin que sirva de precedentes, la misma que la tuya —admitió Lachlan,

sorprendiendo a su medio hermano—. No hay una sola fisura en ese proyecto, de hecho, estoy pensando en pedirle opinión para el que tengo en mente.

—El codiciado edificio destartado en el que parece tener tanto interés.

—Ese mismo —se limitó responder con sorna.

—Quieres poner en práctica el proyecto que le comentaste a Josie, ¿no es así?

—También estabas al tanto del proyecto, empiezo a pensar que trabajabas de espía, más que de administrador de la señora Queen.

Dejó escapar un profundo suspiro, recogió la botella de cerveza y le dio un largo trago.

—Josefine te tenía en muy alta estima, creía que eras un hombre de firmes convicciones, con una visión de futuro basada en el trabajo y el esfuerzo —admitió en voz alta—. Me habló sobre tu proyecto, quería saber mi opinión. He de decir que después de nuestra... pelea... tenía ganas de mandarte a la mierda a ti y todo lo que tuviese que ver contigo —Chasqueó la lengua y ladeó la cabeza para mirarle—. Pero la verdad es que no me pareció nada descabellado, está bien planteado y tiene viabilidad... Estoy dispuesto a participar como socio o aval, en caso de que lo necesites.

A juzgar por la expresión que cruzó por su rostro, se sorprendió por su oferta.

—¿Por qué?

¿Por Victoria? No lo había dicho en voz alta, pero la pregunta quedó en el aire.

—Porque solo alguien tan gilipollas cómo tú podría ocurrírsele rescatar a un perro tullido y más viejo que Matusalén y traerlo a esta casa —replicó con un bufido—. Nos has recordado a todos que hay vida más allá de estas cuatro paredes y que podemos meterla en su interior. Y porque has hecho que... *nuestra mujer*, vuelva a sonreír como lo hizo la primera vez que acarició a ese chuchó.

—Nuestra mujer —repitió él, saboreando la palabra—. Es extraño como suena y, al mismo tiempo, es lo correcto.

—Ambos amamos a la misma mujer —expuso con seriedad—. Ese podría ser un buen punto de partida, posiblemente sea una de las pocas cosas que tengamos en común...

—...y que nos una en un solo frente —concluyó por él.

—Tori necesita cariño, pero también estabilidad y para poder brindársela considero que deberíamos establecer unas normas básicas por las que regirnos con ella —resumió—. Ya has visto cómo se las gasta cuando no consigue lo que quiere, si hemos de hacer que esto funcione, debemos ser capaces de ponernos de acuerdo en lo que es lo mejor para ella en esta relación a tres bandas.

—Estoy dentro.

Sí, lo estaba, no dejaba de ser curioso que hubiesen terminado en un mismo bando cuando su primer encuentro había terminado con ambos pegándose hasta el cansancio.

Frunció el ceño al recordar el episodio, tenía muy claro en su mente los golpes recibidos y propinados, pero no tanto el motivo que los había llevado a iniciar la pelea.

—¿Lachlan?

—¿Um?

—¿Cuál fue el motivo por el que nos liamos a golpes?

El escocés enarcó una ceja y lo miró con visible ironía.

—Te presentaste en mi casa con una carta para mi madre y le dijiste que eras el hijo de mi padre con su verdadera esposa —resumió con total seguridad.

Sacudió la cabeza.

—No, hablo de la vez que nos encontramos en el club.

Su hermano frunció el ceño y se quedó pensativo.

—Era la primera vez que visitaba el club —desgranó sus recuerdos—, Noel me invitó. No tenía la menor idea de que estabas aquí, de hecho, no te reconocí... no al principio.

Sus palabras trajeron imágenes de aquel día, del hombre que apareció por la puerta con Apollo. Sabiendo la identidad del primero, no había sido difícil conocer la de su acompañante, sobre todo al ver los ojos azules a través del antifaz.

—Creo que ya me acuerdo, esa tarde había discutido con Tori, en esa época estaba empezando a buscar piso, habíamos quedado para ver uno, no recuerdo en qué zona, pero tuve que posponerlo y ella se enfurruñó —sus propios recuerdos ocuparon el lugar que les correspondía, recreando lo ocurrido esa noche—. Me fui al club, Josie había decidido pasarse esa noche por él y te vio.

Su hermano asintió, recordando ese momento.

—No me di cuenta de que era la misma mujer que había visto en la clínica hasta que me habló —aceptó, entonces compuso una mueca y levantó la cabeza para mirarle—. Estabas con ella, te reconocí, tienes sus ojos... te vi... No, lo vi a él en ti... Mierda.

Y aquel fue el detonante comprendió Xander, no era él a quién Lachlan había reconocido, sino que había visto a su padre en él, al hombre que lo había abandonado, el que prefirió a su otro hijo por encima de un niño de cinco años.

—Tienes una manera muy poco refinada de pegar.

Enarcó una ceja y dejó escapar un resoplido de risa.

—¿Perdona? Si mal no recuerdo te rompí el pómulo.

—Y yo la nariz —aceptó mirándose el puño como si pudiese sentir el dolor de los huesos quebrándose bajo los nudillos—. Me pasé toda la semana siguiente con los dedos hinchados y Tori se cabreó aún más conmigo.

—Siempre estuviste ahí para ella, ¿no es así?

—Josie me la confió, no podía fallarle —admitió—, y ella es... tiene una forma de metérsese debajo de la piel que... No quiero perderla, Lachlan.

Bajó la mirada y se llevó el cuello de la botella a la boca para darle un largo trago a su bebida.

—Yo tampoco —admitió y era una realidad que ninguno podía negar—. Y eso lo hace todo jodidamente complicado.

Lo miró y dejó escapar un suspiro.

—Padre me pidió que te cuidase...

—Le odié por abandonarnos a mi madre y a mí...

Ambos hablaron al mismo tiempo, solapándose, cosa que lo llevó a resoplar una risita.

—Yo no supe de vosotros hasta el final —se adelantó con firmeza—. Cuando mi madre murió, él no estaba en casa, lo llamaron desde el hospital... No pudo despedirse y creo que eso lo marcó, es posible que se diese cuenta de que había perdido mucho más que de lo que creía.

—Le odié por marcharse, por dejarme solo con mi madre —murmuró él en respuesta—. Cada vez que se iba en viaje de negocios, sus supuestos y falsos viajes, me decía: «eres el hombre de la casa, Lachlan, cuida de ella cuando yo no esté». Pero ese día no me lo dijo, solo desapareció...

Dejó la botella a un lado y se quedó con la mirada perdida en el

horizonte.

—Siempre pensé que tenía que haberle pasado algo importante para abandonarnos, pero entonces apareciste tú diciendo que eras su hijo mayor, lo que para mí implicaba que él nos había traicionado mucho antes de ese día —murmuró con voz quebrada por la rabia—. Leí la carta, ¿sabes? La leí tantas veces... Él nos pidió perdón, a mi madre y a mí, se arrepentía de habernos dejado... Pero en medio de todo aquel arrepentimiento también había una petición, una muy egoísta... Quería que le perdonase y le tendiese la mano a un hermano del que nada sabía, el mismo que parecía habernos arrebatado todo... Quería que tú y yo estuviésemos juntos, que nos cuidásemos mutuamente como la familia que decía que éramos...

Dejó la botella a un lado y respiró hondo.

—Lo odié con todas mis fuerzas, lo he estado haciendo durante tanto tiempo que ya no sé si podré pasar página —admitió con un tono tan bajo que tuvo que esforzarse en escucharle—. No creo que pueda perdonarle, pero sí sé que puedo dejar atrás todo esto e intentar empezar desde cero contigo.

Sus palabras le provocaron un pinchazo en el pecho, ladeó la cabeza y se encontró con su mirada.

—Y fíjate bien que hago hincapié en la palabra «intentar» —insistió con vehemencia, entonces le tendió la mano—. Por Victoria...

Estrechó su mano con firmeza y asintió.

—Por Victoria, hermano.

Lachlan asintió, entonces señaló la carpeta que habían dejado olvidada a un lado con un gesto de la barbilla.

—Supongo que esto quiere decir que ambos apoyaremos el proyecto del Estigia, ¿no?

No era una pregunta y ambos lo sabían, porque cualquier cosa que hiciese feliz a Victoria Queen, sería algo por lo que ambos apostarían hasta la camisa.

CAPÍTULO 29

Había momentos que se quedaban grabados en la retina para toda la eternidad y el que estaba contemplando ahora mismo en el jardín era uno de esos. Estaba tentada de quedarse allí espiando en silencio, porque el ver a esos dos hombres juntos, charlando y riendo no era algo que se diese muy a menudo.

Encontró una inesperada camaradería en esa escena que le entibió el corazón y le quitó un peso de encima. No sabía si duraría pues eran como dos toros dispuestos a embestirse a la más mínima oportunidad, ambos poseían un carácter fuerte, su nobleza era incuestionable, casi tanto como su cabezonería, pero viéndolos ahora todavía tenía esperanza.

Enamorada de dos hombres, de esos dos que charlaban ajenos a su presencia y a los que estaba dispuesta a conocer en profundidad, a descubrir cada uno de sus secretos y averiguar cuál era la fórmula para hacerlos felices.

Por ella habían dejado de lado sus rencillas, habían estado dispuestos a compartir un estilo de vida en el que con toda probabilidad encontrarían algunos baches, pero les ayudaría a sortearlos y aprenderían de esos errores para no cometerlos de nuevo.

La vida era en sí misma un riesgo y quién no arriesgaba no tenía nada que ganar.

Respiró profundamente y les hizo notar su presencia dirigiéndose hacia ellos.

—¿Se va a acabar el mundo y nadie me lo ha notificado? —preguntó mirando a su alrededor con fingida preocupación—. No quiero que me coja el final sin dejarlo todo arreglado.

—Eso sería imposible, Tori, tú dejas todo bajo control incluso antes de levantarte de la cama —contestó Xander poniendo los ojos en blanco—.

Tienes una pequeña obsesión con el orden.

—¿Y de quién es la culpa? Recuerdo a alguien diciéndome: *Guarda eso, recoge aquello, no dejes esto hecho una pocilga, eres una desordenada...*

—¿La torturabas de esa manera? —murmuró Lachlan mirando a su compañero de cervezas.

—Su mundo era una leonera —le confirmó él con un firme asentimiento de cabeza—. Por suerte, ha aprendido por el camino a mantener el orden, de hecho se lo ha tomado tan a pecho que incluso ordena por gamas de colores sus bragas.

—¡Oye!

—¿Qué? ¿Vas a decirme que no es verdad?

—Eso es algo privado...

—Bueno, antes o después terminaría descubriéndolo, ¿no? —comentó Lachlan en tono divertido.

Optó por resoplar e ir directa hacia ellos.

—¿Habéis dejado alguna cerveza para mí?

—En la nevera tienes todas las que quieras —le informó Xander recorriéndola con la mirada—. ¿Te has estado arrastrando por debajo de la mesa en la oficina o qué?

—Algo así —admitió inclinándose hacia delante para besarle en los labios—. La impresora de mi oficina dejó de funcionar, he estado un buen rato intentando encontrar el maldito enchufe. De verdad, hay tantísimos cables que es cómo jugar a la lotería a ver cuál toca.

—Te dije que hay que cambiar todos los sistemas operativos, se están quedando obsoletos.

—Sí, sí, sí, lo tengo en la agenda.

—Para cuándo, ¿el 2025?

Su respuesta fue echarle la lengua y sentarse pegada a Lachlan, quién arqueó una ceja al verlo.

—¿Qué tal tienes la mano?

—Tres días más y me quitan los puntos —confirmó levantando la susodicha y apartándole un mechón de pelo de la cara—. Pues sí que te has ensuciado, tienes carboncillo del tóner en la cara.

Se la limpió con el pulgar y no pudo evitar un estremecimiento de placer ante el gesto, la manera en la que la miraba decía mucho más que sus palabras.

—Soy un Picasso, ¿no?

—Te faltaría un poco de color —admitió inclinándose sobre ella para besarla a su vez—. Bienvenida.

—Gracias —sonrió y se volvió hacia Xander, a quién pilló ocultando una sonrisa detrás de la botella que se llevaba a los labios—. ¿Te diviertes?

Su compañero se tomó su tiempo en darle un trago a la cerveza y luego asintió.

—Mucho —aceptó tendiéndole la botella—. Todavía está fría.

—Gracias —la cogió y disfrutó del frescor de la bebida bajándole por la garganta—. Así da gusto volver a casa.

—A sus pies, *mi lady* —se burló también Lachlan.

—Bueno, ¿puedo saber que os tenía a ambos tan entretenidos aquí fuera? —dijo mirando a uno y a otro—. No es que me queje, ¿eh? No es usual veros en tal... camaradería.

—Estábamos hablando sobre las mejores formas de torturarte cuando te portes mal —le susurró el escocés con ese pesado acento que la derretía—. Alexander ha dado con alguna que otra muy interesante.

—Te lo dije —añadió el aludido conteniendo la sonrisa.

—Sí, claro y voy yo y me lo creo —resopló, aunque no pudo evitar mirar a uno y a otro sin estar del todo segura de ello.

Xander dejó escapar un bufido mitad risa, sacudió la cabeza y rescató una carpeta amarilla que conocía bien ya que se la había dado ella a principios de semana.

—Estábamos intercambiando opiniones con respecto a tu proyecto personal para la casa —comentó mostrándole la carpeta—. Hay algunos flecos que podrían pulirse un poco mejor, pero en líneas generales... estoy impresionado.

—¿Lo bastante impresionado como para decirme, «*adelante con ello, Tori*»? —Se echó hacia delante, como un halcón que acaba de divisar una presa apetitosa.

—Despacio, amor, Roma no se levantó en un solo día. —Lachlan le acarició la espalda al notar su impaciencia.

—Roma no era nuestro hogar ni nuestro futuro —declaró dejando claro su punto—, *River House*, con todo lo que hay en su interior, sí lo es.

—Mini punto para ella, Alex.

El aludido lo miró enarcando una ceja, sin duda tan sorprendido como

ella por el diminutivo que acababa de emplear su medio hermano. Este se limitó a encogerse de hombros con naturalidad.

—Lo he revisado a fondo y habría algunos matices que esclarecer con respecto a la administración del Estigia, pero sin duda es viable y, hablo por Lachlan también, estamos dispuestos a apoyarte y echarte una mano.

—¿De verdad?

—¿Cuándo no he hablado en serio contigo?

—¡Wiii!

Se levantó de un salto y se le echó encima, rodeándole el cuello con los brazos, obligándole a cogerla para no acabar ambos en el macizo de flores que rodeaba el banco de piedra en el que estaban sentados.

—Gracias, gracias, gracias —repitió sonriente y miró también a Lachlan quién se estaba partiendo de risa—. Gracias a los dos.

—Lo que te haga feliz, cariño —aseguró el escocés.

—Lo que te haga feliz —admitió el hombre cuyos brazos la rodeaban—. Pero contén tu efusividad si quieres tener mano de obra para acometer esas reformas. A además, recuerda lo que te dije, todavía falta que Bass y Rohan acepten tu proyecto.

—Han tenido tiempo más que suficiente para leerlo —pensó en voz alta—, así que ya me están dando una respuesta... y más les vale que sea afirmativa o haré de sus vidas aquí un infierno.

Ambos hombres se echaron a reír a carcajadas ante su seria respuesta.

—¿Entiendes ahora la que se nos viene encima?

—¿Qué sería la vida sin un poco de diversión e incertidumbre, *hermanito*?

—No te preocupes, algo me dice que con nuestra mujer tendremos de eso a raudales.

La forma en que lo dijo le provocó un estremecimiento de placer y la calentó por dentro. *Nuestra mujer*, suya, de los dos hombres que tenía a su lado y que siempre lo estarían.

—Os quiero, a los dos, gracias por entrar en mi vida y aceptar quedaos en ella —murmuró atrayendo la atención de ambos—. De verdad.

Lachlan le guiñó el ojo, Xander le ciñó la cintura y la besó detrás de la oreja.

—Siempre, amor, siempre.

CAPÍTULO 30

—Esta casa empieza a tocarme las narices, he tenido que dejar el coche fuera, el maldito portal se ha negado a abrirse con el mando.

Victoria se detuvo en seco al escuchar la voz de Rohan entrando por la puerta, su acento se había hecho un poco más espeso, señal inequívoca de que estaba cabreado. De hecho, lo que quiera que lo aquejara iba mucho más allá del problema con el portal a juzgar por la indumentaria que traía y la placa que lucía visible en el cinturón.

—Me ha costado un poco accionarlo con el mando al llegar, sí, pero me ha abierto, ¿comprobaste las pilas?

—Tengo de repuesto, se la he cambiado y nada. Y el portal de acceso privado estaba abierto —refunfuñó y cerró tras él de un portazo.

Sí, alguien estaba un pelín cabreado.

—No me di cuenta —admitió y añadió—. ¿Un mal día?

Su respuesta fue soltar un resoplido y subir a zancadas las escaleras hacia la primera planta.

—Y a esto me refiero cuando digo que aquí hace falta un recibidor —murmuró más para sí que para él, quién ya desaparecía por las escaleras.

—¡Bass!

Se encogió al escuchar el grito de ardiente amenaza que escuchó en su voz y se quitó de la cabeza preguntarle al policía por el proyecto, a juzgar por su humor era capaz de sacar la pistola y pegarle un tiro solo para hacerla callar.

—Alguien va a morir esta noche —murmuró en tono dramático, siguió los pasos del policía hacia la primera planta.

—¡Sebastian, será mejor que arregles el maldito sistema de seguridad de

esta puta casa! ¡El puto portal no responde a los mandos y el acceso privado está abierto!

El vozarrón del policía resonó entre las paredes como un cañonazo, como si alguien hubiese dado el pistoletazo de salida para que todo el mundo se volviese loco. Casi al mismo tiempo Bronco empezó a ladrar, a juzgar por el sonido debía haberse quedado encerrado en el despacho, dónde le gustaba estar echado cuando Lachlan estaba allí.

—Estupendo, vaya una casa de locos —resopló y se dirigió a paso ligero a la habitación. El perro parecía dispuesto a echar la puerta abajo—. Por dios, Bronco, cállate, ya te abro.

Los ladridos del perro no se parecían a nada que hubiese escuchado antes, no era el sonido de una mascota contenta de saber que sus amos estaban en casa, era como una advertencia. Posó la mano en el picaporte y apenas tuvo tiempo de girarla cuando reverberó un estallido.

Se apartó de un salto para evitar que la golpease la puerta cuando el can empujó contra ella saliendo a toda velocidad hacia el final del pasillo.

Se sacudió el estupor de encima y siguió al perro con la mirada a tiempo de verle desaparecer por el hueco de las escaleras. Un segundo petardazo resonó haciendo estallar al mismo tiempo una de las ventanas cercanas a ella. Los cristales volaron por todos lados y algo se clavó en la pared con fuerza inusitada.

Victoria sintió que se helaba por dentro, el corazón dejó de latirle y los oídos dejaron de escuchar, el estómago se le cayó a los pies y un miedo cómo no había sentido en toda su vida le royó las entrañas al ver el agujero en la pared a escasos centímetros de su posición. Jadeó en busca de aire sin darse cuenta de que había dejado de respirar, se giró hacia la ventana destrozada, viendo el hueco que había hecho el proyectil y echó a correr como alma que lleva el diablo detrás del perro cuyos frenéticos ladridos se iban perdiendo en la lejanía.

—¿Qué coño ha sido eso? —llegó a escuchar en algún punto a su espalda.

—¿Disparos?

No esperó a tener confirmación de dicha suposición, se precipitó por las escaleras, teniendo que sujetarse de la pared para no caer en su frenética carrera. La puerta de la entrada estaba abierta y la atravesó sin detenerse, saltó los tres escalones de la entrada y siguió el sonido de los ladridos que cambiaron a poderos gruñidos acompañados de una cacofonía de gritos.

—¡Victoria! —Escuchó la voz de Rohan a su espalda—. ¡Vuelve adentro! No lo escuchó, tiró con desesperación de la verja del jardín y se encontró con una escena que no olvidaría en la vida.

—Oh dios mío —jadeó, sintiendo que la vida la abandonaba en el mismo momento en que vio a Xander sobre Lachlan, quién estaba tirado en el suelo—. No, no, no...

Bronco seguía gruñendo y atacando a la mujer que gritaba y se esforzaba por sacárselo de encima entre alaridos.

—¡Quitádmelo! ¡Quitádmelo! —se desgañitaba—. ¡Lachlan! ¡Quítamelo, quítamelo!

—¡Bronco! ¡Suficiente, muchacho! ¡Bronco! —Gritaba al mismo tiempo Xander, cuyas manos presionaban llenas de sangre el abdomen de su medio hermano.

Sangre. Roja e intensa. Sintió que el mundo empezaba a girar a su alrededor y se obligó a respirar por la nariz para no sucumbir a la oscuridad.

—¡Bronco! —Rohan se unió a llamar al perro, quién no parecía dispuesto a soltar su presa—. ¡Maldita sea, suéltala, chico, no quiero tener que dispararte!

Aquello la hizo reaccionar, corrió hacia Xander y gritó al animal.

—¡Bronco! ¡Suéltala! —El can reaccionó al momento a su voz, abandonó su presa, quién no dudó en arrastrarse por el suelo para escapar.

—¡Tori, llama a una ambulancia! ¡Ahora!

—Una ambulancia... sí... —Se palpó con desesperación por el cuerpo en busca del teléfono, por suerte no se había cambiado todavía y lo encontró en el bolsillo de la chaqueta—. Ya está... una ambulancia...

Marcó y se llevó el teléfono a la oreja al tiempo que avanzaba hacia Xander y sentía que las lágrimas resbalaban por su rostro al ver al hombre que amaba desangrándose en el suelo.

—911, ¿en qué puedo ayudarle?

—Una ambulancia, necesitamos una ambulancia en el 3298 Grandview Dr, en Brierwood Hills —informó cayendo de rodillas junto a Xander—. Hay... sangre, mucha sangre...

—Está bien, cariño, pon el altavoz y deja que hable con ellos.

Miró al hombre cómo si no fuese consciente de su presencia y asintió, pulsó una tecla y escuchó demasiado lejos la voz de la interlocutora.

—...disparo... herida en el estómago... mucha sangre...

La voz de Xander se mezclaba con el zumbido que escuchaba en los oídos y que la impedía escuchar con claridad.

—Tori... Tori mírame... ¡Victoria!

El grito la sacudió, se encontró arrodillada sobre el ensangrentado cuerpo de Lachlan, las lágrimas apenas la dejaban ver. Se giró hacia su medio hermano, quién decía algo, pero no conseguía entenderle.

—Cariño... todo saldrá bien... se va a poner bien...

—¡Es culpa tuya, maldito hijo de puta! ¡Tendrías que haberme valorado como me lo merecía! —Seguía escuchando alaridos femeninos entre todo aquel zumbido.

—¿Quién? —musitó, entonces sintió un empujón a su izquierda y vio al perro cuyas fauces estaban manchadas de rojo pegándose contra ella con un gimoteo—. Bronco... Buen chico... buen chico.

—¡Soy tu esposa! ¡Yo soy tu esposa! ¡Eres mío! ¡Mío! —Escuchó los desesperados gritos de una voz femenina, desquiciada, fuera de sí y llena de dolor—. ¡No dejaré que lo olvides, mal nacido! ¡No dejaré que lo olvides jamás! ¡Mataré a ese perro! ¡Lo mataré! ¡Oh dios! ¡Me ha mordido! ¡Esa bestia me ha atacado!

Volvió la cabeza hacia el lugar de los gritos y alaridos y encontró a Bass atendiendo a la desquiciada mujer, mientras Rohan sujetaba el teléfono en una mano y aferraba su arma reglamentaria con la otra.

—...disparos... entró en la propiedad... reducida por el perro de la familia... un herido de bala... herido por mordiscos... ambulancias...

Su voz le llegaba entrecortada, era incapaz de concentrarse, de fijar su atención en un solo punto, tan solo el firme y caliente cuerpo del perro pegado a ella ejercía de ancla en esos agónicos momentos.

Volvió a mirar hacia delante y sintió que todo su mundo se hacía pedazos una vez más al ver a ese dulce y cariñoso hombre, el que le había cogido la mano y le había prometido que no tendría que esconderse nunca más detrás de una máscara, tendido en el suelo en un charco de su propia sangre.

—No me dejes... Lachlan, por favor, no me dejes —musitó inclinándose sobre él. Buscó su mano y se la aferró ignorando la caliente y húmeda sangre que se pegaba a ella, como si de esa manera él no pudiese irse. En su desesperación, buscó a su otro amante, a quién encontró a su lado, con gesto preocupado—. Xander, no permitas que se vaya como Josie, no quiero perderle a él también, no quiero que me deje.

—No se irá, amor, mi hermano es testarudo como una mula —declaró sin dejar de presionar la herida de su abdomen—. Sabe que le necesitas, como él te necesita a ti, no dejaremos que nos deje, ¿de acuerdo?

Asintió y aferró con más fuerza su mano.

—No dejaré que te vayas —murmuró decidida y se inclinó sobre su rostro—. ¿Me oyes, Lachlan? No voy a dejar que te vayas, no tienes permiso para dejarnos a Xander y a mí, eres nuestra familia ahora, no puedes dejarnos.

—Rohan, ¿dónde está esa puta ambulancia?

—De camino —clamó el policía—. ¿Cómo está?

No pudo ver el intercambio de miradas, ni el gesto duro en el rostro de Xander, solo escuchó su respuesta.

—Necesita esa ambulancia ya.

—Tori, cariño, mantén a Bronco junto a ti. —Rohan suavizó el tono, nunca lo suavizaba, ni siquiera con ella—. No dejes que se aparte de ti, de acuerdo. Ha sido un buen perro, un buen chico.

Asintió, pero ni siquiera estaba segura de porqué lo hacía.

—Bronco está conmigo, Lachlan, los dos te esperamos, así que no nos dejes.

Los minutos parecían convertirse en horas durante esa agónica espera que solo terminó con el ulular de las sirenas y el sonido de las ruedas de los coches que pronto llenaron el recinto destinado al aparcamiento.

Personas vestidas de blanco, otras con el uniforme de la policía, alguien la apartó de Lachlan y quiso protestar, escuchó el gruñido de Bronco y se abrazó a él, pidiéndole que se calmase, diciéndole que todo estaba bien mientras el cielo se cubría de un tono rosa anaranjado que fue cambiando por el añil de la incipiente noche.

—¿Está bien? ¿Está herido?

—Estoy bien, es... su sangre.

La voz de Xander penetró de nuevo en su mente, se giró, buscándole y al verle de pie, mirándola y con la camisa oscurecida por la sangre que también manchaba sus manos, volvió a quedarse sin respiración.

—Respira, amor, respira, ya ha terminado, todo irá bien.

Se aferró a él, se pegó a su cuerpo todo lo que pudo necesitando sentir su vida, sentir el latido del corazón y comprobar que estaba ahí, con ella.

—Iré con Lachlan en la ambulancia —anunció Bass—. Tori está en

shock, métela en la cama.

Se lo llevaban, lo iban a alejar de ella.

—¡No! No, no... quiero ir con él, quiero...

—Márchate —escuchó como su amante echaba a Bass y luego volvía a centrarse en ella—. Se pondrá bien, amor, te llevaré a verle tan pronto como descanses un poco, ¿de acuerdo? Ahora tienes que encargarte de Bronco, ese perro acaba de ganarse un lugar de honor en esta casa para todo lo que le resta de vida.

—Bronco, Bronco, ven, muchacho —llamó por inercia sin darse cuenta de que el perro no se había separado de su lado—. Estás aquí, bien... eso está bien...

No supo cómo sucedió, ni en qué momento exacto, pero el mundo se apagó por completo y la negrura la envolvió sumiéndola en el bendito olvido.

CAPÍTULO 31

Victoria se despertó de golpe, con el corazón latiéndole a toda velocidad.

Miró a su alrededor y se encontró sofocada por la falta de visión, manoteó de un lado a otro hasta darse cuenta de que estaba en una habitación, en su propio dormitorio y consiguió encender la luz de la mesilla de noche.

La inicial desorientación fue dando paso a la familiaridad y con ella llegaron las imágenes de la horrible escena que se repetía en su mente. Ahogó un chillido de angustia con las manos, se encogió sobre sí misma y luchó por respirar a través del miedo. Tenía que controlarse, tenía que serenarse para poder enfrentarse a lo ocurrido.

Respiró despacio, se tomó un momento para controlar el temblor de su cuerpo y el temor que amenazaba con hacerla pedazos, necesitaba de todo su autocontrol si quería enfrentarse al desenlace de lo ocurrido y obtener algunas respuestas, pues todo parecía un puzle inconexo ante ella.

Le dispararon, Victoria, le han disparado.

Tragó con dificultad ante aquella innegable verdad, hizo las sábanas a un lado y posó los pies en el suelo. Alguien la había desnudado y puesto una camiseta para dormir, no recordaba haberlo hecho por su propia cuenta aunque dado su estado, no creía que pudiese recordar mucho.

Cogió la bata que solía dejar a los pies de la cama y se la puso con rapidez, se enfundó las zapatillas y miró a su alrededor una última vez.

—¿Xander?

No obtuvo respuesta, con lo que él no debía andar cerca. Estaba sola en su dormitorio y casi lo agradecía ya que eso le permitía rearmar su coraza y prepararse para lo que estaba por venir.

El sonido de los disparos reverberó de nuevo en su cabeza, pero esta vez

estaban dentro de su mente, como el frío que la había recorrido, aferrándose a su interior con afiladas garras y la instantánea seguridad de que le había ocurrido algo malo a Lachlan. No sabía cómo había llegado a ella tal certeza, quizá el hecho de que el perro se hubiese vuelto loco por salir de la cerrada habitación hubiese activado ese aviso en su subconsciente.

¿Cómo era posible que tan solo media hora antes se hubiese estado riendo con ellos en el jardín y ahora ocurriese algo como esto?

Tragó ante la visión de la sangre, había sido un milagro que no se hubiese desmayado, pero intuía que el shock que la había golpeado nada más ver a su amante en el suelo había tenido mucho que ver.

Se lamió los labios encontrándolos secos, se abrazó a sí misma ante el temblor que la recorrió por entero y avanzó hacia la puerta con decisión. Necesitaba saber qué había pasado, ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba en su habitación, pero esa incógnita se despejó en el momento en que salió al pasillo y lo vio inundado de luz.

—Dios, por favor, no me lo quites a él también.

No era una persona religiosa, no más que la mayoría, pero suponía que cuando alguien se encontraba ante un episodio semejante, recurría a lo que tuviese a mano con tal de conservar la esperanza.

Atravesó el corredor de las habitaciones, dejó atrás el salón común que se había cogido para sí misma e ingresó en la zona central de la planta. No había llegado ni a la mitad del pasillo cuando escuchó las voces de los hombres de la casa saliendo a través de la puerta entornada del salón en el que solían celebrar sus reuniones masculinas.

—...no entiendo cómo se ha colado en la propiedad —escuchó la voz de Xander—. Ni cómo llegó hasta el jardín sin que nadie la viese.

—Tuvo que estar rondando la zona y aprovechar el fallo eléctrico de la puerta y entrar por el acceso privado —comentó el policía—. Encontramos un coche estacionado a un lado de la carretera a poco más de medio kilómetro, la matrícula confirmó que estaba a su nombre.

—Ninguno nos dimos cuenta de su presencia hasta que apareció en el umbral y apuntó a Lachlan con la pistola. —Se pasó las manos por el pelo en un gesto de absoluta incomodidad que no había visto nunca antes en ese hombre—. Le disparó sin mediar palabra. Apenas tuve tiempo de escuchar que él pronunciaba el nombre de «Cora» cuando escuché el disparo. La mirada en sus ojos, la frialdad en su expresión, es algo que no puedo

quitarme de encima.

—Hubo un segundo disparo, impactó en el piso de arriba, rompió el cristal de la ventana y acabó incrustándose en la pared —les informó Bass.

Vio como Xander asentía y se recomponía.

—Efectuó un segundo disparo, pero ese bendito perro apareció de la nada y se abalanzó sobre ella como un cohete —confirmó con visible alivio—. La derribó con su peso, la hizo caer y fue directo a ella. La habría matado, si Victoria no hubiese aparecido y hecho retroceder, habría destrozado a esa mujer allí mismo.

—Tiene importantes heridas y algún desgarro provocado por él, pero su vida no corre peligro —comentó Rohan—. Pasará a disposición judicial por intento de homicidio en cuanto salga del hospital. Tendrás que ir a declarar, aunque ella misma ya se ha inculgado con sus gritos y amenazas.

—¿Cómo está Lachlan?

La pregunta salió de sus labios en el tono de un murmullo, pero fue suficiente para que los tres hombres se girasen como un resorte hacia ella.

—Tori...

Miró a Xander al escuchar su nombre, pero sacudió la cabeza.

—Dime como está, solo dime si... si él... —Las palabras se le quedaron atravesadas en la garganta. Se obligó a respirar profundamente y se enfrentó a su mirada—. Solo dímelo.

Dejó su asiento y fue directa hacia ella.

—Le han operado, han tenido que extirparle el bazo, pero los médicos son optimistas.

—Quiero verlo.

—Está en la unidad de cuidados intensivos, no creo que sea buena idea que...

Levantó la mano interrumpiendo el discurso que sin duda ya tenía preparado para la ocasión.

—Voy a ir al hospital, la pregunta es si me vas a llevar tú o cojo un taxi.

Se miraron durante unos segundos en silencio, entonces asintió, él la conocía mejor que nadie y sabía que lo decía en serio.

—Coge lo que necesites —aceptó, ambos sabían que era la única respuesta que podía darle en aquellos momentos—. Te llevaré al hospital.

—Bien —aceptó y dio media vuelta para irse por dónde había venido cuando reparó en algo—. ¿Dónde está Bronco?

—Tu mascota está acostada en el despacho, no se ha movido de ahí desde anoche —le comunicó Bass levantándose a su vez—. He ido a darle de comer y de beber esta mañana, pero no se ha inmutado.

—No, no lo hará hasta que sepa que Lachlan está bien y vuelva a casa — aseguró, era una certeza que sabía en lo más profundo de su alma—. Me ocuparé de él cuando volvamos del hospital.

Con eso salió por la puerta, necesitaba ir al hospital, necesitaba ver con sus propios ojos que él seguía con vida, solo entonces podría atreverse a respirar de nuevo sin querer echarse a llorar.

Xander entendió al ver a Tori pegada al cristal de la habitación de la UCI el verdadero significado de pertenecer a alguien y compartir el dolor que provoca la incertidumbre ante una posible pérdida. Ella sufría al ver a Lachlan en aquella cama de hospital y él, a su vez, sufría al verse incapaz de hacer algo para borrar ese sufrimiento, por ahorrarles a ambos, a su mujer y al otro hombre al que ella amaba, el vivir un episodio semejante.

Era incapaz de quitarse de la cabeza la mirada de aquella mujer al apretar el gatillo, el sonido de la bala impactando en el cuerpo arrancándole el aliento y ver como su medio hermano, con el que había charlado animadamente, caía al suelo. Esa mujer había vuelto a dispararle, con toda probabilidad le habría llenado el cuerpo de plomo si no hubiese sido por ese animal.

Cerró los ojos durante un segundo en el que se permitió respirar hondo y volvió a abrirlos, contempló el cuerpo tendido en esa cama de hospital y rememoró el momento exacto en que se lanzó sobre él para taponar la hemorragia.

Vicky. Cuídala.

Dos palabras, apenas tenía aire para otra cosa, pero articuló esas dos palabras antes de perder la conciencia. En medio de aquel absurdo e inesperado pandemónium, Lachlan había pensado en ella.

No se te ocurra morirte, hermanito, no se te ocurra dejarla o te juro que me pasaré el resto de la vida buscando la manera de hacértelo pagar.

Amaba demasiado a Victoria cómo para desear que se pasase el resto de su vida añorando una parte de si misma, porque eso era lo que eran Lachlan y él, las partes que la complementaban y hacían que fuese quién debía ser.

—Tienes que vivir —la escuchó murmurar después de un largo momento de silencio—. ¿Me oyes? Tienes que vivir, Lachlan, tienes que vivir para que pueda enseñarte que el amor no duele, que el amor no hace daño y que el amor cura.

Como si supiese que la estaba mirando, se giró hacia él y sonrió con una tristeza que le partió el alma.

—Es algo que voy a hacer que comprendáis los dos —aseguró con una firmeza que hablaba de la fuerza de voluntad que vivía en el interior de esa menuda y gran mujer—. Os amaré hasta que lo comprendáis y después, seguiré haciéndolo, nunca me detendré, nunca lo esconderé, dejaré atrás esa máscara y me veréis como soy, una mujer profundamente enamorada de los dos.

—Sé que lo harás, amor mío, y no puedo estar más orgulloso y agradecido por ello.

Ella asintió con absoluto convencimiento y se giró de nuevo hacia la ventana.

—Vive, amor mío, vive y regresa con nosotros.

CAPÍTULO 32

—Victoria, tienes que relajarte.

—Pídeme eso cualquier otro día, Bass y te complaceré, pero en estos momentos lo mejor que puedes hacer es...

—No ponerte en medio.

Giró sobre los altos tacones de sus nuevas sandalias y recorrió con la

mirada al apuesto hombre que tenía ante ella.

—Me largo —declaró el aludido y salió por la puerta dejándoles solos.

Vestido con un impecable traje de chaqueta oscuro y una camisa gris un grado más claro, una concesión que había hecho únicamente a petición suya, Alexander Cross tenía un aire elegante y sensual que encajaba como anillo al dedo en el nuevo puesto que había decidido aceptar como gerente del Estigia.

El último mes y medio había sido como estar en una interminable carrera de obstáculos, había tenido que reducir su jornada laboral para poder pasar tiempo en el hospital, llegando incluso a traerse trabajo a casa para no descuidar la empresa mientras esperaban una mejoría en el estado de salud de Lachlan.

El incidente había sido considerado como un intento de homicidio por parte de su ex mujer, quién había sido arrestada y puesto en custodia tan pronto como abandonó el hospital. Según sabía por él y Rohan, la mujer no había negado su culpabilidad, de hecho había seguido profiriendo insultos y diciendo cosas sin sentido, evidenciando el deterioro de su estado mental. El registro de la denuncia previa por acoso y extorsión que habían interpuesto contra ella reforzaba el móvil que había motivado el intento de asesinato y preveían que la mujer fuera condenada a la cárcel o, en su defecto, internada en un centro psiquiátrico.

Y mientras Lachlan permanecía en el hospital, Xander se había puesto al frente de su proyecto. Sus compañeros habían aceptado las condiciones y propuesto algunos cambios que se habían ido implementando durante la marcha, poco a poco todo fue encajando en su sitio hasta quedar listo para la gran re-inauguración, la cual tenía lugar esa misma noche.

Xander se tomó su tiempo devolviéndole la mirada, sus ojos la recorrían con una lentitud premeditada, cómo si quiera acariciar cada parte de su cuerpo o grabársela a fuego en las retinas. No pasó por alto la forma en la que se lamió el labio inferior con la punta de la lengua al llegar al amplio escote que dejaba poco a la imaginación, ni esa curvatura en su sonrisa cuando continuó con el descenso hasta la punta de sus pies.

—Bonitas sandalias, amor —comentó levantando de nuevo la mirada para encontrarse con la suya—. Procura no romperlas esta vez, ¿eh?

—Si lo hace, se va a pasar el resto de la noche descalza.

Las palabras pronunciadas por un fuerte acento escocés, unidas a la traviesa caricia de un dedo resbalando por su desnuda espalda, le provocaron

un placentero estremecimiento.

—Llegas tarde.

—Pero estoy aquí —replicó con una traviesa y petulante sonrisa—. Ya puedes respirar, hermano.

—Es ella la que estaba conteniendo la respiración —la señaló—. Procura que no se desmaye de los nervios antes de la cena.

—Haré todo lo posible.

Se miraron a los ojos y no pudo evitar sonreír ante el guiño que le dedicó. Tenerle de nuevo así, de pie y frente a ella era un regalo del que no se cansaba de dar las gracias. Al igual que su compañero había optado por un traje oscuro, lo que sería a partir de ahora la seña identificativa de los lores del club, pero al contrario que Xander, había elegido una camisa de color perla que realzaba el tono de su piel.

Atrás quedaban los interminables días de verlo a través del cristal de una ventana, las horribles semanas en una cama de hospital, había estado a punto de perderlo y eso hizo que valorase cada segundo que pasaba a su lado.

Xander había estado tan preocupado como ella, no dejaba de repetirse que si salía de aquella, le golpearía la cabeza hasta hacerle entrar en razón. De un modo extraño, aquel episodio parecía haber limado las asperezas de los dos hermanos.

Solo esperaba que no tuviesen que enfrentarse nunca más a ese tipo de pruebas, si llegaba a pasarle algo a alguno de ellos, se moriría.

—Princesa, deja de comértelo con la mirada y ponte el antifaz.

El susurro al oído la hizo saltar, lo que trajo risas de todos los presentes.

—¿Lista para volver al Estigia, dulce y sensual Nichte?

Miró el antifaz de brocado negro que le tendía Lachlan y respiró hondo.

—Deseándolo, lord Eros —admitió cogiendo el antifaz y colocandoselo de modo que alguno de ellos pudiese atárselo—. ¿Hacéis los honores, milores?

—Será todo un placer —se adelantó Xander, ocupándose de atárselo.

Había llegado el momento de volver a sumergirse en las aguas del Estigia, pero esta vez lo haría con la seguridad de que esos dos hombres, sus amados amantes, sabrían quién se escondía detrás de la máscara de Lady Nichte.

Esperó a que ambos se pusieran sus respectivos antifaces y aceptó sus brazos para entrar en el mundo de erotismo y sensualidad que les ofrecía el

Estigia.

Tras las reformas estructurales que habían llevado a cabo, las dos plantas de *River House* habían quedado divididas y convertidas en viviendas independientes. Cada una de ellas poseía ahora una entrada independiente con su recibidor y una distribución distinta, esto había permitido aprovechar al máximo el espacio del club, reubicando algunas zonas y añadiendo algunas otras áreas, como el nuevo restaurante. También se había dispuesto una entrada privada que conectaba la sala privada para los propietarios del club con el despacho de la primera planta, ahora también remodelado, por una pequeña escalera, lo que les daba libertad de movimiento.

Entrar en la sala principal y encontrarse con otros rostros enmascarados, hombres y mujeres, la elegancia y sensualidad de los vestidos de ellas, la sobriedad y apostura en los trajes o arriesgados conjuntos de ellos, el murmullo de las íntimas charlas y las delicadas copas en las manos de unos y otros fue como un soplo de conocida cotidianidad. Aquel era un ambiente que había echado de menos, el juego de la seducción, el saber que tenías el poder de hacer lo que te apetecía sin que nadie te juzgase por ello, la emoción y liberación de sentirse ella misma volvió a correr por sus venas.

—Diría que le gusta lo que ve, Cronos. —Escuchó murmurar a Lachlan en voz baja.

—Nuestra Nigte echaba de menos la libertad de la que disfruta en el club, ¿no es así querida?

Se lamió los labios y sonrió.

—Estaba deseando volver sin el peso de las responsabilidades.

—Podrás librarte de ellas por esta noche, amor, pero recuerda que a partir del mes que viene, es un cincuenta por ciento —le recordó, un trato al que habían llegado entre ambos—. El Estigia nació bajo los auspicios de una dama de tu familia, no sería lo que es si no siguiese teniendo su propia diosa.

Asintió.

—Lo sé, lo sé, no tienes que volver a explicarme todo ese rollo del legado familiar otra vez —le dijo inclinándose hacia él—. He dicho que sí y mantendré mi promesa. Abriré el *Salón de los Dioses* y luego lo dejaré en manos de su gerente.

—Buena chica —aceptó complacido con su aceptación, entonces se detuvo en el centro del gran salón desde el que se accedía a las distintas áreas en las que ahora se dividía el local.

La sala tenía el doble del tamaño habitual, se había amueblado de manera elegante y estratégica, el lugar perfecto para que los usuarios del club entrasen en materia y pudiesen decidir el templo en el que querían ingresar. Se había abierto una barra circular desde la que se servían cócteles con y sin alcohol, la cual estaba gestionada íntegramente por dos personas de confianza. Desde esta se tenía acceso a las tres principales áreas del club: el casino, el restaurante y el *Salón de los Dioses*, un nombre sutil para el corazón erótico y sexual del local.

Se lamió los labios ante la perspectiva de ver cómo había quedado el núcleo central del Estigia. Sabía que habían partido de una amplia sala, un poco más pequeña que la que ocupaban ahora, con una ambientación más atrevida y de la que salían varias estancias en las que los huéspedes podían decidirse por la privacidad o el morbo de una abierta compañía.

—Es más hermoso de lo que recordaba —admitió repasando cada aplique, adorno y luz, viendo cómo la gente se desperdigaban aquí y allá, apreciando la nueva distribución o decidiendo a dónde dirigirse a continuación.

—Vibras cómo muy pocas veces te he visto, amor —aseguró Lachlan con tono divertido—. Me recuerda cierta noche de hace casi tres meses.

—Es increíble lo rápido que pasaba el tiempo —murmuró inclinándose hacia él, le apretó el brazo y suspiró—. Y lo mucho que puede llegar a cambiarte la vida.

El tiempo estipulado por el testamento ya se había cumplido, pero los planes que habían tenido al inicio habían cambiado un poco. El cincuenta por ciento que tenía Lachlan de la casa había sido comprada por Xander y el porcentaje que tenía ella del edificio que el escocés quería convertir en una clínica veterinaria y refugio para animales, se lo había donado íntegramente a condición de que llevase el nombre de la mujer que los había reunido a todos; Josefine Queen.

Ponerse de acuerdo había sido un poco complicado, pero al final había conseguido salirse con la suya, solo había tenido que echar mano de sus artes femeninas para embaucar a sus hombres y conseguir lo que deseaba; hacerles felices.

—Sobre todo cuando está de por medio una mujer como tú —admitió Xander con un guiño—. Y bien, miladi, ¿lista para dar la bienvenida a nuestros invitados al club?

—¿Puedo rajarme?

La respuesta fue unánime.

—No.

Suspiró, miró al uno y al otro y se encogió de hombros.

—De acuerdo, milores, démosles la bienvenida a nuestros invitados al Estigia.

Con un ligero asentimiento de cabeza, los abandonó y ocupó su posición ante las puertas cerradas del *Salón de los Dioses*, del mismo modo que Xander y Lachlan ocupaban sus respectivos puestos en el casino y el restaurante. Una vez que todos estuvieron colocados en sus respectivos lugares, vio como su nuevo gerente se llevaba los dedos al reloj en su muñeca, una pieza que Bass había configurado para acceder a ciertos cambios del club.

Las luces empezaron a perder intensidad, la barra se iluminó muy suavemente, al igual que lo hicieron las tres entradas mientras que el resto de la sala quedaba sumida en la oscuridad. Los murmullos no se hicieron de rogar, jadeos sorprendidos, risitas, apreciaciones de todo tipo, sus viejos conocidos y nuevos huéspedes, estaban a punto de ser introducidos al nuevo Estigia Club.

—Lords y Ladies, bienvenidos una noche más a las profundas e insondables aguas de este río de juego, deliciosas viandas y placer —Inició su discurso en el momento en que un potente haz de luz la iluminó por completo —. Soy Lady Nichte, los dioses de este Olimpo y yo misma, les deseamos una provechosa y deliciosa noche en el Estigia.

Hecha la presentación correspondiente, se giró y abrió las puertas, del mismo modo que sus dos compañeros hacían lo propio inaugurando esa nueva etapa del local.

—Bueno, ¿podemos irnos ya a cenar? —preguntó reuniéndose con ellos después de haber intercambiado educados comentarios con algunos invitados y recibido halagos por la nueva decoración.

—¿Tan famélica estás?

—No quieras saber de qué tengo hambre en realidad, Eros —canturreó divertida—. Venga, milores, estoy deseando ver el restaurante y probar la comida.

—¿Qué opinas, Cronos? ¿Le damos lo que quiere?

—Solo si conseguimos a cambio que ella nos sirva el postre.

La manera en que los dos posaron los ojos sobre ella y la desnudaron, fue suficiente explicación.

Dios, empezaba a preguntarse si tan siquiera llegarían a terminar la cena antes de llegar al postre.

CAPÍTULO 33

Cenar en el Estigia se iba a convertir en uno de sus imprescindibles, pensó Victoria tras darle el último bocado al segundo plato de la noche. La comida era sencilla, ligera y deliciosa, ideal para continuar o terminar una velada interesante dentro del club. Había sido uno de los añadidos de los que más habían recelado sus socios, en especial los dos que se sentaban junto a ella y que se deleitaban en saborear el vino con el que habían regado la comida.

—¿Y bien? ¿Tenía o no tenía razón en añadir este pequeño pecado de restauración? —los retó.

—Confesaré que lo encuentro interesante —admitió Xander dejando su copa sobre la mesa—, pero no ofrece demasiada privacidad, ¿tú qué opinas, Eros?

—Interesante es la palabra —añadió dándole un nuevo sorbo al vino—. Y la privacidad puede solucionarse de una forma bastante creativa. —Señaló el biombo que se había corrido cerrando uno de los reservados situados contra las paredes

—Vaya, no me había fijado —añadió su compañero girándose para mirar el panel que se movía—. Um, veamos... esto va así, ¿no?

Empezó a tirar de él y al momento quedó extendido, encerrándolos a los tres en un pequeño habitáculo.

—Bueno, sin duda mejora mucho el momento del postre.

Lachlan se rió, agitó el vino en la copa y la miró.

—Nichte... —pronunció su nombre, le dio un sorbo a la bebida y la llamó con un dedo, instándola a acercársele.

Unió sus labios a los de ella, se los separó con la lengua y la hizo beber el sorbo de vino con el que se había llenado la boca. Gimió, no pudo evitarlo, el

líquido bajó por su garganta tanto como se escurrió por la comisura de su boca.

—Sí, deliciosa —ronroneó lamiéndole los labios y el resto del vino derramado por su barbilla y cuello.

—Como me manches el vestido de vino, eres hombre muerto, amor.

La amenaza hizo reír a ambos hombres.

—Si se pone así, lo mejor será quitárselo, ¿no? —sugirió Lachlan mirando a su compañero de travesuras.

—No sé, me encanta la manera en que se le marcan los pezones a través de la tela, de hecho llevo un buen rato mirándolos y me muero por atrapar uno de esos en la boca y succionarlo con fuerza.

Si eso no era una declaración de intenciones en toda regla, no sabía que lo sería. Tragó y se movió inquieta en el asiento, si la sola presencia de ambos ya la excitaba, el escucharles hablar de esa forma, la hacía mojarse aún más.

—Esta noche eres sensualidad en estado puro, cariño —la halagó Lachlan resbalando los dedos con pereza por su espalda provocándole un escalofrío de placer—, me cuesta sacarte las manos de encima.

—¿Por qué hacerlo? —añadió Xander resbalando una mano sobre su pierna, penetrando por la abertura de la falda para ascender por su pierna hacia el interior de sus muslos—. Cuando es mucho más divertido ceder a la tentación...

Abrió la boca para responder, pero él decidió acallarla con un beso. La devoró lentamente, jugando con su lengua y arrancándole pequeños gemidos mientras le acariciaba la suave piel de la cara interna del muslo.

—Creo que voy a disfrutar inmensamente de este postre —declaró Lachlan.

Victoria apenas fue consciente de su escocés sirviéndose una nueva copa de vino y poniéndose cómodo para disfrutar de una sesión de cine porno en vivo.

—*Bon appetit, mon frère* —se burló tomando un sorbo de su bebida mientras Xander la empujaba contra el asiento y deslizaba la mano hacia arriba, deslizando los dedos más allá de la tela del tanga y jugar entre sus húmedos pliegues sin dejar de comerle la boca.

Gimió contra sus labios y correspondió a esa pecaminosa lengua con la propia, el saberse observada por su otro amante hacía que todo fuese más caliente, íntimo y jodidamente erótico. Se pegó a él, buscando ese calor,

deleitándose en ese conocido aroma tan suyo, deseando frotar sus doloridos pezones contra el duro pecho masculino, pero él frustró sus planes al moverse y tumbarla por completo sobre la superficie del asiento pegado contra la pared.

—Eros, hazme un favor —murmuró Xander sin quitarle a ella los ojos de encima—. Sujétala de las muñecas.

—Con sumo placer —replicó él, rodeando sus muñecas con sus manos y tirando de sus brazos hacia arriba. Echó la cabeza hacia atrás y lo vio sonriendo con picardía, sus ojos brillaban de deseo y hambre, una que no se molestó en ocultar.

—Y ya que le preocupa manchar el vestido con el vino... —Desató el lazo que le cerraba el vestido tras la nuca y tiró de la tela hasta su cintura, dejándola con los pechos expuestos y los pezones ya duros esperando por su toque—. Oh sí, un postre de lo más encantador, solo le falta un toque... de sabor.

Lo vio coger la copa de encima de la mesa y vertió el líquido sobre sus pechos, haciéndola arquearse por el contraste de la temperatura del frío vino contra su cálida piel.

No tuvo tiempo ni a protestar cuando bajó sobre sus pechos, lamiendo el líquido borgoña de su piel, succionando sus pezones con fuerza, mordisqueándolos y creando círculos alrededor de las aureolas antes de morderla y, en definitiva, hacer que cantase como una sirena.

—Eres de lo más caliente, cariño mío.

El comentario hecho por Lachlan contrastaba con la boca de Xander sobre su cuerpo, la presencia y los juegos de ambos la excitaban más allá de lo soportable. Se revolvió en el sillón, apretando los muslos debajo de la tela del vestido, se sentía hinchada y mojada, tanto que le molestaba ya la tela del tanga.

Echó la cabeza hacia atrás y jadeó de placer, abrió los ojos y se encontró con la mirada de su escocés clavada en sus pechos, la manera en que se lamía los labios, deseándola, la volvía loca. Era tan caliente verse observada de esa manera, saberse deseada con tanta desesperación.

La boca que la torturaba dejó sus pechos y empezó a bajar, las fuertes y grandes manos de Xander resbalaron sobre sus caderas, arrastrando la tela tras de sí hasta arremolinarla alrededor de sus caderas.

—¿Qué hacemos con esto, Eros?

—El tanga fuera —respondió con voz ronca, teniendo que aclarársela para que se le entendiese.

—Sí, me gusta como piensas.

—¿Queréis dejar de hablar como si yo no estuviese justo en medio y muriéndome de deseo, capullos?

Ambos se rieron, Lachlan se inclinó y le besó la palma de una de las manos y Xander recogió un cuchillo de encima de la mesa con la que cortó limpiamente la tela del tanga.

—Sí, los cuchillos cortan de puta madre.

—¡La madre que te parió!

—Quietecita, amorcito, quietecita que ahora es cuando viene lo divertido.

Le separó las piernas y resbaló las yemas de los dedos sobre sus húmedos e hinchados pliegues sin llegar a penetrarla, la hizo temblar, arrancándole pequeños jadeos y siseos con los que acabó riendo.

—Está húmeda y caliente aquí abajo, socio, muy mojada —relató a su compañero mientras resbalaba un dedo en su interior y lo retiraba con mucha lentitud—. Apretada y sedosa...

—Joder...

Dispuesto a volverla loca introdujo un segundo dedo y la masturbó con lentitud, bajó sobre sus pechos una vez más y le succionó el pezón con fuerza, rodeándolo con la punta de la lengua antes de pasar a brindarle la misma atención al otro.

Victoria estaba por volverse loca, estaba ardiendo, su sexo se apretaba alrededor de los intrusos dedos que la penetraban cada vez con mayor fuerza y rapidez. Tiró de las muñecas, pero Lachlan se las ciñó con fuerza, impidiéndole apartarse.

—Nuestra dama necesita un poco más de estímulo, Cronos.

¿Más estímulo? ¡La madre que lo parió!

—¿Ah, sí? —Él se rió sobre sus pechos, levantó la cabeza y la miró, encontrándose con sus ojos solo para retirarse por completo de su interior y volver a penetrarla de nuevo con más fuerza.

—Oh dios —echó la cabeza hacia atrás con un jadeo.

—Eso le ha gustado.

—Ya veo —ronroneó—. En ese caso tendré que darle más.

Y lo hizo, el muy cabrón la folló con los dedos hasta hacerla lloriquear y suplicar, porque cada vez que se acercaba al bendito orgasmo decidía

detenerse y permitir que su cuerpo se enfriase un poco antes de volver a empezar.

—¡Maldita sea, Cronos, deja que me corra! —lloriqueó—. No puedo más, por favor, por favor, por favor...

—¿Se lo doy?

—Haz que se corra.

—Ya has oído a tu amante, cariño, quiere que te corras —le dijo con voz ronca—, y mira por dónde eso me da la oportunidad perfecta para... comerte hasta que lo hagas.

Se arrastró entre sus piernas, le separó las rodillas y bajo la boca sobre ella para probarla con largas pasadas de la lengua cosa que la enloqueció por completo. Elevó las caderas para salir a su encuentro, deseando más de lo que le daba y queriendo gritarle al mismo tiempo que la hiciese terminar de una maldita vez, pero no encontró la voz.

Se revolvió debajo de él, tiró de las muñecas sin poder soltarse, siseó frustrada y se contoneó hasta que notó una ardiente punzada provocada por sus dientes y acabó culminando en un desesperado grito que fue acallado por la boca de Lachlan.

—¿Estás bien, amor? —escuchó por encima del sonido del latido de su propio corazón en los oídos.

—¿Sigues con nosotros, cariño?

—Creo que sí, pero por si acaso, que nadie se mueva hasta que deje de escuchar trompetas en los oídos, ¿vale?

No estaba segura, pero creía que los dos se habían echado a reír a carcajadas.

CAPÍTULO 34

—Bueno, parece que la noche de inauguración ha sido todo un éxito.

Sentados a la mesa de la sala privada del Estigia, los cinco socios del club hacía balance de la noche. Xander miró a su hermano, quién acariciaba distraído la espalda de la mujer de ambos, Victoria jugaba con la máscara entre los dedos, el peinado con el que había comenzado la noche había desaparecido y las puntas rubias de su pelo le acariciaban los hombros. Era una mujer espectacular, no se trataba tanto de su belleza cómo de la generosidad con la que se había dado a los dos. No hacía distinciones, sonreía, los besaba, se divertía y aceptaba aquel triángulo con una naturalidad que era toda una lección de vida.

La habían compartido, por primera vez desde que iniciaron esa relación, habían estado los dos con ella al mismo tiempo y la experiencia resultó tan excitante como reveladora; tanto que estaba pensado en proponerles repetir en un ámbito más íntimo.

—Ha sido una gran inauguración —admitió Rohan, quién parecía tan cansado y aliviado como cada uno de los que estaban allí.

—Al menos esta vez no se me han roto las sandalias —comentó Tori arrancando diversas respuestas de los presentes—, pero el vestido ha quedado para la basura.

—*Mea culpa*, amor —aceptó él mirándola divertido—. Prometo comprarte uno nuevo.

—Más te vale hacerlo —declaró apuntándole con el dedo—, y lo quiero negro.

Enarcó una ceja y le soltó.

—Te doy la tarjeta y te lo compras tú, ¿vale?

—Me compraré también unos zapatos a juego.

—*Auch* —se burló Rohan.

—Cariño, la heredera eres tú no Xander —se burló Lachlan.

—Yo pago el vestido y Lach los zapatos —le espetó él, ganándose una carcajada de su hermano.

—Me parece justo.

—Al menos parece que te has divertido, ¿eh, Nichte?

La chica miró a Bass y sonrió con picardía, no había ni gota de vergüenza o recato en ella, nunca lo había cuando estaba en el interior del Estigia.

—Sí, mucho —admitió divertida—. Te lo recomiendo.

Aquella recomendación los hizo reír a todos.

—Supongo que podemos cerrar esta primera noche de reapertura con un «excelente», ¿no os parece?

Todos y cada uno de los presentes estuvieron de acuerdo.

—Ahora solo nos queda esperar la próxima sesión —admitió Rohan echando la silla hacia atrás y levantándose—, pero por hoy... hemos terminado, lores y lady.

La finalidad del Estigia siempre había sido esta, disfrutar de la vida en la forma en la que cada uno quería hacerlo, pues una vez abandonabas sus puertas, te esperaba la realidad a la que todo el mundo debía hacer frente antes o después.

—¿Puedes caminar derecha? —escuchó que preguntaba Lachlan a una Nichte que llevaba las sandalias en las manos.

—Sí, no te preocupes —admitió rodeándole la cintura con el brazo y pegándose a él en el proceso, sus ojos se encontraron entonces con los suyos—. ¿Estás bien?

Su pregunta lo cogió por sorpresa.

—¿No debería estarlo?

Miró a Lachlan, quién la besó en la frente y la dejó ir.

—Tienes esa mirada —le dijo deteniéndose delante de él.

—¿Esa mirada?

—La que tienes cuando ocurre algo que no sabes cómo solucionar —le informó con suavidad—. ¿Puedo hacer algo para ayudar?

Se la quedó mirando y suspiró.

—Ya lo has hecho, Tori —respondió decidiendo ser sincero, le acarició la mejilla con los dedos y miró más allá, al hombre que los observaba—. Tú nos has dado a ambos la oportunidad de amar a una mujer que no tiene miedo de

amarnos a su vez.

—Y voy a seguir haciéndolo durante el resto de mi vida.

—Eso es mucho tiempo, cariño.

—No suficiente, Lachlan, no cuando encuentras esa otra parte de ti que no sabías que te faltaba, pero que ahora que la has encontrado, sabes que sin ella no podrías vivir —resumió con dulzura—. No somos una familia típica, pero somos una familia y eso es lo que importa. Así que, ¿dónde dormimos hoy, milores?

Sonrió de soslayo, sacudió la cabeza y claudicó.

—¿Dónde quieres dormir, Victoria Queen?

—En vuestros brazos —replicó con una preciosa y alegre sonrisa que le entibió el corazón—. Siempre en vuestros brazos.

Y allí dormiría a partir de esa misma noche, pensó y sabía que ambos eran de la misma opinión. Tendrían que buscar una cama más grande, reacondicionar alguna de las habitaciones, pero, ¿qué importaba eso cuando había amor de por medio?

Ellos la amaban, la amarían eternamente y ella iba a encargarse de que sus hombres sintiesen lo mismo durante el resto de sus vidas.

EPÍLOGO

Seis meses después...

No había nada como un hombre corriendo de un lado a otro como un pollo sin cabeza, pensó Victoria observando las idas y venidas de su cirujano particular, hundió los dedos en el ahora espeso pelo del viejo Bronco y le rascó detrás de las orejas obteniendo una sonrisa de canina felicidad. Sonrió al animal que le había salvado la vida a Lachlan de más de una manera y volvió a mirar hacia su cada vez más desesperado amante.

—Maldita sea, sé que la dejé por aquí —mascullaba más para sí mismo que para ella—, ¿por qué demonios no están las cosas dónde las dejo?

—Lachlan, detente y respira, la inauguración no dará comienzo hasta que llegues, tú eres el que tiene las llaves, ¿recuerdas? —le dijo con tierna suavidad—. Si nos dices que estás buscando, quizá podamos echarle una mano.

Los ojos azules de su escocés se volvieron hacia ella, se detuvo en seco y la recorrió con una abierta apreciación.

—No sé cómo lo haces, Vicky, pero estás igual de sexy con un maldito traje de chaqueta que con un vestido de noche.

Sonrió en respuesta, sacudió la cabeza y caminó hacia él.

—Tengo mis trucos, ya lo sabes —murmuró deslizando las manos sobre la blanca camisa que llevaba bajo la americana negra—. ¿Qué es lo que buscas?

Las manos masculinas se ciñeron al momento a sus caderas, atrayéndola hacia él, notó como se tomaba unos momentos para relajarse y disfrutar de su presencia.

—Esa maldita corbata que me regalaste para la inauguración.

Puso los ojos en blanco y subió las manos hasta su cuello, dónde cogió los dos extremos de dicha prenda y tiró de ellos para obligarlo a bajar la cabeza.

—Amor, esa «maldita corbata» la tienes puesta alrededor del cuello —ronroneó besándole brevemente los labios.

—Joder.

—Relájate, Lach, todo va a salir bien, has trabajado muy duro para que así sea —le aseguró al tiempo que se encargaba de anudársela—. La clínica está a punto, tiene el director más atractivo de todo Estados Unidos y el mejor cirujano, has seleccionado tú mismo al equipo que te acompañará en esta nueva aventura y los pequeños que acojas tendrán los mejores cuidados. Josie estaría orgullosa al ver que has conseguido tu meta, que te has salido con la tuya.

Y más aún al saber que la nueva clínica veterinaria y el refugio que la completaba llevaban su nombre; *Clínica Veterinaria y Hogar de Acogida Josefine Queen*.

—Preferiría pasar de todo este asunto de la inauguración y meterme de lleno en el trabajo —admitió con un cansado resoplido—. ¿Dónde está mi hermano?

—¿Cuál de ellos?

—El que comparte techo y cama con nosotros.

Se echó a reír al escuchar el tono irónico en su voz, había cosas que nunca cambiarían, daba igual el tiempo que pasase y las pullas entre esos dos era una de ellas. A pesar de todo, el avance que se había producido en la relación de ambos era notable, quizá fuese por ella, porque deseaban hacerla feliz, pero era innegable para cualquiera que los viese que existía una nueva camaradería entre ambos.

Todavía quedaba un largo camino que andar, pensó, y no solo para ellos dos, la aventura en la que se habían embarcado conllevaba comprensión, sinceridad y hacer ciertos sacrificios, pero los tres estaban decididos a hacerla funcionar.

—En el despacho —señaló hacia la puerta—. Alguien se cansó de verte dando vueltas...

Soltó un resoplido, la besó en los labios y la dejó ir para ver a Bronco, quién al ver que su amo lo miraba empezó a agitar la cola.

—Hola campeón —lo saludó, inclinándose para rascarle con ambas manos detrás de las orejas—. ¿Estás cuidando de nuestra chica?

El can dejó escapar un sonoro ladrido en respuesta.

—Buen chico —se rió y lo mimó un poco más—. Esa es tu misión principal, cuidar de nuestra Vicky cuando ni Alexander ni yo estemos cerca de ella.

Con la lengua colgando por un lado de la boca, los ojos marrones brillando y mirándole con adoración, el perro parecía estar tan enamorado del hombre como ella misma. Lachlan insistía en que Bronco le había salvado la vida, pero la verdad era que ambos se la habían salvado mutuamente.

El animal ya era un miembro más de la familia de *River House*, tanto Xander como los chicos habían votado para adoptarlo formalmente, con lo que el viejo mestizo pasaría el resto de sus días siendo mimado, alimentado y querido por sus compañeros humanos.

—Soy una mujer afortunada —comentó reuniéndose con ellos y acariciando una vez más la cabeza del perro—. Tengo a tres caballeros de brillante armadura para protegerme.

—A la armadura de algunos le falta lustre, Tori —escuchó que decían desde la puerta—. ¿Ya has terminado de dar vueltas? Noel está abajo, acaba de llegar con tu madre y tu padrastro.

Xander se quedó apoyado en el umbral, como siempre vestía de negro de la cabeza a los pies, hoy la única concesión de color la ponía la corbata, igual a la de Lachlan.

—Tu suegra ha preguntado por ti, amor —le informó dedicándole un guiño.

Conocer a la madre de Lachlan y a su padrastro había sido sin duda una de las pruebas más duras que le había impuesto la vida, nunca se había sentido tan insegura de sí misma como durante la primera e inesperada visita del matrimonio a la mansión. Mil y una preguntas le habían pasado por la cabeza, la incertidumbre de lo que pensarían ellos sobre la relación que mantenía su hijo con una mujer que también pertenecía a su medio hermano, si la aceptarían o la rechazarían, qué pensarían de ella... Pero todo quedó atrás en el momento en que la señora Burns la vio, pegó un grito de alegría y la engulló en un apretado abrazo diciéndole “*al fin conozco a la novia de mis hijos*”.

Xander se habría reído en voz baja antes de ser abrazado con la misma

efusividad por la mujer, quién parecía no hacer ninguna distinción entre su hijo de sangre y aquellos que formaban parte de su familia. De hecho, en la conversación que siguió a su encuentro, dejó claro lo feliz que se sentía al ver que los dos cabezotas, como los llamaba, hubiesen hecho las paces e iniciado un acercamiento.

El señor Burns había sido más comedido que su esposa, pero igual de cálido al darle la bienvenida a su familia, para ellos no importaba nada más que la felicidad de sus hijos, viniese en la forma en que viniese.

—Y por ti también, quiere que te des prisa y dejes de remolonear —añadió el recién llegado mirando a su hermano—. Ni que fuese vidente.

—Acostúmbrate, Xander, ahora que te ha adoptado te dará la lata tanto como a mí —aseguró con visible diversión. Le dio una última palmadita al perro y se giró hacia ella—. De acuerdo, inauguraremos esa clínica para que pueda ponerme a trabajar de una vez.

Se rio y sacudió la cabeza, Lachlan era sin duda un hombre que necesitaba estar activo, no solo disfrutaba de su trabajo sino que el hacer algo por los demás lo llenaba. Tras haber renunciado a su puesto en la clínica en la que trabajaba —a pesar de que le habían ofrecido subirle el sueldo—, se había puesto manos a la obra para sacar adelante el proyecto de la clínica veterinaria y hogar de acogida que tenía en mente. Había dividido su tiempo entre las reformas y el Estigia, ocupando sus horas muertas con ella o con los demás miembros de la casa con quién empezaba a forjar fuertes vínculos.

Y al fin había llegado el momento de hacer realidad su sueño, uno en el que los había incluido a Xander y a ella.

—Todo saldrá bien —declaró cogiéndose de su brazo y demostrándole con sus palabras que confía, que creía en él y en sus metas.

—Hazle caso, hermanito —le dijo Xander cogiéndola a su vez del brazo libre—. Has luchado durante mucho tiempo por esto y tendrás éxito.

Él asintió, le apretó el brazo y la miró con amor, el mismo que reflejaban los ojos de su compañero.

—Hagamos que el sueño se convierta al fin en realidad.

Y lo harían, cada uno de los sueños que naciesen de ellos, se harían realidad, solo tenían que permanecer juntos y luchar por ellos.

—Te quiero, amor mío —musitó acariciándole la mejilla, entonces hizo lo mismo con su otro amante—. Para siempre.

—Y nosotros a ti, amor —respondieron a la vez, inclinándose sobre ella y

besándola en ambas mejillas—. Para siempre.